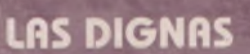
MONTAÑAS CON RECUERDOS DE MUJER

Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas

Memorias del Foro Regional
San Salvador, Diciembre 1995





MONTAÑAS CON RECUERDOS DE MUJER

Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas

Memorias del Foro Regional
San Salvador, Diciembre 1995.

Mujeres por la Dignidad y la Vida
(Las Dignas)

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Buntstift (Alemania) y Diakonía (Suecia)

Elaboración y edición: Clara Murguialday

Diseño y diagramación: Yolanda Lusa (Imágenes sin Frontera)

Fotografía: Rainer Stöckelman y Salvador Segovia (Imágenes sin Frontera)

Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas)
Calle Gabriela Mistral 224, San Salvador, El Salvador
Tel. y Fax: 226 1879
Tel.: 226 0356

I N D I C E

PRESENTACION ... pág. 5

MIrando atrás para hacer camino ... pág. 5

I. LAS RELACIONES DE GENERO Y LA SUBJETIVIDAD EN LOS PROYECTOS REVOLUCIONARIOS ... pág. 9

Amor y patria: desarmando el Estado nacional ... pág. 10
Ileana Rodríguez

Las mujeres y las relaciones genéricas en el proyecto del FMLN ... pág. 20
Norma Vázquez

¿Es revolucionario el FSLN? ... pág. 31
Sofía Montenegro

Las mujeres en el proyecto revolucionario guatemalteco ... pág. 42
Norma Chinchilla

El Ejército Zapatista y la emancipación de las mujeres chiapanecas ... pág. 47
Mercedes Olivera

DEBATE: Proyectos revolucionarios, guerra y mujeres ... pág. 58

II. ¿QUE NOS PASO A LAS MUJERES? ... pág. 79

Vivencias de la sexualidad en las organizaciones guerrilleras, en la guerra, en la revolución ... pág. 80

- El placer en los tiempos violentos ... pág. 80
- Pareja guerrillera, ¿nueva pareja? ... pág. 82
- ¿Qué hicimos con la libertad sexual? ... pág. 85
- Más violencia en medio de la violencia ... pág. 88
- Lesbianismo en ambientes de revolución ... pág. 90
- Algunas conclusiones ... pág. 91

Vivencias de la maternidad en las organizaciones guerrilleras, en la guerra, en la revolución ... pág. 95

- El embarazo, ¿fuente de vida? ... pág. 95
- Posponer la maternidad: entre la necesidad y el deseo ... pág. 96
- Nuestras culpas tan nuestras... ... pág. 97

- Los roles maternales resultaron muy útiles ....pág. 99
- La lógica de la guerra y la lógica maternal ....pág. 99
- Algunas conclusiones ....pág. 10

III. SECUELAS DE LA GUERRA EN LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES ....pág. 103

Y si Adelita fuera zapatista ....pág. 104
Cecilia Loría
DEBATE: Zapatismo, guerra y feministas ....pág. 109

Concepciones y prácticas en el movimiento feminista en Honduras ....pág. 112
Mirta Kennedy
DEBATE: Feminismo y Estado ....pág. 118

Género e identidad étnica en Guatemala ....pág. 121
Francisca Alvarez

Feminismo, poder y guerra en Nicaragua ....pág. 123
Gloria Ordóñez y Olga María Espinoza
DEBATE: Feminismo nicaraguense en los años 90 ....pág. 126

Posguerra, ex-guerrilleras y feminismo en El Salvador ....pág. 128
Morena Herrera
DEBATE: Posguerra y movimiento de mujeres ....pág. 136

IV. LO QUE NOS DEJO EL FORO REGIONAL... ....pág. 138

Acercándonos a las conclusiones ....pág. 139
Clara Murguialday

Sumando propuestas ....pág. 143

Clausura del foro ....pág. 148

Mirando atrás para hacer camino

Hace veinte años, abordar los temas que tratamos en estas páginas hubiera sido considerado por nuestros compañeros de lucha una traición, una desviación pequeñoburguesa, una peligrosa incursión en las filas del enemigo o una pérdida de tiempo, en el mejor de los casos. Hace veinte años, muchas de las protagonistas del evento que recoge esta memoria hubiéramos pensado lo mismo de habernos escuchado; de haber ostentado algún cargo de dirección en nuestras organizaciones, probablemente hubiéramos ordenado silencio o incluso, pondríamos una sanción a quienes se atrevieran a interrumpir reuniones decisivas con preocupaciones triviales que hoy son objeto de foros regionales.

Pero tenemos que reconocer la sabiduría que Pablo Milanés plasma en sus canciones y repetir con él aquéllo de que "el tiempo pasa y nos vamos volviendo viejas". Sí, las que antes creímos en el hombre nuevo hoy nos reímos de él, nos atrevemos a preguntarle por sus miserias, por sus orgasmos, por su juventud perdida, y con el resultado de tanta osadía -antes sólo susurrada en las siempre útiles reuniones informales- nos damos oportunidad para llorar juntas por tanto silencio autoimpuesto e intentamos rescatar algo del pasado, para nuestras nuevas certezas y actuales batallas.

Hace veinte años estábamos dispuestas a sacrificarlo todo, la juventud, los estudios, las fiestas -por supuesto-, la alegría, las criaturas por nacer o las ya nacidas e incluso la vida misma, con tal de que el carro de la historia no pasara por encima de nosotras. Estuvimos dispuestas a apostar todo por la ilusión de cambiarlo todo... ¿lo logramos?.

Toda interrogante genera muchas y diversas respuestas, también ésta. En estas páginas se recogen las reflexiones de cuarenta mujeres que decidieron darse un tiempo para volver la vista atrás y verse a la luz de un nuevo momento, pasado el auge de los movimientos revolucionarios armados en Centroamérica, viviendo las emociones y retos que plantea el movimiento zapatista en Chiapas y, sobre todo, asumiéndose feministas, revalorando lo cotidiano y planteando nuevas formas de construir los cambios que, eso sí, todavía anhelamos.

Un foro, mujeres de cinco países, cuatro días, calor, muchas ideas, sentimientos encontrados, para algunas primera oportunidad para atreverse a decir en voz alta lo que a continuación van a leer. Una aventura que nos hizo sentir mariposas en el estómago y más de un dolor de cabeza al que hubo que recetarle un ron bien nicaraguense.

Cuarenta mujeres desnudamos las premisas de los proyectos revolucionarios a los que dimos la vida, hablamos de los temas prohibidos en el código revolucionario, de los malestares y bienestares personales que nos arrojó el compromiso total con esa causa y las herencias que nos dejó -con las que cargamos para bien y para mal en los intentos de construir fuerza feminista en nuestros respectivos países. Recordamos a

otras que no pudieron volver la vista atrás porque la perdieron en ese camino y a otras más de las que, con más o menos dolor, nos alejamos porque ya no encontramos coincidencias suficientes para transitar juntas.

Hablamos sobre lo que significó incursionar en la lucha armada, sobre las guerras y lo que nos dejaron, sobre la revolución triunfante y lo que nos implicó ejercer el poder, sobre las nuevas luchas insurgentes y las que aún no acaban, sobre la revolución que nunca fue y sobre los cambios en los que ahora estamos empeñadas. Cuarenta revolucionarias de décadas pasadas, algunas todavía reivindicando su amor a la revolución y otras permitiéndose burlas amorosas sobre ellas mismas. Todas tomando muy en serio nuestras vidas presentes y con la necesidad de volver la vista atrás para ser todavía más responsablemente críticas con nuestras creencias.

San Salvador, hasta hace poco tiempo azotado por el conflicto armado, fue el lugar que permitió que este grupo se reuniera. Las Dignas, un grupo de feministas salvadoreñas interesadas en compartir nuestras reflexiones sobre las vivencias de la sexualidad y maternidad en guerra, sobre la división de tareas y el poder en aquel entonces y ahora, fuimos las anfitrionas de este encuentro. A diciembre de 1995 le tomamos prestados cuatro días -del 5 al 8- para vivirlos intensamente haciendo un recuento no desde la victimización, aunque a veces es inevitable caer en ella, sino desde la afirmación que nos da el ser protagonistas -a pesar de la subordinación- y el sumarnos conscientemente a las causas que consideramos justas, antes y ahora.

Decidimos compartir algunas ideas ventiladas en esos días a través de estas páginas cargadas de limitaciones. Las limitaciones vienen dadas por el dolor, pues muchas de nosotras aún no somos capaces de expresar lo que nos dejaron esos tiempos porque seguimos ancladas en ellos y apenas abrimos una rendija al pasado, el presente se nos llena de lágrimas y tristeza.

Las limitaciones vienen dadas por el miedo. El miedo de acabar con la fantasía, el miedo de no saber cómo integrar en nuestra historia actual lo que hicimos en el pasado, el miedo a que se conozcan nuestras reflexiones o incluso nuestros nombres porque todavía hay quienes pueden hacernos daño.

Las limitaciones vienen dadas por el tiempo. El tiempo que todo lo cura y que a veces juega en nuestra contra. El tiempo que no nos deja reposar un dolor cuando ya nos viene con otra exigencia. Y ahora nuestros feminismos también nos exigen respuestas para las que todavía no hay tiempo suficiente. Y las limitaciones también vienen dadas por el papel. Porque en él caben las palabras pero no se pueden expresar todas las emociones, el silencio que acompañó la frase, la risa nerviosa al vernos reconocidas en la experiencia narrada, la huida al cuarto cuando lo que se dice nos llega hondo, el pasmo al oír las barbaridades más grandes dichas con tanto desenfado.

Pero apelamos a la imaginación de las lectoras y lectores de estas páginas para que le ponga el rostro a cada intervención y le adjudique el nombre, la talla, la nacionalidad y hasta el partido de origen a cada mujer reflejada en una intervención sin nombre ya que, por ahora, sólo algunos pueden escribirse.

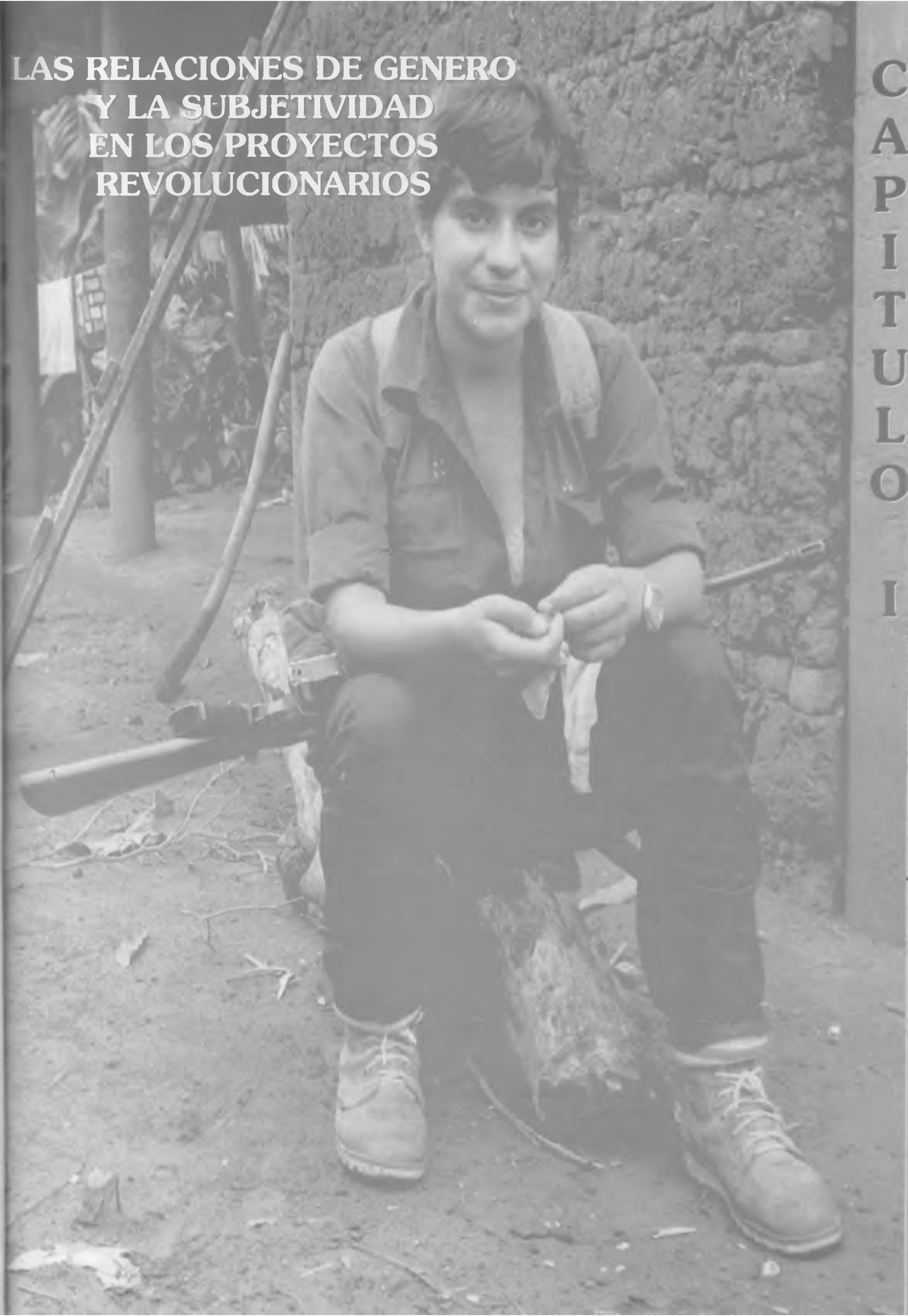
Para hacer esta memoria se necesitó realizar el foro regional, el foro necesitó a las mujeres que asistieron a él, algunas de ellas pusieron sus plumas o las más modernizadas sus computadoras, para regalarnos bellísimas reflexiones que necesariamente tuvieron que recortarse debido a la tiranía de los recursos. Aquí están. Las Dignas ofrecimos también una reflexión sistematizada en los resultados de nuestra investigación sobre las vivencias de guerrilleras y colaboradores del FMLN durante la guerra, particularmente en los terrenos de la sexualidad y la maternidad. Este recuento sirvió de base para las discusiones y para darnos permiso de volver la vista atrás con unas cuantas ideas que nos sirvieron de guía.

Aquí dejamos estas páginas, esperamos que sirvan para generar otras más, otros foros y sobre todo, otros deseos de espantar el silencio para nombrar lo hasta ahora innombrable. Deseamos que inviten a cometer las herejías que sean necesarias para curar las heridas y acabar con el temor a cruzar la barrera de lo prohibido.

Esta presentación quiere nombrar a Karin y a Sandra y darles las gracias por haber comprendido la necesidad de este espacio y haber aportado los dólares que nos permitieron concretarlo. También reconocer la paciencia y afán de Clara, su ánimo para desenredar los millones de palabras dichas en esos días a fin de hacerlas legibles en esta memoria.

Y a todas las asistentes, cómplices en esta aventura, les debemos la oportunidad de volver la vista atrás y recordar con otro ánimo que hace veinte años, abordar los temas que tratamos en estas páginas hubiera sido considerado por nuestros compañeros de lucha una traición, una desviación pequeñoburguesa, una peligrosa incursión en las filas del enemigo o una pérdida de tiempo, en el mejor de los casos. Pero hoy son temas que merecen un foro regional, una memoria y el deseo de abrir de una vez por todas las páginas que siguen...

Las Dignas
Mayo, 1996
San Salvador, El Salvador



CAPITULO I

LAS RELACIONES DE GENERO Y LA SUBJETIVIDAD EN LOS PROYECTOS REVOLUCIONARIOS

AMOR Y PATRIA: DESAAMANDO EL ESTADO NACIONAL[1]

Ileana Rodríguez[2]

"*Enguevaba*... era una niña high life, de las familias oligárquicas de la Calle Atravesada de Granada... pero fue cambiando... pronto dejó aquellas posturas de señorita mimada, asimilando las enseñanzas... aprendiendo de todos en las conversaciones y discusiones, aventajada en el entrenamiento militar... Ya después, olvidando todos sus humos, chineaba a los niños de las campesinas y platicaba con las mujeres en los ranchos, les ayudaba en sus oficios, como si siempre hubiera sido una de ellas... sorprendió a los demás por su serenidad y su coraje... Y mi recuerdo de ella ahora, sobre cualquier otro, es el de una mujer valiente, decidida, heroica a la hora del combate y a la hora de morir, negándose ya herida a retirarse, para que me retirara yo... Por eso sostengo que fue una mujer como ha habido pocas. Más valiente en la hora del combate y en la hora de la muerte, que muchos HOMBRES que yo he conocido. Y no son pocos los que he conocido".[3]

"La Montaña"

Voy a hablar de "La Montaña" no como el lugar físico, natural, sino como un espacio mental, como lo imaginario y lo simbólico. Para los guerrilleros ELLA, "La Montaña", representa la patria, la nación—lo propio, es decir un lugar "la" (femenino) o un lugar "lo" (neutro). "La Montaña" es lo natural pero es "algo más que" eso. Sin embargo, si nosotras hacemos el ejercicio de pensar "La Montaña" como patria, ELLA representa un lugar masculino, el sitio de la insurgencia guerrillera, lugar donde los HOMBRES ENGENDRAN "la patria". Las mujeres también estamos ahí pero no somos: todos los movimientos guerrilleros, excepto el salvadoreño, registran un número tan pequeño de mujeres que hasta las podemos mencionar por su nombre—Celia, Vilma, Tania, Doris, Gladys, Dora María, Claudia.

1 *Este trabajo es un resumen de algunos aspectos que aparecen más desarrollados en el libro* ***Women, Guerrillas and Love: Understanding War in Central America.***

2 *Feminista nicaraguense, doctora en Literatura, actualmente enseña en la Universidad Estatal de Ohio (Estados Unidos). Autora de* ***House, Garden, Nation. Space, Gender and Ethnicity in Post-colonial Latin American Literatures by Women****. Duke U.P. (1994) y* ***Women, Guerrillas and Love: Understanding War in Central America****. University of Minnesota Press (1996).*

3 *Sergio Ramírez.* ***La marca del Zorro. Hazañas del Comandante Francisco Rivera Quintero contadas a Sergio Ramírez****. Managua. Editorial Nueva Nicaragua, 1989.*

Quede pues establecido que una cosa es un espacio físico y otra un espacio mental. Y los espacios mentales son bien enredados. Por ejemplo, en el espacio físico de "La Montaña", las mujeres son relegadas a la esfera de los servicios, y en el espacio mental se naturaliza esa relegación en frases como "es natural que las mujeres se ocupen de cocinar para la tropa". El Ché Guevara dice que las mujeres son buenas para cocinar, para dar apoyo a la guerrilla, es decir que, de alguna manera, no hay diferencia en la posición de la mujer en las ideologías burguesas y en las ideologías revolucionarias.

Pero dentro de los servicios hay uno muy importante que no es dicho y corresponde a los sentimientos. Todas sabemos que amor y ternura son dos palabras que abundan en las narrativas de la revolución: amor a los HOMBRES; ternura para el pueblo. La poeta Gioconda Belli ha escrito una novela en la cual debate justamente cuál es la posición de la ternura dentro de las organizaciones guerrilleras. La mujer, portadora de la ternura, era llamada en el siglo XIX el ángel del hogar; en el siglo XX es llamada el reposo del guerrero, la orilla del río, el lugar donde el guerrero va a descansar.

El "HOMBRE nuevo"

Ernesto Ché Guevara habla de ese sujeto "guerrillero" que los guerrilleros y su literatura van a recoger como ejemplo del HOMBRE nuevo[4]. Esta "nueva" idea de "HOMBRE", como guerrillero, es un sujeto supuestamente "diferente" pero ¿diferente de qué o de quién? En las definiciones del Ché se hace notoria una distancia entre "el guerrillero" y las masas-pueblo-tropa-base/(nosotro(A)s). Cuando el Ché dice que el guerrillero es "un HOMBRE que hace suya el ansia de liberación del pueblo" se da en ese "hacer suya" una posible apropiación de lo que no es de él.

La idea del guerrillero como "ángel tutelar caído sobre la zona para ayudar al pobre" y la del "abanderado de la causa del pueblo" (todos los subrayados míos) contienen ese mismo carácter de diferenciación, distinción, separación. En este sentido, el guerrillero no es el pueblo. Los guerrilleros "no son HOMBRES que tengan la espalda curvada día a día sobre el surco; son HOMBRES que comprenden la necesidad de los cambios en cuanto al trato social de los campesinos pero no han sufrido, en su mayoría, las amarguras de ese trato".

Guerrillero es quien entiende y abandera. Son "HOMBRES que comprenden", como el Ché. Para definir al guerrillero, el Ché lo compara al "anacoreta", "asceta", "místico", "sacerdote", "jesuita", "ángel"—esto es, a los padres de la iglesia. Los atributos del guerrillero son el "autocontrol", la "rigidez", la "austeridad" y la "intransigencia"—esto es, la represión personal de corte militar o protestante. Su comportamiento

4 *Ernesto Ché Guevara. **La guerra de guerrillas**. La Habana. Ciencias Sociales. 1989.*

ha de ser "solapado", "nocturno", "alevoso", "sorpresivo"—esto es, propio para la insurgencia y la guerra. Estas definiciones constituyen la autoridad, una en el terreno moral y las otras dos en el terreno emocional, y las tres en el terreno de la guerra.

Disciplina/Amor

La síntesis de esos atributos se condensa en dos palabras: disciplina (masculina) y amor (femenino). La disciplina es amor. Un acto de indisciplina la hace evidente. En Omar Cabezas se ve esta dinámica cuando el guerrillero, como "HOMBRE nuevo", intenta seguir todos los lineamientos indicados por el Ché y no puede[5]. Para explicar su no poder, habla de las economías del plus esfuerzo. El plus esfuerzo no tiene su lugar en el futuro (en la utopía) sino ahí mismo, en el presente de las prácticas de "La Montaña" pero también en el "más allá" de la mística revolucionaria: más allá del hambre, del cansancio, de la soledad, de los zancudos.

Ser "HOMBRE nuevo" es dar más de sí; "el HOMBRE que da más a los HOMBRES que lo que el HOMBRE normal puede dar a los HOMBRES". El plus esfuerzo es dar y dar es sinónimo de ternura. Cuando "ellos" no dan, Tello, el instructor ("HOMBRE que comprende"), ejerce su "intransigencia" guerrillera. Por eso los insulta, "son una mujercitas... son unos maricas" dice y, entendámonos, en ese momento el instructor está ejerciendo la ternura como disciplina. Prueba de ello es que llora y en la emoción que acompaña el llanto habla precisamente del "HOMBRE nuevo".

Tello, el instructor, es Tello-individuo, Tello-vanguardia, Tello-Ché. Sólo que en el Ché no había ofuscación; no había ejercicio de la autoridad como intransigencia masculina sino sólo ejercicio femenino de ternura. Ante la queja y el malestar de la tropa el Ché no ejerce la fuerza y el poder sino la ternura. Tello en cambio es violento y tierno. Pero ¿no sería lógico pensar que cuando Tello llora también es "una mujercita", "un marica" y su llanto señal de la ternura masculina hacia lo masculino? Y en el ejercicio del poder de Tello sobre el colectivo, ¿la ternura no tiene acaso la forma de violencia y de violación—mujercita, marica?

¿Podríamos a partir de este ejemplo repensar la relación de la figura Montaña primero como la unión de lo femenino-masculino y después como el ejercicio de la tiranía como patriarquía? ¿Podríamos atrevernos a explicar cómo es que estas imágenes que unen masculino y femenino representan sólo un "canto de amor hacia los HOMBRES"? ¿Podría alguien negarnos que la unión de lo inservible—la mujer y los homosexuales—con la violencia sirve más bien para justificar una idea autoritaria de ese "HOMBRE nuevo"?

5 *Omar Cabezas. La montaña es algo más que una inmensa estepa verde. La Habana. Casa de las Américas. 1982.*

Sacrificio y castigo, disciplina y represión, amor e intransigencia se vienen alineando una al lado del vosotro(A)s colectivo (tropa como lo femenino) y la otra al lado del yo individual (Tello como lo masculino). Estas contradicciones se resuelven imaginaria y poéticamente: "El HOMBRE nuevo empieza a nacer con hongos, con los pies engusanados... con soledad... picado de zancudos... hediondo... viene naciendo... con la frescura de la montaña, un HOMBRE, pareciera mentira, un tanto cándido, sin egoísmos, un HOMBRE que ya no es mezquino, un HOMBRE tierno que se sacrifica por los demás, un HOMBRE que da todo por los demás, un HOMBRE que sufre cuando sufren los demás, un HOMBRE además que ríe cuando ríen los demás".

En suma, una mujer. No hay contradicciones entre el asceta, el austero, el solapado, el nocturno, el rígido, el reprimido, el sacerdote. Pero sí las hay, y serias, entre esas series y los signos femeninos que Cabezas atribuye, parece mentira, al "HOMBRE nuevo": frescura, candor, entrega, sacrificio, sufrimiento.

Construir el nuevo sujeto HOMBRE como sujeto social con atributos religiosos y reprimir los componentes emotivos sólo condujo a la negación de lo que, en el léxico revolucionario, es la intervención del elemento subjetivo en las formaciones sociales revolucionarias. Al hacer clandestinas las expresiones emotivas personales propiciaron las economías de la falsa conciencia e hicieron de la vida política cotidiana un simulacro. A esta caracterización de la resistencia como represión y de la fortaleza como endurecimiento se debe el entumecimiento de lo "nuevo" en el HOMBRE "nuevo".

El hombrecito

"En el programa estaba previsto que un campesino originario de Morrito... iba a entregarme en público su fusil. Subió a la tarima un hombrecito desmedrado, pobremente vestido, que daba la impresión de un ave desplumada... Frente a aquel hombrecito... aturdido por el espectáculo en el que entraba a escena brevemente para hacer mutis tan silencioso como había llegado... me hice entonces una reflexiónque no ha dejado de rondar mi cabeza a lo largo de estos años: ¿Qué mundo había en su cabeza, y qué mundo en la mía? ¿Cuál era la conexión, el hilo perdido entre esos dos mundos, si es que existía alguno?"[6].

La tésis que defiendo en mi segundo libro[7] es que las mujeres ocupamos ese lugar del hombrecito, que podemos sustituir totalmente a ese hombrecito desplumado que entra en escena haciendo mutis, es decir sin voz, que entra al escenario de la historia a desarmarse, a entregar su fusil.

6 *Sergio Ramírez. **Confesión de Amor.** Managua. Ediciones Nicarao. 1991*

7 *Ileana Rodríguez. **Women, Guerrillas and Love: Understanding War in Central America** (1996).*

Las distancias constituidas entre el líder guerrillero y el guerrillero, y entre el guerrillero de las guerrillas y el campesinado, hacen difícil la construcción de democracias. Para remediar esta situación, el liderazgo puso su apuesta en la construcción de una capa intermedia—Partido, ejército, burocracia—para salvar las distancias entre la vanguardia revolucionaria y las masas populares.

En la pregunta de Ramírez citada arriba se registra la misma distancia: una cosa es la visión del campesino por el campesino y otra la no-visión del campesino por el dirigente. Sabemos que ésta es siempre una visión imaginada porque está recogida por el intelectual, son las letras las que mediatizan ese recogimiento y de ahí toda la polémica que se ha generado alrededor del libro de Rigoberta Menchú: ¿quién habla en ese libro: Elizabeth Burgos o Rigoberta Menchú? ¿Y por quién habla Rigoberta Menchú: por ella misma o por todos los indígenas de Guatemala?. Verlo mal al campesino es peor que no verlo, que verlo en otro sitio, que verlo en vez de otro, porque ese es el sujeto social sobre el cual van a ejercer su poder las ideologías revolucionarias.

¿Se iban los líderes guerrilleros poco a poco preguntando y contestando de qué estaba hecho el "HOMBRE nuevo", ese HOMBRE hablado en lengua religiosa, mística, "sin egoísmos ni mezquindades, dispuesto a darlo todo por el amor al prójimo, como en el evangelio", y sobre todo cómo tenderían ese puente entre el "yo" nuevo postulado, el "HOMBRE nuevo" y ese otro "hombrecito" chiquitito que entraba a la tarima? ¿Y no se propusieron ellos todos indagar más allá de las doctrinas y los silencios cuál sería la verdadera esencia de las democracias y en qué punto imaginario se encontraría la convergencia de ese yo nuevo guerrillero/vanguardia revolucionaria y esas masas populares en cuya conjunción radicaría la esencia no sólo del "HOMBRE nuevo" sino también la de la nueva sociedad?.

La mujer vieja

14 En el semi-estado gobernado por los revolucionarios en las áreas liberadas de "La Montaña" existen hospitales y escuelas junto/entre los comandos militares de una organización todavía estrictamente militar. Y en aquellas estructuras que luego pasarán a ser las estructuras de la vida civil, las mujeres ya ocupan sus puestos anteriores. La mujer, antes el ángel del hogar, es ahora "reposo del guerrero". La palabra guerrero junto a la palabra reposo evocan en el espacio de "La Montaña" la ausencia de las mujeres reales—o su subordinación— y la presencia de la MUJER como imagen.

Cuando se les permite brevemente la entrada en el escenario del heroismo, es de manera idéntica a la del hombrecito de Ramírez: se minimiza su participación, son hombrecitos que entregan las armas. Los explosivos cerca de sus partes sexuales, el armamento colocado en la zona del bajo vientre y vaginal (el mismo lugar donde le disparó el ejército al Ché), es sólo un método expedito porque ella es inconspicua, invisible, menos sujeta a la agresión. Su entrada en las economías heroicas demarca, entonces,

claramente, una separación entre ellas, cargadas de balas bajo la falda y el Yo/Ché del estratega militar que escribe el libro y cuya autor(idad) se ejerce en la reproducción de ideologías anti-feministas.

Las narrativas de autoridad guerrillera del Ché son en este sentido para las mujeres narrativas autoritarias. Las mujeres son cuasi-HOMBRES, HOMBRES incompletos, y la sexualidad continúa siendo una zona de peligro que mina "la moral de la tropa", por lo que, en ésto, hay que cuidarlos a todos pero particularmente a ellas. El erotismo de la revolución, la erótica, nace militarizada, autoritarizada; y como "el guerrillero", cristianizada.

La erótica revolucionaria, predicada como una trascendencia sexual (como ascetismo en el Ché) o como un hom(m)o-sexualismo, señala donde lo erótico y lo patriótico se separan en el sujeto revolucionario. Al fusionar lo biográfico y lo político, el hombre nuevo priorizó lo segundo. Lo biográfico era, recuérdese, el lugar que autorizaba la expresión de lo erótico entendido como sexualidad heterosexual y consecuentemente espacio de la mujer heterosexual. Lo político era el lugar donde el hombre se permitía la expresión de la relación emotiva entendida como sensibilidad masculina, relación filial HOMBRE-HOMBRE y, por tanto, hom(m)o-sexual.

La concepción tradicional de la mujer se inscribe en la formación para-estatal de "La Montaña", misma que la concepción estatal revolucionaria reproducirá más adelante. Catherine McKinnon, abogada norteamericana, dice que la mujer tiene dos sendas alternas que seguir para lograr su igualdad. La primera es ser igual a los HOMBRES. La segunda es ser diferente. Si se es igual, las mujeres son medidas de acuerdo a su correspondencia con el HOMBRE. Si se es diferente, de acuerdo a su falta de correspondencia con él. La neutralidad de género es así simplemente el estándar masculino porque la masculinidad es el referente tanto de la igualdad como de la diferencia.

Esta manera de pensar interfiere la dinámica presente/futuro de los comportamientos revolucionarios y acarrea grandes consecuencias para la representación de la mujer dentro del cuerpo de la ley. La exclusión de las mujeres de "La Montaña" es fuente de legalidad, una legalidad que no asume a la mujer dentro del colectivo, que no le concede espacio dentro de la acción formadora de ese colectivo y no le adjudica tampoco por tanto representación dentro del corpus legal "nuevo". Al no acceder al "terreno de la guerra", al prohibírsele su presencia en ese "algo más que" y en ese "más allá de", la mujer queda vedada del acceso al poder (fuente de ley).

La constitución de la nueva subjetividad, léase la creación del "HOMBRE nuevo", se forja en el terreno de la guerra, en la Montaña, pero también en la veda y exclusión de la mujer. No obstante, es imperativo elaborar el lugar del sujeto femenino pues ellas inciden en el proceso democrático en su aspecto más visible que es el del voto popular. En el momento del voto (cuando lo hay), o en el momento de la expresión abierta (cuando se permite), lo que emerge es la voz de estos subalternos desconocidos como

elemento de sorpresa. El error surge como una ofuscación, un cambio de percepción en la mirada. Perder, enfoca.

¿No es extraño que una organización que nace vinculada a las masas y que dice representarlas pueda llevarse tales sorpresas? Como dice Ramírez, se aplicaron "esquemas de convocatoria popular que ya no funcionaban, estilos de autoridad que habían envejecido o nunca fueron correctos, sobre todo en las áreas rurales sometidas a la guerra; improvisaciones, arrogancia, pérdida de la percepción de elementos sustanciales de la realidad política".

El "pueblo"

En la construcción del sujeto "pueblo" quiero identificar cuatro contradicciones. Primero la confusión entre el "yo" que narra como yo o como nosotros, y la persona del líder que escribe: en las escrituras revolucionarias el yo no es el colectivo—pueblo-masas-tropa-bases. Segundo, la confusión entre masculino y femenino[8]: el yo textual y el yo sexual son el mismo, y aun si hablan en nombre del colectivo, el uso del masculino excluye de su representación a la mujer o la presenta como diferencia o neutralidad—lo que no es. Tercero, las escrituras revolucionarias, los testimonios, al hablar por el colectivo hablan como y en nombre de la Organización, es decir el sujeto habla en su posición institucional, como autoridad. Pero ¿son los colectivos partidistas reales representantes de ese colectivo masa-pueblo-tropa-base?. Cuarto, la representación de la mujer como el lugar de la ternura, y la conversión de la ternura en obediencia, castidad, lugar de la confianza (confinación) y el reposo.

Uno de los asuntos más interesantes es que este "nuevo" sujeto, al inscribirse en la escritura como (el) agente de cambio, afirma que su agencia es de amor[9]. En el amor notamos la primera incidencia de la feminización en la revolución y como la ternura viene a ser también atributo masculino. En las narrativas revolucionarias, el amor es un acto "erótico" de naturaleza violenta, coito entre guerrillero y tiranía-estado constituido contra el cual se pronuncia el "HOMBRE nuevo".

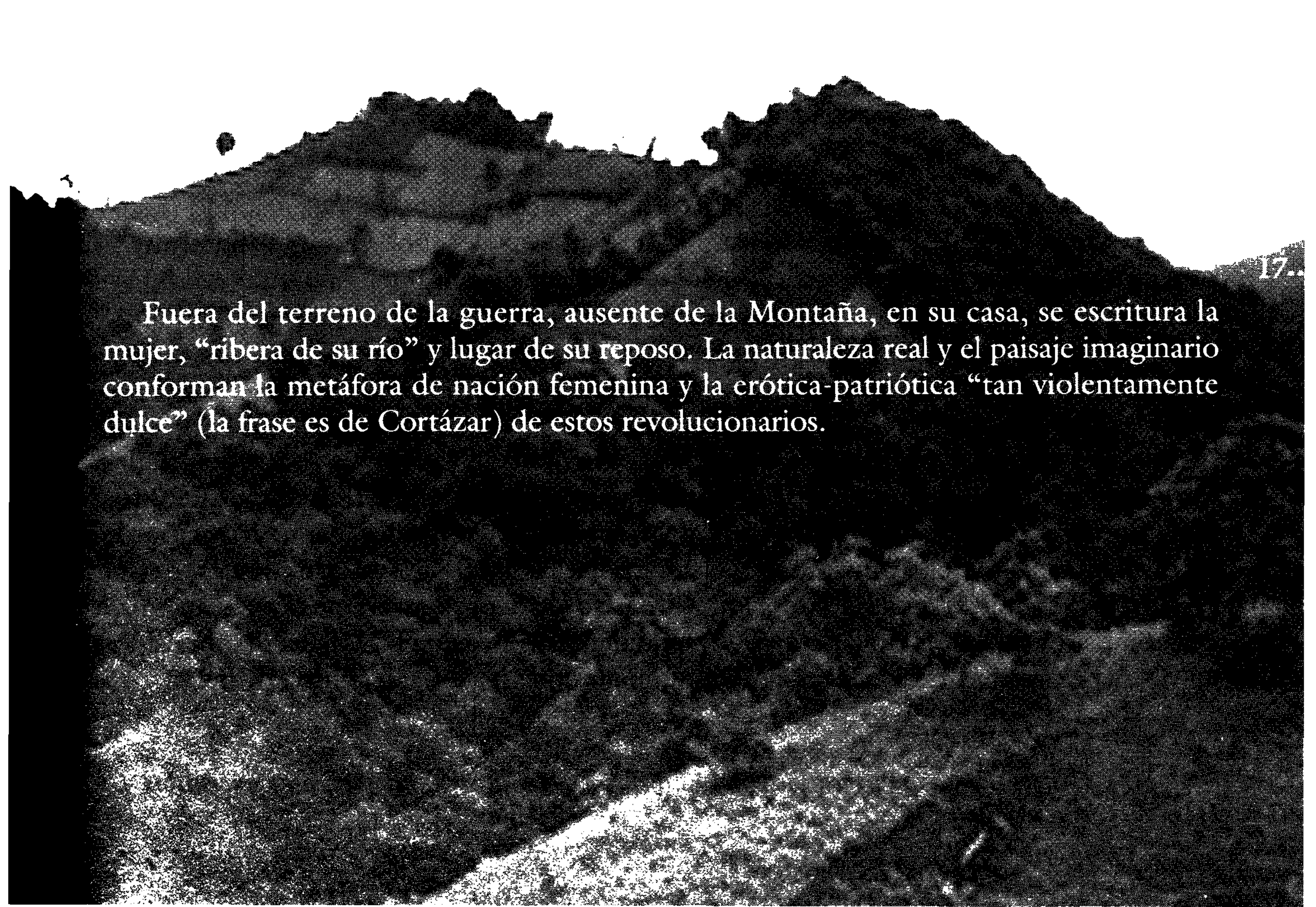
En la imagen de la nación como estado constituido como tiranía; en la localización del espacio que constituirá la nueva nación en la tierra y en la geografía (Montaña), como espacio donde se engendrará la nueva patria como democracia (igualdad) revolucionaria; en la feminización de ese espacio, metáfora de patria y nación como mujer a constituirse; y en el tránsito de una a otra como rapto (de la naturaleza/Montaña y de

8 *Sandra M. Gilber and Susan Gubar.* ***The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination.*** *New Haven, Conn. Yale U.P. 1979.*

9 *Terry Eagleton.* ***The Rape of Clarissa.*** *Minneapolis. University of MinnesotaP. 1982.*

la Mujer como su metáfora), se despliegan de nuevo a la vez todas las tensiones de la constitución del sujeto revolucionario como nuevo y como masculino. A la muerte de Tello, Cabezas dice: "...la montaña era un símbolo porque Tello podía ser un símbolo para la montaña, porque vivía con ella. Estoy seguro que vivió con ella, que tuvo relaciones con ella, le parió hijos a Tello, entonces la montaña cogió como la medida de las cosas y cuando Tello muere, ella siente que se va a acabar... Que Tello fue su hijo... aunque haya sido un amante secreto, aunque Tello haya sido su hermano, su animal, su piedra... su río... Ella tenía que dar cuenta que Tello no era el fin... porque después de él veníamos todos nosotros con los dientes crispados... que le podíamos prender fuego en su corazón".

En el signo Montaña se confunden todas las relaciones primarias. En este gran sitio: vagina-útero (matria), fábrica del cambio (nacimiento y reproducción) y sitio de producción (patria), caben todos los tipos de relación, las del amante, el esposo, la madre, los hermanos. La Montaña es para el HOMBRE todas las relaciones filiales juntas y simultáneas: es el coito-la violación-el estupro-la maternidad-el incesto. La Montaña es la patria pero es también la matria, la familia. Lo femenino-masculino como matria-patria (Montaña), y el cambio (agencia) como ternura erótica (los dientes crispados del orgasmo y el fuego de la pasión en el corazón), proporcionan al HOMBRE (en la guerra sobre el territorio geográfico de la Montaña), el lugar de su lucha—el coito: agencia como amor, ternura como violación y fundación de la nueva república en el rapto.



Fuera del terreno de la guerra, ausente de la Montaña, en su casa, se escritura la mujer, "ribera de su río" y lugar de su reposo. La naturaleza real y el paisaje imaginario conforman la metáfora de nación femenina y la erótica-patriótica "tan violentamente dulce" (la frase es de Cortázar) de estos revolucionarios.

El HOMBRE viejo

El Ché era "... HOMBRE rarísimo en cuanto fue capaz de conjugar en su personalidad no sólo las características de HOMBRE de acción sino también las de HOMBRE de pensamiento, de HOMBRE de inmaculadas virtudes revolucionarias y de extraordinaria sensibilidad humana, unidas a un carácter de hierro, a una voluntad de acero, a una tenacidad indomable".[10]

Quiero prestar atención especial a ese algo perturbador, a ese algo otro, ajeno a la masculinidad, que se advierte en el señalamiento de eso "rarísimo" de la personalidad del Ché. Eso rarísimo es algo que el HOMBRE admira en el HOMBRE (quizás una feminidad) pero que le resulta una extrañeza. Lo "rarísimo" hay que postularlo como asombro ante cualidades que no son usualmente masculinas pero que le son atractivas a lo masculino. "Rarísimo" es sitio de lo singular, espacio donde el Yo puede, quizás, ser Nosotros, o separarse completamente de él. ¿Dónde, en qué lugar reside lo "rarísimo" de la personalidad del Ché, HOMBRE que va a venir a constituirse en modelo de esa aspiración a la hombradía de los guerrilleros latinoamericanos?.

Según Fidel Castro, en una conjugación de elementos que no se dan juntos en la formación masculina—acción y pensamiento, sensibilidad y carácter de hierro. Es como si el Ché fuese varios HOMBRES a la vez, cuatro al menos, uno de acción y otro de pensamiento, uno revolucionario y otro sensible.

Según Raul Roa, el irresistible atractivo del Ché se encuentra en la combinación de talante seco... ademán sereno, mirada inquisitiva, pensamiento afilado, palabra reposada, sensorio vibrante, risa clara y como una irradiación de sueños magnos nimbándole la figura.

O sea, en un contraste, en la combinatoria de aspectos dispares, por ejemplo inquisitivo y reposado, seco y vibrante, afilado y sereno. Pero lo que a mí me llama la atención es una especie de canonización, una especie de aura de santo laico que los HOMBRES ven en él, y en la cual depositan y resguardan en confianza la figura del héroe revolucionario romántico, portaestandarte de la aureola. Lo extraordinario de ese ser nuevo del HOMBRE guerrillero lo tiene en el halo que envuelve su figura.

En Guevara, estos dos líderes pensadores encuentran los dones (entre los cuales cabe, no hay que olvidar, el de la sensibilidad y la ternura, generalmente atributos femeninos) necesarios para el ejercicio del liderazgo y del poder, caracterización de ellos mismos o que ellos mismos precisan de los HOMBRES que se precien de ser HOMBRES. Por eso, en la descripción de Castro de "cómo aspiramos que sean *nuestros* combatientes revolucionarios, *nuestros* militantes, *nuestros* HOMBRES (subrayados míos), debemos decir sin vacilación de ninguna índole: !Que sean como el Ché!".

10 *Fidel Castro. !Hasta la victoria siempre! En Ernesto Ché Guevara.* ***La guerra de guerrillas.*** *La Habana. Ciencias Sociales. 1972.*

Desde una posición de poder, el Ché es enunciado y consagrado institucionalmente como aspiración del ser del HOMBRE revolucionario, y como la constitución de aquel ser por excelencia que, siendo utópicamente de las masas, será de la nueva nación revolucionaria; y que, siendo ésta, realizará la convergencia del yo individual con el nosotros del pueblo.

La función del Ché en las narrativas e iconografías revolucionarias ha sido la del santo laico encarnando algo que no es de este mundo, las virtudes excepcionales de los constructores de sueños. Al formular esta imagen como ejemplar, quizás una oculta e inconsciente convergencia de lo masculino y lo femenino era propuesta, el andrógino necesario para la formación de la nueva sociedad. Mientras estas imágenes enormes nos vigilan desde lo alto, en el minúsculo espacio íntimo que permite la vida familiar una juventud ahora indiferente repite en voz baja una frase prohibida: "dicen que el argentino no era fácil".

Epílogo

Hoy en La Habana el ojo vigilante del Ché nos mira. Viniendo de los barrios populares hacia el centro de la ciudad vía Santa Catalina, al dar vuelta hacia Boyeros un afiche del Ché con las inscripciones de Castro sobre como debe ser el nuevo HOMBRE revolucionario mira al que pasa por ahí. Un enorme afiche del Ché perpetuamente renovado cubre el frente del edificio del Ministerio del Interior mirando de frente la impresionante efigie blanca de José Martí en la *Plaza de la Revolución*. Múltiples imágenes de un Ché dinámico pintado en colores diferentes adorna el principal cuarto de recepciones de Casa de Las Américas.

La función del Ché en las narrativas e iconografías revolucionarias ha sido la del santo laico encarnando algo que no es de este mundo, las virtudes excepcionales de los constructores de sueños. Al formular esta imágen como ejemplar, quizas una oculta e inconsciente convergencia de lo masculino y lo femenino era propuesta, el andrógino necesario para la formulación de la nueva sociedad. Mientras estas imágenes enormes nos vigilan desde lo alto, en el minúsculo espacio íntimo que permite la vida familiar una juventud ahora indiferente repite en voz baja una frase prohibida, "dicen que el argentino no era fácil".

LAS MUJERES Y LAS RELACIONES GENERICAS EN EL PROYECTO DEL FMLN

Norma Vázquez[11]

Lo que presentaré a continuación es una síntesis del primer capítulo de la investigación sobre el impacto de la guerra en la sexualidad y la maternidad de las mujeres salvadoreñas, en el cual describimos las concepciones del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) en torno a la subjetividad y las relaciones genéricas en base al análisis de su materiales escritos y sobre todo, a entrevistas con mujeres y hombres dirigentes del Frente.

Una utopía y un "hombre nuevo" para construirla

La pobreza extrema de la mayoría de la población y la carencia de espacios para la expresión de la disidencia política -que encuentra como única respuesta la represión por parte de los sucesivos gobiernos militares-, son los elementos centrales de la realidad salvadoreña en que se gesta el proyecto político de las cinco organizaciones que darían vida al FMLN. Este nutrió sus convicciones de, por lo menos, tres fuentes teóricas: el marxismo, la Teología de la Liberación y el guevarismo.

Del marxismo retomó la premisa del socialismo como punto de llegada inevitable del desarrollo de la historia, la convicción de que las condiciones objetivas para la revolución estaban maduras y que sólo hacía falta la consolidación del factor subjetivo -la vanguardia- para alcanzar las precondiciones necesarias para el triunfo revolucionario: la hegemonía del proletariado y la destrucción de los aparatos militares y administrativos del Estado burgués. La Teología de la Liberación tuvo, y sigue teniendo, una fuerte influencia en los núcleos de la izquierda ya que su vocación para construir el Reino de Dios en la tierra al lado de los pobres coincidía con la lucha a la que ellos apostaban sus vidas. Del Ché Guevara se retoma, además de elementos de su estrategia para la toma del poder político, la convicción de que el revolucionario es el esbozo del "hombre nuevo"; su influencia no se hace sentir a través de sus escritos (probablemente desconocidos para la mayoría) sino del mito que lo rodea: el Ché agita, teoriza y vive su idea de que el revolucionario es la forma más elevada de ser humano en esta época.

Estas corrientes de pensamiento enfatizan los aspectos económicos de las relaciones humanas y dejan de lado otros elementos -tanto individuales como sociales- que forman

11 *Feminista mexicana residente en El Salvador. Es co-autora del libro* ***El Dolor Invisible de la Guerra*** *(Talasa, Madrid. 1994) y coordinó la investigación El impacto de la guerra en las concepciones y prácticas de la sexualidad y la maternidad de las mujeres salvadoreñas (Las Dignas, 1995).*

la identidad personal, particularmente, la pertenencia de género. La aseveración marxista de que la conciencia es un mero reflejo de las condiciones materiales, será el único recurso teórico dentro de la utopía revolucionaria para tratar de entender a las personas, sus motivaciones, necesidades y subjetividades.

Otro elemento de la utopía revolucionaria es la pretensión de que la igualdad deseada para el futuro existía ya al interior de los núcleos revolucionarios, en los cuales se decretaron eliminadas todo tipo de diferencias, por ejemplo, las existentes entre hombres y mujeres. Con tal convicción, la dirigencia de los grupos guerrilleros desestimó la validez del análisis sobre la situación diferenciada de hombres y mujeres a su interior e insertó a la militancia femenina en el concepto de "revolucionario" y "hombre nuevo"; así, las políticas creadas parten de la ilusión de que las diferencias se pueden suprimir por el mecanismo de no reconocerlas.

La lucha armada

Las organizaciones que formaron el FMLN asumieron la vía de la lucha armada para la conquista del poder político al considerar que estaban cerradas las posibilidades de cambio a través de la participación electoral. Su estrategia consistió en combinar la acción de los grupos guerrilleros, el fortalecimiento de las organizaciones de masas y la construcción de la vanguardia. Las organizaciones político-militares se proponían lograr una adecuada combinación de la lucha política y la militar, sin embargo la preponderancia de ésta sobre aquélla generó una sobrevaloración del fusil sobre el diálogo político, del riesgo sobre la defensa de la vida, de la capacidad de destrucción sobre la posibilidad de proponer, de la audacia sobre los cuidados; y construyó el ambiente propicio para que emergiera la figura del guerrillero admirado por su disciplina, heroicidad, firmeza en sus principios y absoluta dedicación a la lucha revolucionaria.

En el guerrillero se concretó el modelo del "hombre nuevo" y en éste se mezclaban cualidades de dos figuras: la del militar y la del sacerdote. La imagen de este soldado del pueblo -invencible en la batalla, audaz, que no mide riesgos en el enfrentamiento con el enemigo- sería el prototipo a alcanzar para quienes se involucraban en la guerrilla. El guerrillero-militar era una imagen eminentemente masculina, pero la convicción de que la lucha armada era la única vía posible hizo que muchas mujeres contemplaran en esa figura militar y en la posesión de armas una alternativa válida también para ellas. "Ese momento fue muy especial (dice Ana Guadalupe Martínez narrando su captura), pues sentí como nunca la impotencia de no poder defenderme, la necesidad de mi arma, y entendí a plenitud que sólo con las armas en la mano se le puede hacer frente al enemigo".[12]

12 *Ana Guadalupe Martínez.* ***Las cárceles clandestinas.*** *San Salvador: UCA, 1992.x*

Sin embargo las mujeres iban a tener una desventaja en su incursión en el terreno militar. Menoscabadas sus aptitudes físicas de resistencia y fuerza, tendrían que ganarse el respeto y valoración en ese campo a partir de un sobre-esfuerzo. La división de tareas al interior del ejército guerrillero asignaría las de menos notoriedad a las mujeres (sanitarias, radistas, cocineras) y pese a la propaganda realizada para resaltar la importancia de esas tareas, no llegaron a tener la misma consideración que la labor propiamente militar del combatiente.

El sujeto revolucionario

Además de una utopía y un camino para llegar a ella, las organizaciones político-militares de la década de los 70 concibieron también un sujeto revolucionario: el pueblo, las masas. Pero ese pueblo, cuyo potencial revolucionario era imprescindible para vencer al enemigo, tenía que superar su visión de corto plazo y trascender sus reivindicaciones inmediatas que no lo llevarían por sí mismas a cumplir su misión histórica. Para guiarlo por ese camino era necesario construir su vanguardia: el partido, garantía de continuidad de la lucha y fiel representante de los intereses populares. Es la cabeza del pueblo encargado de encauzar sus luchas por el sendero de la revolución, a cambio de lo cual el pueblo le "delega" el poder de ejercer su hegemonía sobre el resto de la población.



El pueblo es teóricamente el destinatario de las mejoras que devendrán del triunfo de la revolución, sin embargo, el papel que se le asigna en el camino hacia la victoria

final -según la alegoría corporal tan utilizada en la literatura revolucionaria- es el de ser los ojos y oídos de su vanguardia, sensores por los cuales se capta la realidad. El partido se reserva la identificación con los órganos vitales: el corazón, la cabeza. Sus integrantes se abrogan el derecho de actuar y pensar en nombre de todo el pueblo, como corazón y cabeza que se autodefinen.

La concepción marxista-leninista del partido le asigna a éste las dotes de conducción, mando y orientación; le otorga la cualidad de encarnar la concepción global del proyecto de transformación; es además, un espacio del mundo público por excelencia. Es normal que quienes creen en ésto identifiquen al colectivo masculino de la sociedad -a quien se adjudica el accionar en el espacio público- como el lógico protagonista de las estructuras partidarias y que, en la práctica, los hombres tengan una mayor participación en ellas y estén representados en un más alto porcentaje que las mujeres en sus instancias de conducción.

Además de ser fuertemente jerarquizada, la imagen de la relación masas-vanguardia presenta diferenciaciones genéricas: en las organizaciones de masas las mujeres son consideradas imprescindibles y tienen un peso numérico importante, en tanto que en la vanguardia predomina la figura masculina, en cantidad y puestos de dirección. Esta relación genérica en ambas instancias se fortalecería en el período entre las dos ofensivas militares (1981-1989), años en los que la vanguardia se militariza, y las condiciones y requerimientos de ese tipo de lucha van a dificultar aún más la incorporación femenina a sus filas.

Concepción, estrategia y práctica política se unen para gestar un proyecto revolucionario que reproduce en su interior una de las divisiones más sólidas del sistema que quiere destruir: la existente entre hombres y mujeres y la subordinación de éstas en intereses, tareas y acceso al poder, en nombre de los intereses históricos de un pueblo concebido exclusivamente en términos masculinos.

La moral construida en el proyecto revolucionario

Todo proyecto político pretende ganar la conciencia de las personas, captar la energía que las lleve a asumir compromisos y responsabilidades. Incidir en las fibras emocionales y las pautas de conducta, no sólo de sus adeptos más cercanos sino de un auditorio más numeroso -de preferencia, todo el pueblo-, es una intención que explícita o implícitamente forma parte de la utopía revolucionaria.

La moral resulta ser una dimensión de la vida humana en torno a la cual el proyecto revolucionario tiene algo que proponer. En tanto construcción histórica, se alimenta de dimensiones psíquicas y sociales y es una unidad formada por un cuerpo teórico que organiza los principios y objetivos de un grupo -la doctrina-, de la que se derivan una serie de conceptos y reglamentos para la actuación -los valores y normas-, que requiere

de un conjunto de aparatos y mecanismos que vigilan el cumplimiento de la doctrina - las instituciones.

En su precipitación por conquistar el poder político, los grupos político-militares no consideraron importante dedicar tiempo a reflexionar sobre temas no relacionados con la coyuntura y las condiciones materiales de la sociedad, en consecuencia, era de esperar que el cuerpo moral doctrinario del FMLN, influido en sus postulados políticos por la Teología de la Liberación, se alimentara de los principios doctrinarios del cristianismo a la hora de diseñar su comportamiento moral. Ahora bien, la Teología de la Liberación, a pesar de la profunda revisión que hizo del compromiso social de la Iglesia, dejó intactos los postulados referentes a las relaciones entre hombres y mujeres y, sobre todo, la visión judeo-cristiana acerca de la sexualidad y la maternidad.

La identificación de la sexualidad femenina con el pecado así como su relegación al lecho conyugal entre una pareja heterosexual con fines reproductivos, son elementos centrales del cristianismo que ejercen una fuerte influencia en la ideología social y forman parte de la cultura de dominación masculina. Los comportamientos sexuales juegan un papel importante en la valoración moral de las personas; a las mujeres, en mayor medida que a los hombres, se les exige control y represión de sus deseos sexuales, y se les aprecia por ello. La doble moral, permisiva para el género masculino y rígida para el femenino, es un elemento central de la doctrina cristiana, asumida sin mayor cuestionamiento por la izquierda salvadoreña.

La identificación mujer-madre y la realización femenina centrada en el ejercicio de la maternidad, la cual debe procurar acercarse lo más posible al mito de la Madre de Dios (absoluta renunciación de los deseos propios para consagrarse exclusivamente a los hijos), ha llevado a la Iglesia a ser la más férrea detractora de los derechos reproductivos de las mujeres. La incompatibilidad del cumplimiento del rol materno con las tareas revolucionarias llevó a que la izquierda rompiera en parte con esa identificación de las mujeres y la maternidad, sin embargo, para no entrar en un choque frontal con sus aliados políticos, las prácticas que contradecían este principio fueron justificadas como necesidades de un período especial (la clandestinidad y la guerra) o realizadas en el más absoluto silencio (interrupción voluntaria de embarazos no deseados en los campamentos guerrilleros).

Otro elemento doctrinario importante en la construcción del código moral revolucionario y que es parte tanto de la tradición cristiana como de la marxista, es la exclusión de todo lo que se contraponga al dogma. El sectarismo y la intolerancia para aceptar la heterogeneidad de ideas y prácticas es un sello distintivo de la izquierda salvadoreña; forma parte de su historia un acusado uso de la descalificación del contrincante político que llega hasta la utilización del asesinato como método para resolver los desacuerdos (Roque Dalton y Mélida Anaya Montes son apenas los dos ejemplos más conocidos). La preponderancia de lo militar parece alimentar la intolerancia y la decisión de destruir al enemigo donde quiera que se presente, incluso dentro de las organizaciones revolucionarias.

La intolerancia ante las discrepancias se pone también de manifiesto ante cualquier análisis de la realidad que no ubique en el centro la lucha de clases y la urgencia de la revolución. El feminismo, por ejemplo, era descalificado como una idea proveniente del imperialismo, acusado y combatido por distraer la atención de los "verdaderos" intereses del pueblo. A las mujeres se les contemplaba únicamente en tanto pertenecientes a las clases explotadas, elemento que, en efecto, forma parte de la identidad de la mayoría de salvadoreñas, pero que no las define en su totalidad.

Por último, la moral revolucionaria se guiaba por un pragmatismo en donde el principio ético de "el fin justifica los medios" se convierte en rector de su accionar. Las culpas y conflictos que se pudieran generar en los/as militantes por contravenir algunos mandatos de su educación cristiana -no matarás o no robarás, por ejemplo- encontraban en el objetivo final un paliativo; también estaban para perdonarles esas rupturas los sacerdotes católicos que se habían sumado a las filas guerrilleras.

La escala de valores que se deriva de la amalgama doctrinaria revolucionaria se mueve en direcciones contradictorias. La rebeldía contra la injusticia está en la cúspide de esa escala, sin ella no podía abrazarse la causa de la liberación del pueblo, por lo que se espera una radicalidad sin límites en la lucha contra todo factor económico, político y social que vaya en contra de los intereses populares; sin embargo, en los aspectos de la vida privada (familia, sexualidad, maternidad, relaciones hombre-mujer, roles genéricos) se exige de la militancia una actitud puritana y conservadora, al menos en el discurso y comportamiento manifiestos.

Otro valor de la doctrina cristiana va a estar presente en la ética de los/as revolucionarios/as: la mística del sacrificio, que se fortalece al identificarse con el valor religioso de la entrega a los otros, básico para quien quiere ganar el Reino de Dios. El sacrificio implica olvidarse de las necesidades individuales y cualquier preocupación sobre la vida personal es calificada -descalificada- como individualismo pequeñoburgués. Se espera de los militantes una actitud abnegada que, en sentido estricto, significa la negación de aquellos deseos y aspiraciones que no resulten funcionales con la causa revolucionaria.

Los valores que regían el comportamiento de las y los integrantes del FMLN no se traducen en un normativo explícito. La carencia de elaboraciones al respecto nos lleva a deducir que en los primeros años primaba el ejemplo y la transmisión oral. En 1985, sin embargo, aparecen algunos documentos de la Comandancia General que enlistan una serie de virtudes y comportamientos esperados de los combatientes revolucionarios, que es lo más parecido a un intento de reglamentación de esos valores. En el titulado "Los quince principios del combatiente guerrillero" y en la "Valoración estratégica de la situación del FMLN", se destaca que el combatiente: luchará por la revolución toda la vida; su moral y confianza en la victoria marcharán siempre indiferentes a las dificultades; forjará siempre los valores revolucionarios de austeridad, sencillez, humildad y honestidad; criticará a los engreídos y a los individualistas; tendrá una disposición incondicional a pelear inclaudicablemente la guerra larga; tendrá la seguridad absoluta en la victoria de la revolución y la disposición a no escatimar sacrificios por ella.

Finalmente, la institución rectora de la moralidad revolucionaria será el partido. Ya que la vía armada coloca a quienes la asumen en la ilegalidad, las y los integrantes de estos grupos asumen que el partido al que pertenecen es la máxima autoridad para valorar su comportamiento; será la dirección de esa organización quien determine qué es lo correcto y lo incorrecto, y quien dicte las sanciones necesarias para corregir los errores y/o desviaciones. Conceder tal nivel de autoridad al partido implica una cierta renuncia a la individualidad y dar por bueno que la persona se subsuma en la organización, lo que funciona también como una forma de defensa para la militancia (una de las estrategias represivas era precisamente tratar de romper el vínculo entre lo individual y lo grupal: cuanto más identificada estuviera la persona con la organización, era más difícil que eligiera salvar su vida denunciando a sus compañeros ya que el grupo formaba parte de su propia individualidad).

El instrumento del partido para regular el comportamiento individual son las sesiones de crítica y autocrítica, que implicaban aceptar las opiniones de los demás -suponiendo siempre que éstas estaban regidas por los principios revolucionarios y buscaban lo mejor para la organización- y encontrar en el proceso de socialización burgués la explicación de las deformaciones de la conducta propia. Estas sesiones son descritas como "nudos de fraternidad, son ojos que ven hacia afuera y hacia dentro, jueces de nuestros pasos y luces que alumbran la conciencia".

Las mujeres en el proyecto revolucionario

Aunque las desigualdades entre hombres y mujeres no pueden explicarse únicamente en términos económicos, la pobreza y extrema pobreza en la que viven dos terceras partes de la población salvadoreña enmarcan la situación de las mujeres. La marginación de la actividad política; la rígida segregación sexual que impera en el mercado de empleo; la desconsideración del aporte económico de su trabajo reproductivo; su escaso acceso a la salud, la educación y la recreación; la violencia que sufren; el limitado control sobre sus cuerpos y el desdén social hacia sus derechos sexuales y reproductivos; la cultura machista y la subvaloración de la imagen femenina, entre otras manifestaciones del orden sexista dominante, no pueden ser analizadas en sus reales dimensiones al margen del hecho de que tres de cada cuatro salvadoreñas carecen de los recursos básicos para sobrevivir. Además, los prototipos masculinos y femeninos son reproducidos diariamente por la cultura dominante, contribuyendo a que la mayoría de la población considere natural la subordinación femenina.

A pesar de que el FMLN no consideró las desigualdades genéricas en su proyecto político, impulsó y condujo decenas de organismos femeninos. En una primera época (años 70), éstos carecieron de análisis sobre la identidad femenina: las mujeres eran vistas como parte de las clases explotadas y cualquier alusión a su situación era para resaltar el prototipo de la feminidad tradicional (considerando el maternazgo como exclusiva competencia femenina o validando la represión de la sexualidad femenina).

Durante los primeros años de la guerra desaparecieron casi todas las organizaciones de mujeres creadas en la década anterior; la coyuntura exigía dedicar todos los recursos humanos al combate y había poco tiempo para apoyar las organizaciones sectoriales. Sin embargo, pasado el período de acumulación de fuerzas guerrilleras y ante la inevitable prolongación del conflicto, emergieron gran cantidad de organismos femeninos (doce organizaciones y tres instancias de coordinación vieron la luz entre 1982 y 1989), surgimiento que no es ajeno al descubrimiento del FMLN de la rentabilidad política de agrupar a las mujeres y sobre todo, de hacerlas actuar como imanes de la cooperación internacional (aunque la afluencia de recursos del Norte también les obligara a tomar en cuenta los "planteamientos de género" formulados por las agencias de desarrollo).

Las fundadoras de varias organizaciones de mujeres reconocen actualmente que no sabían qué significaba "eso del género", que al crear dichos grupos se limitaban a cumplir una tarea partidaria e incluso que, en su momento, sintieron tal responsabilidad como una medida disciplinaria. En El Salvador, el concepto "género" fue asimilado en sus inicios -y aún hoy lo es- al término "mujer" y todo lo relativo a la situación de las mujeres ha empezado a ser denominado "perspectiva o enfoque de género". En general, se alude con este concepto a las demandas derivadas de los intereses prácticos del género femenino y en particular, aquéllas cuya solución camina en el mismo sentido que las reivindicaciones del movimiento popular. Pocos aspectos de la subjetividad femenina formaban parte en esa época de la versión salvadoreña de la "perspectiva de género".

Las dirigentas de las organizaciones armadas no se distinguieron por plantear reivindicaciones relativas a la discriminación que las mujeres sufrían en esas estructuras; algunas orientaban el trabajo de "su" respectiva organización femenina y mantenían una distancia considerable, cuando no un rechazo explícito, respecto al feminismo. Por su parte, las que se integraron al ejército guerrillero desempeñaban en general tareas de apoyo y al parecer, nunca cuestionaron la división genérica del trabajo al interior de los grupos armados.

Ahora bien, la presencia femenina en la guerrilla significó tanto la entrada de una compañera como la de un cuerpo sexuado. Un cuerpo al cual era posible y deseable acceder, pero al que le era exigido un comportamiento recatado para no "relajar" la disciplina militar. Las guerrilleras tenían la misión de cuidar su cuerpo a la vez que peleaban contra el enemigo; debían hacerse cargo solas de sus hijas e hijos en nombre de una causa que pregonaba haber eliminado la desigualdad entre hombres y mujeres. En un ambiente donde el embarazo ponía en situación de vulnerabilidad a las mujeres, donde no había políticas educativas para la reproducción ni responsabilidad paterna hacia las criaturas nacidas de las efímeras relaciones en los campamentos, ellas tenían la obligación de cultivar las cualidades tradicionales femeninas allá donde la división entre lo privado y lo público se había hecho añicos.

Por otra parte, la población civil que habitaba las zonas controladas por el FMLN estaba integrada casi exclusivamente por mujeres adultas, niños/as y ancianos/as. Las organizaciones armadas destacaron la importancia de la población civil como retaguardia, en un país que no presenta condiciones geográficas idóneas para una guerrilla de corte guevarista. Simbólica y realmente, "la montaña" es el espacio nutriente, la precondición para que el ejército guerrillero pueda sobrevivir. Las mujeres y las cualidades femeninas tradicionales fueron "la montaña" de la guerrilla. La función cuidadora, firmemente arraigada en la identidad femenina, convirtió a las mujeres de la población civil en pilares fundamentales del sostenimiento de la guerrilla; ellas fueron convocadas a participar en tanto y como madres.

Políticas del FMLN en relación a la sexualidad y la maternidad

Durante los veinte años que van desde la formación de las primeras organizaciones revolucionarias hasta la firma de los Acuerdos de Paz, distinguimos cuatro períodos en los que se manifiestan las diferentes políticas del FMLN en lo que hace a la situación femenina y, en particular, a los aspectos de la sexualidad y la maternidad:

1. Durante la década del 70 las organizaciones que integrarían el Frente eran bastante rígidas en cuanto a las exigencias sobre el comportamiento personal de sus militantes. La convicción de la importancia histórica de su misión, los grandes principios que la regían y el ambiente de clandestinidad, forjaron esa rigidez. Mientras los hombres fueron sus integrantes exclusivos no existía mayor presión sobre su comportamiento sexual, pero la incorporación de mujeres implicó la llegada de cuerpos sexuados que pusieron las relaciones afectivas y eróticas en un primer plano. No obstante, la timidez para atraer mujeres a sus filas marcó a la generación que se convertiría en la dirección histórica del FMLN: sin suficientes mujeres en roles de dirección resultaría más difícil la discusión de temas relativos a la relación entre los géneros.

A pesar del silencio y el malestar expresado en críticas retrospectivas, nos parece evidente que la mayoría de la militancia de esa época estaba convencida de la necesidad de subordinar sus aspiraciones personales y controlar su conducta en el aspecto sexual, por lo menos procurar que las "travesuras" no fueran públicas para evitar sanciones; esta convicción les permitía autocontrolar sus comportamientos. Más que a una normativa se recurre a la conciencia moral, se fomentan principios como la honestidad hacia la pareja, y se toman decisiones individuales sobre la posposición de la maternidad y la paternidad.

2. Durante los primeros años de la guerra civil (inicios de la década del 80) gran parte de los cuadros del FMLN se fueron al campo y descubrieron que la mayoría de

combatientes provenían de zonas rurales, quienes además de traer consigo la misma ignorancia que ellos y ellas sobre la sexualidad, tenían una manera distinta de abordarla y una forma de relación entre hombres y mujeres donde estaba ausente el discurso de la igualdad. El encuentro entre estas distintas culturas ocurría en un momento en que no había tiempo para impartir una formación político-ideológica como durante la época de la clandestinidad. Además, se daba en unas condiciones -las de los campamentos guerrilleros- que propiciaban una permanente convivencia de la que quedaban ausentes los adultos familiares de las y los jóvenes combatientes y que podían constituir una autoridad y/o freno en la conducta de éstos.

Durante estos primeros años el FMLN todavía pudo controlar el crecimiento del ejército y la conducta de sus combatientes. La práctica del "matrimonio por las armas" fue una expresión del intento de trasladar las convicciones de los núcleos originales del Frente a esa nueva realidad. Sin embargo, la juventud de sus miembros, el menor número de mujeres y un cambio en los requerimientos de la militancia -menos convicción ideológica y más disposición al combate- hicieron que los presupuestos de respeto y autocontrol de la primera oleada se fueran perdiendo.

3. La decisión del FMLN de cambiar de táctica para hacer frente a la guerra de baja intensidad marca el tercer período (segunda mitad de la década pasada). La decisión de funcionar con pequeños núcleos guerrilleros implicaba una relación más constante con la población civil; para lograr su colaboración había que ser lo más "normales" posible para no generar desconfianzas. Esto significa que había que seguir las pautas tradicionales de relacionamiento entre hombres y mujeres, que las mujeres de la guerrilla tenían que acercarse a las mujeres de la población y mostrarse como ellas, retomar sus costumbres, su lenguaje, no hacer nada que pudiera violentarlas.

Como las actitudes de subordinación femenina son las consideradas normales por el conjunto de la sociedad, no es difícil imaginar que en esta etapa se fomentaran los comportamientos ajustados a patrones tradicionales de feminidad e incluso fueran teorizados como "el" comportamiento revolucionario esperado de las mujeres.

4. La cuarta y última etapa de esta historia se desarrolla después de la ofensiva de 1989 y ya instalada la negociación, cuando el FMLN desiste de todo intento de ganar la guerra por la vía militar y dedica sus energías a la conquista de mejores términos de negociación para finalizar la guerra. Esta nueva orientación significa también abandonar la convicción de que se estaba a las puertas de la creación de una nueva sociedad y en su lugar aparece la necesidad del "realismo político" que, para algunos y algunas, significaría abandonar la utopía tan largamente cultivada.

Para concluir, sostenemos que las mujeres sí estuvieron presentes en el proyecto revolucionario salvadoreño: ellas fueron vistas exclusivamente en su condición de pobres, despreciando otros aspectos de su ubicación social y, sobre todo, desdeñando los análisis sobre su subordinación genérica. No sólo fueron contempladas unilateralmente sino que las cualidades femeninas tradicionales fueron avaladas y fomentadas por ser funcionales a las necesidades de la clandestinidad primero, y de la guerra después.

No dudamos en afirmar que, a pesar del desarrollo de concepciones feministas en algunas mujeres y organismos que responden a las líneas del Frente, la concepción descrita arriba y muchas de las prácticas derivadas de ella siguen imperando en las filas del actual FMLN.



¿ES REVOLUCIONARIO EL FSLN?[13]

Sofía Montenegro[14]

El poder sobre sí mismo vale más que mil años de poder sobre otros (Proverbio Sufi)

Se supone que la razón de ser de los revolucionarios es la lucha por el cambio hacia formas superiores de existencia. Y es ley de la vida el cambio permanente. Pero dado el apego imperante a formas caducas del ejercicio del poder dentro de la organización, la crisis de sus presupuestos teóricos y la forma que adopta la lucha interna, se impone la duda racional sobre si el FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional) es una agrupación revolucionaria e incluso, si alguna vez lo fue.

Para un sector de la membresía, la adhesión a unas ideas cuestionadas por la realidad y no revisadas críticamente, representa la "esencia" del ser revolucionario. Quienes cuestionamos tales "artículos de fe" somos tildados de "traidores", "burgueses" o "socialdemócratas". Dado el debate y la confusión actual, es necesario que todos los sandinistas nos hagamos una pregunta de fondo: ¿es revolucionario el FSLN?.

Yo tengo la tesis de que el FSLN no es tan "esencialmente" revolucionario como nos gustaría creer. Si analizamos su carácter (carismático), su estructura (verticalista), su concepción de poder (de dominación), su ética (autoritaria) y su filosofía de liberación (limitada), resulta que el FSLN no es muy diferente de cualquier otra fuerza política.

Sobre la concepción del poder y el carácter del FSLN

Es un hecho empíricamente constatado por cualquier miembro del FSLN que las relaciones políticas que han existido en su seno son relaciones desiguales y jerárquicas de poder, donde unos mandan y otros deben (o deberían) obedecer. Esto pudo ser justificado en el período histórico de la clandestinidad y la lucha armada, y tal vez, en el primer par de años tras la toma del poder. Pero resulta un anacronismo y un contrasentido

13 *Versión modificada del ensayo original del mismo nombre publicado el 14 de Mayo de 1994 en Nuevo Amanecer Cultural de El Nuevo Diario, Managua, con motivo del Congreso Nacional del FSLN.*

14 *Nicaraguense, periodista feminista. Fue militante del FSLN, directora de la revista GENTE y miembro del consejo editorial de BARRICADA. Actualmente dirige el Centro de Investigaciones de la Comunicación (CINCO) e integra el Colectivo Feminista La Malinche.*

quince años después, cuando el grupo es un partido civil e institucionalizado y una fuerza democratizadora, incluso, a pesar de sí mismo. El FSLN como grupo político no es (ni ha sido) un espacio de iguales, de pares, donde todos sus miembros son vistos como sujetos, es decir, personas a quienes se les reconoce la capacidad de analizar, de participar y decidir en igualdad de condiciones. Tampoco es ni ha sido un lugar de liberación personal para sus integrantes.

La fórmula de poder imperante en el Frente ha sido clásicamente tridimensional y similar a la de todos los grupos políticos que han existido en la historia de Nicaragua y del mundo: X consigue que Y actúe de determinada forma, a pesar de la resistencia de Y, a través de unos mecanismos de control Z, violencia incluida. Y tal vez no podía ser de otra forma dado el fundamento carismático del FSLN: el carisma (don o gracia) es la cualidad "sobrenatural" de una personalidad, en virtud de ia cual se la considera como profeta, caudillo, jefe o líder. La constitución del FSLN está basada en la "palabra revelada", la heroicidad y ejemplaridad de un jefe militar: Sandino. Alrededor de su figura un pequeño grupo de exégetas construyó un discurso redentorista y un discipulado, que organizó al FSLN. En virtud de ser ésta una asociación clandestina con arreglo a valores y no sólo a fines objetivos (derrocamiento de la dictadura y toma del poder), adquirió la característica de una orden religiosa-militar cerrada, en la que el ingreso estaba determinado por la realización previa de un "noviciado".

Entre los rasgos típicamente carismáticos de una guerrilla religiosa y que la diferencian de una banda armada cualquiera, está el sentido de "misión" y la autodefinición del grupo como "hombres libres", es decir, que rechazan las reglas establecidas y toda trabazón con lo cotidiano. En tal tipo de grupo no existen preceptos jurídicos abstractos, ni aplicación racional del derecho orientadas por ellos, sólo creaciones de derecho de caso en caso. Se desdeña la economía racional o tradicional de cada día. La cobertura de necesidades son de un lado, las mecenísticas y las mendicantes y de otro, el botín. No hay "sueldo" ni "prebenda" alguna, sólo camaradería y distribución equitativa por el liderazgo carismático de los medios de subsistencia así procurados, lo que lleva implícito la idea de señorío tradicional, pero de un paternalismo benevolente. En el caso del FSLN este rasgo se prolongará una vez en el poder del Estado, en la afirmación de que "la revolución es fuente de Derecho" y tras la derrota electoral, en la llamada "piñata".

La sucesión y legitimidad de los liderazgos, así como la escogencia de los "cuadros", ha estado basada también en la calificación carismática, donde la obediencia de los "adeptos" ha respondido a la reverencia por la heroicidad o la ejemplaridad en la lucha contra el enemigo. Como entre los primitivos cristianos, lo anterior supone un proceso de comunización de carácter emotivo. Nacido de la indigencia y la opresión, el carisma es la gran fuerza revolucionaria en las épicas vinculadas a la tradición, que opera por la movilización del sentimiento patético: por la pasión por una causa. La fuerza igualmente revolucionaria de la mente, que opera por el pensamiento crítico y la intelectualización,

tuvo en la constitución del FSLN un segundísimo plano. El FSLN inventó un redentor en Sandino y un apóstol en Carlos Fonseca, pero no tuvo pensadores.

La moral colectivista y heroica (entrega total a la causa, espíritu de sacrificio, compañerismo) significó una ruptura con la moral tradicional y colonizante, que sirvió para afirmar las virtudes de la dignidad, el honor y la lealtad a los suyos, de un pueblo sojuzgado y explotado. Llamada significativamente "mística revolucionaria", fue en ese sentido subversiva del orden establecido, pese a derivar de una ética autoritaria. Para la ética autoritaria, es propio de la naturaleza del comportamiento ético estar relacionado con algo que trasciende al ser humano. Así, reconocer a la persona y su propio interés no puede ser realmente moral, ya que su objeto sería meramente el individuo aislado y egoista. En este argumento, basado en una falacia, coinciden perfectamente curas, capitalistas y revolucionarios, por cuanto para los primeros "lo trascendente" es Dios, para los segundos el Dinero y para los últimos "La Patria, la Revolución".

El resultado es el mismo: una conciencia que ve al mundo como un objeto y a los seres humanos sin un valor inherente. Por tanto, la ética autoritaria responde a la pregunta qué es "bueno" o "malo" en términos de los intereses de la autoridad, no de los del sujeto y por ello estima la obediencia como la principal virtud y la desobediencia, como el pecado capital. El resultado es el establecimiento de una autoridad irracional que no sólo no requiere la crítica sino que la prohibe. Es pues, la ética del dominio sobre las personas, que motiva por el miedo y a cambio de la obediencia, ofrece la esperanza de alivio. Es ni más ni menos, la de la Iglesia Católica.

En el FSLN, tal cosa se expresó en la "disciplina" ante la autoridad: una obediencia habitual sin resistencia ni crítica, basada en una relación simbiótica de identidad, que se caracteriza por la sumisión masoquista del adepto y la actitud explotativa del dirigente. Aún a expensas de su integridad personal, el dirigido encuentra en ello seguridad interior al sentir que "participa" de la fuerza de la autoridad. Ser rechazado por ésta significa psicológicamente ser arrojado al horror de la nada. De su parte, la dirigencia se convierte en algo "único" porque tiene el privilegio de ser alguien que no es un medio sino un fin en sí mismo; alguien que crea y no es creado, que tiene poderes que los demás no pueden conseguir. De ahí el "endiosamiento", la prepotencia, el mesianismo y la arbitrariedad.

La dominación así establecida, en el caso del FSLN se despojó de su carácter monocrático por medio de una dirección colegiada. Pero tal cosa no tuvo nada específicamente democrático. Se trató de la investidura múltiple de un mismo cargo, con derecho de veto recíproco, para dividir la responsabilidad entre nueve hombres y aminorar la dominación, así como para resolver la disputa sobre quién era el líder "verdadero" y mantener la unidad en la dirigencia.

Así, la "mística revolucionaria" que por un lado ha mostrado un valor positivo de cara a la moralización de la sociedad, por el otro ha representado una "mística de la negación": de la individualidad de las personas y de la vida misma, en contradicción a la naturaleza de toda vida, cuyo principio es preservar y afirmar su propia existencia. En nombre de la "trascendencia" hacia fines superiores, matamos y nos mataron con el grito de "!Patria Libre o Morir!". La derecha, los contras y los gringos, con quienes tenemos el dudoso honor de compartir semejante ética, también hicieron lo suyo ubicándose como "luchadores de la libertad", lanzándonos una guerra de "baja intensidad" que devastó al país y nos destrozó a todos.

Si bien el FSLN no es el "padre" de la conciencia autoritaria, sino que ésta proviene de la cultura patriarcal en su conjunto, es legítimo preguntarse si puede proclamarse revolucionario un partido que ni siquiera se propuso cuestionarla. Antes bien, la reforzó con ficciones como las del "centralismo democrático". Tal vez todo eso pueda explicar por qué una fuerza política tan numerosa encuentra "insustituibles" a la docena de hombres que nos dirigen desde hace casi dos décadas. O por qué la Asamblea Sandinista nunca pudo controlar a la Dirección Nacional ni pedirle cuentas ni hacer que le consultara. O por qué obedecimos órdenes irracionales, francamente estúpidas o injustas, nos autocensuramos o permitimos que nos censuraran, fuimos crueles con otros o toleramos la crueldad hacia nosotros mismos, sin indignarnos. O por qué hoy el debate se "personaliza" y no se escuchan argumentos o raciocinios sino virulentos ataques y acusaciones o por qué el caudillismo se convierte en una tentación en el sector más ortodoxo y simbiotizado de la membresía.

Estas lealtades personales y esta moral de siervo que en el Frente se tipifica como "borreguismo", hacen que las diferentes concepciones expresadas en las "corrientes" sean sospechosas de lo mismo. Porque en la conciencia autoritaria del Frente Sandinista en su conjunto no está plenamente aceptada ni reconocida la autonomía personal de nadie y por tanto, que algunos miembros piensen por sí mismos y tomen posiciones, a no ser por la incitación de un dirigente. De ahí la virulencia y el personalismo de los ataques hacia aquéllos que desafían los dogmas establecidos y a la máxima autoridad carismática por cargo, en este caso, la del Secretario General. La crisis política interna más parece la de una congregación de creyentes que la de un partido revolucionario, pues por un lado amenaza un "cisma", la disensión sobre quién es el jefe carismático "verdadero", y por el otro una "herejía", la disensión sobre el contenido de la doctrina.

Con el fin de la época heroica de la revolución y la rutinización del dominio carismático, la autoridad de los líderes se ha disipado al perder fuerza "mágica" entre los adeptos. Entre los líderes (y adeptos) hay quienes buscan la racionalización de la fuerza política, la revisión crítica y adaptación a la realidad y quienes buscan el mantenimiento del perfil extracotidiano y heroico, reclamando un monopolio exclusivo de la organización. Se trata del estamento hierocrático -la clase sacerdotal- que en razones de mérito histórico personal, edad, fidelidad a la tradición y a la "palabra revelada", afirma ser el

representante único y legítimo del sandinismo. Son éstos los que acusan a otros de ser "revolucionarios de escritorio" y quienes no descartan la violencia como método de lucha. Son los que se declaran "fieles a los principios" sin tomarse siquiera la molestia de revisarlos -dado el manifiesto fracaso de la liberación nacional- para ver si todavía tienen validez. Quienes reclaman la segregación de los militantes en dos categorías, con el fin de preservar los "derechos adquiridos" por antiguedad y méritos heroicos. Quienes justifican todos nuestros errores y nos mueven a evadir la responsabilidad propia en la tragedia personal, echándole única y exclusivamente la culpa a los gringos o a la burguesía entreguista. Estamos pues, ante una petrificación del pensamiento y una terrible confusión de términos: lo "revolucionario" ha terminado siendo identificado con lo violento; y la toma del poder por el poder mismo, con los fines revolucionarios.

Como hecho negativo, el poder consiste fundamentalmente en la posibilidad de decidir sobre la vida de otros; en la intervención con hechos que obligan, circunscriben, prohíben o impiden. En ese sentido, quien tiene el poder somete, inferioriza, ejerce el control, conculca bienes reales y simbólicos. En otras palabras, domina, y desde esa posición, enjuicia, sentencia y perdona. Pero en sentido positivo el poder se define como autoafirmación de los sujetos para vivir la vida; es decir, no implica la opresión de otros. Tal es el poder al que aspiran los oprimidos. Pero por las razones apuntadas anteriormente, tal noción no ha tenido cabida en la filosofía de liberación del sandinismo.

Sobre la filosofía de liberación

La noción de liberación personal, en el sentido de autodesarrollo para una vida de libertad y creatividad, es el resultado del pensamiento humanista occidental. El enfoque de la lucha de liberación desde el unilateral y estrecho enfoque de la lucha de clases, no permitía integrar tal concepción en y desde el sandinismo, puesto que el punto fundamental fue la distribución de la riqueza: el reduccionismo económico y el materialismo vulgar no dejaron lugar para la antropología, la etnología y la psicología, mucho menos para un análisis interdisciplinario de nuestra realidad y de la cultura que pretendíamos cambiar.

Las tres grandes categorías en las que surge el tópico de liberación en el pensamiento latinoamericano y de las que se ha nutrido el sandinismo, son la liberación personal, la liberación social y la liberación nacional. La noción de liberación social se entiende ampliamente que incluye aspectos culturales, políticos y económicos, se refiere a la necesidad de liberar a los individuos de estructuras sociales de opresión, particulamente aquéllas que crean y reproducen desigualdades debido a clase, género, raza u origen nacional. Pero la liberación social necesita ser distinguida de la liberación nacional, que en nuestro contexto político se asume que significa una "segunda" o "definitiva" independencia en relación al imperialismo occidental o al neocolonialismo.

La versión teórica del FSLN establecía que el único camino a la liberación social era a través de una revolución que garantizara la liberación nacional, de manera que las metas de liberación social tomaban un lugar secundario, aunque la expectativa consciente o inconsciente de la mayoría de los sujetos era que la meta fundamental del proyecto revolucionario era la liberación social y personal. El asunto es que cualquier argumento que toma la forma de "sólo X puede asegurar el camino de la liberación" conlleva a una potencial nueva forma de dominación política e ideológica al afirmar una verdad exclusiva, independientemente de que muchas de las metas específicas de la liberación nacional (autodeterminación, independencia, soberanía) sean necesarias y razonables.

La identidad sandinista se construyó así a partir de las características que unen a un grupo de individuos alrededor de algo que creen que es una parte muy valiosa de sí mismos: la nación. Pero desde esta idea de unidad se obvió la diferencia y se deslizó la noción de asimilación total de los distintos grupos sociales que componen la "nación", en el marco de valores ya constituidos de la sociedad en su conjunto por el grupo dominante (hombres adultos, mestizos y urbanos). Por eso se hablaba de "integrar a la nación" a los campesinos, a las mujeres, a los grupos étnicos y a los marginados.

Al establecerse la liberación nacional como fin "trascendente" y superior de la revolución, se desdeñaron las espectativas personales y sectoriales como "desviaciones" o "debilidades pequeñoburguesas". !Como si la nación fuese un ente abstracto y no una población histórico-concreta! No vimos lo obvio, que la nación está compuesta en primer lugar por hombres y mujeres, en su mayoría mestizos "desindianizados" pero de cultura indiana, minorías étnicas que se reivindican como tales, en su mayoría pobres, oprimidos y explotados por razones de género, etnia y clase a lo largo de siglos. Excluídos de la ciudadanía y de la "identidad nacional" hasta que de un plumazo y por decreto, en 1910 el Presidente Zelaya declaró que de ahí en adelante todo mundo era "nicaraguense".

Todas las implicaciones del asunto no las vió el FSLN porque se casó con la tesis del "sujeto único" y privilegiado de la revolución: el proletariado, a cuyo carro debía ungirse como segunda fuerza el campesinado. Todos los demás sectores eran "aliados" de la clase que los iba a liberar de la burguesía y el imperialismo. El concepto "vanguardia-masas" es la concomitante de una visión que no reconoce la multiplicidad de sujetos existentes ni su autonomía y los amontona en la categoría de pueblo. Al ubicarse a sí mismo como "vanguardia de la clase obrera", el FSLN tampoco le reconocía a ésta su capacidad plena de sujeto, es decir, alguien que puede y debe ser artífice de su propia liberación y terminó confundiéndola con el resto de las "masas". Así, devino albacea permanente del pueblo, dado que éste nunca alcanzaba la mayoría de edad y por lo tanto "no estaba preparado" para particpar en las decisiones que le competían, hasta que finalmente el FSLN se creyó el pueblo.

La postergación indefinida del enfrentamiento de las opresiones que cada sujeto desea superar en su existencia particular o su sumergimiento dentro de otras consideradas "más importantes", produce un extrañamiento de los sujetos ante una propuesta de cambio que sienten que no los incluye ni los toma en cuenta. Campesinos, mujeres y etnias, fueron los primeros en sentirlo y lo ratificaron con una votación negativa al FSLN en 1990.

Una visión asexuada y homogenizante

Una nueva noción de liberación debe presuponer la revisión de nuestras ideas sobre la enajenación humana y la constitución de los sujetos. Porque pese a que el componente de identidad en las teorías de liberación sirve como un factor definitorio en la lucha por la libertad, la autodeterminación y la justicia social, hasta el presente el discurso de liberación y la teoría de la identidad cultural han continuado reproduciendo en su mayor parte la visión masculina de lo que significaría liberar a la región de la opresión social, ignorando el elemento de la identidad genérica.

El ser no es una abstracción asexuada, agenérica, pero se plantea un ser o un sujeto de contenido masculino a partir del cual pretenden hacer referencia a todos los seres humanos. Una concepción del mundo que reconoce como ser humano sólo a la mitad de la especie, el hombre, no puede ser verdaderamente emancipatoria ni puede generar una auténtica filosofía de liberación. Marx consideró que la humanidad no ha sido constituida aún debido a la división de los seres humanos en grupos contradictorios y antagónicos, y planteó que la segregación de la vida por género es un constituyente esencial de la enajenación humana. "Constituir la humanidad" implica superar el más profundo antagonismo de los seres humanos: el genérico.

El FSLN, tanto como el resto de la izquierda, no comprendía y no comprende que las mujeres y los hombres constituyen grupos socio-culturales genéricos; que estos grupos emergen de la división del mundo a partir de la sexualidad; y que la opresión de las mujeres y el dominio de los hombres son los fenómenos políticos globales que caracterizan al patriarcado. La sexualidad es un complejo cultural históricamente determinado consistente en relaciones sociales, instituciones sociales y políticas, así como concepciones del mundo, que define la identidad básica de los sujetos.

Por esa razón, la cuestión de la identidad cultural no pueder ser separada de la cuestión de la diferencia de ser humano (hombres y mujeres). Porque impone destino a los sujetos y es el elemento organizador de la identidad, la sexualidad es fundamento de la política y la economía. Sobre estos cimientos se organizan otros aspectos de la identidad que se desprenden del resto de adscripciones: la clase, el grupo linguístico, la religión, la edad, etc.

No se entiende que la opresión primordial, el arquetipo de todas las opresiones, es la genérica. Esta se sintetiza en la inferiorización de la mujer frente al hombre constituido en paradigma social y cultural de la humanidad. No dar cuenta de ella genera entonces, una visión unilateral del proceso histórico lo que a su vez conlleva al fracaso de las propuestas emancipatorias.

La utopía masculina

Sin embargo, en el FSLN cuestionar la teoría de clases como insuficiente para comprender la condición genérica era anatema y hablar del feminismo como esencial para una filosofía de liberación y para el diseño de políticas partidarias-estatales, era "diversionismo ideológico". El resultado fue que se concibió la revolución como una "utopía masculina" que tenía al varón (de determinada clase) como protagonista de la historia, cuya transformación habría de realizarse en el ámbito público y en la esfera de la producción. En ese proceso se constituiría subjetivamente el "hombre nuevo", una identidad asignada por el partido a la que uno debería tratar de ajustarse, fuese hombre o mujer: el sandinista dispuesto a morir por su patria, abnegado, sacrificado, obediente y dispuesto a "proletarizarse".

Con ello quedaron fuera del análisis y de la política todos los procesos que ocurren en el ámbito de la reproducción, del espacio privado como espacio donde hombres y mujeres se relacionan entre sí; del mundo compuesto por todos aquellos seres asociados dependientemente de las mujeres: los niños, los jóvenes, los enfermos, los viejos. Se ignoró el trabajo deméstico y la materno-conyugalidad como ejes centrales de la identidad femenina. La constitución y organización de la subjetividad de las personas quedó como asignatura descartada para la revolución y el problema de la liberación personal prácticamente fue omitido de toda discusión, o en cualquier caso, catalogado como "individualismo pequeñoburgués".

En el plano público tuvo como resultado que la Reforma Agraria en realidad fuera un proceso democratizante de la tenencia de la tierra sólo para los hombres. Sólo un 16% del total de tierras repartidas fue a parar a manos de las campesinas. En términos generales, las mujeres no fueron vistas como sujetos políticos ni económicos, en tanto tampoco fueron vistas como sujetas de propiedad o de créditos, ni se les reconoció jurídicamente plenos derechos.

Pese a reivindicar la emancipación femenina, el FSLN convocó la participación de las mujeres en tareas que priorizaban la reconstrucción del país y la defensa de la revolución, y desde una ética utilitaria impuso a la organización única de mujeres (AMNLAE) las prioridades del partido, que eran básicamente políticas, económicas y bélicas. Dado que el pensamiento oficial del sandinismo era que la emancipación femenina se

aseguraba con que las mujeres participaran en las tareas revolucionarias, AMNLAE fue dotada con similares tareas y estructuras que las demás organizaciones de masas, y no tuvo el espacio para desarrollar una identidad ni un modelo organizativo propio, adecuado para las mujeres y para el objetivo planteado. La organización de mujeres estuvo casi en función de cualquier cosa menos de sí misma, a juzgar por las prioridades de las tres etapas de su desarrollo: a) los intereses nacionales, b) los intereses de la defensa militar, c) los intereses sectoriales. El carácter para-partidario y la estructura de la organización, llevó desde el inicio a que AMNLAE postergara y pusiese en segundo lugar la lucha tanto por las necesidades prácticas como por los intereses estratégicos de género, lo que paulatinamente le ocasionó la pérdida de su base social.

El discurso ideológico del sandinismo tenía como propuesta de modelo de mujer a la "mujer-compañera": aquélla a la que se le reconoce un papel junto al hombre en la tarea de construir la historia. En este modelo la "mujer nueva" debe ir a la par que el hombre, se le reconoce su papel en la sociedad y debe compartir el sistema de creencias vigente y, evidentemente, no cuestionar el orden establecido ni las relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres.

Puede decirse que este discurso es el reconocimiento oficial y paternalista de que las mujeres existen, pero que hay que dotarlas del alma que en otros momentos se les había negado. Por otro lado, se ensalzó la imagen de la "mujer-madre" en su función biológica de reproductora de revolucionarios: "!Bendito sea el vientre que pare un hijo sandinista!" rezaba una consigna popular de la época. La idea de una "mujer-autónoma", es decir, alguien a quien se le reconoce la soberanía sobre sí misma, capacidad de decisión y autodeterminación, era profundamente ajena al discurso sandinista.

La creencia en la existencia de unas leyes objetivas de la historia impidió al FSLN reconocer la diversidad de intereses y sujetos, así como la individualidad, lo que cerró el espacio al debate, la concientización feminista y el ejercicio de la democracia. El reduccionismo androcéntrico le impidió reconocer la condición de género de las mujeres (lo que nos une) y la situación de género (lo que nos diferencia) y por lo tanto, alienó y marginó a grandes sectores de la población femenina que simpatizaban con la revolución. Pero además, dejó prácticamente intocada la división del trabajo por sexos, el problema de la opresión sexual, de la segregación laboral, de la violencia genérica, de la familia, de la maternidad, del matrimonio, la doble moral, etc.

La incapacidad del FSLN para incorporar la crítica de la cultura que representa el feminismo (en tanto cuestiona las concepciones filosóficas del mundo que tienen al hombre como la "medida de todas las cosas"), le llevó a desaprovechar el espacio abierto por la revolución para desarrollar un proyecto radicalmente democrático y un humanismo de fondo, que a lo mejor le hubiese permitido mayor permanencia en el tiempo y resultados más contundentes e irreversibles.

A manera de conclusión

La experiencia analizada nos obliga a todas y todos los que apostamos por cambiar las cosas a plantearnos una revisión profunda del discurso histórico, de sus bases conceptuales, epistemológicas y metodológicas, a fin de avanzar hacia una historia total, que tenga en cuenta cómo se ha organizado históricamente la relación entre mujeres y hombres, y las consecuencias que este ordenamiento ha tenido en la reglamentación de las restantes relaciones sociales, para buscar alternativas verdaderas y perdurables.

Si una lección nos queda de la experiencia sandinista es que el no reconocimiento de la multiplicidad de sujetos, el irrespeto a la diversidad de identidades e intereses, nos llevó al rompimiento del alto consenso social que tuvo la revolución en sus comienzos, pero además porque la guerra -derivada ella también del modo de organización patriarcal-capitalista- terminó poniendo en peligro la existencia misma de la nación que el Frente se proponía defender y liberar.

Volviendo a la pregunta inicial de esta reflexión y a la luz de lo expuesto, es menester preguntarse: ¿Es revolucionario el FSLN? La práctica política respondería que no y su filosofía sólo lo es a medias. En todo caso, el enorme potencial revolucionario del FSLN se habría frustrado por las terribles y adversas condiciones en las que se vió obligado a desarrollarse, y por la brutal agresión lanzada contra Nicaragua por los gringos y sus cómplices locales, pero también por sus concepciones autoritarias y patriarcales. Todo ello no quita que como grupo y como individuos, los sandinistas hayamos sido y seamos los más activos, experimentados y sacrificados promotores del cambio en la historia del país.

A pesar de todas sus deficiencias, el FSLN es la fuerza política que ha provocado algo históricamente único en el país: la toma del poder político por las clases populares, el consenso general para la insurrección, el asentamiento de las bases para la democratización del país, la emergencia de la sociedad civil, la autoafirmación de la identidad nacional, la politización de todo el pueblo y la apertura del país tras cincuenta años de dictadura así como las miles de experiencias vitales, grandes y pequeñas, individuales y colectivas, que nos permitieron conocer la inolvidable sensación de tocar el cielo con las manos.

Objetivamente, el FSLN ha dejado una nueva correlación de fuerzas entre oprimidos y opresores, que no puede ser fácilmente cambiada. Pero si el FSLN mismo no cambia en esta nueva etapa se puede convertir en un paréntesis político dentro del proceso histórico nicaraguense. El FSLN tiene a su favor el ser una fuerza política que en un corto período de tiempo pasó por la experiencia de vivir la tesis y la antítesis del poder. Una aguda reflexión crítica podría ponerlo en capacidad de realizar una nueva síntesis y con ello, la posibilidad de diseñar una alternativa para el cambio social. Pero para ello se necesita honestidad política y honradez intelectual, apertura de mente y estudio. Amén de la libertad y el coraje para hacerlo.

La actual crisis entonces, debe ser enfocada como una oportunidad para profundizar el proyecto revolucionario con vistas hacia el futuro. Los sandinistas no debemos temer a la discusión ni a participar en ella como sujetos, es decir como seres pensantes y críticos, para hacer un ajuste de conciencia que permita deconstruir la vieja conciencia autoritaria. Huir del cambio o impedirlo es haber dejado de ser revolucionario. Es temerle a la libertad, al humanismo y al conocimiento.

Si prevalecen las posiciones autoritarias y el sectarismo, el FSLN habrá cometido un suicidio político. Porque, ¿puede ser revolucionario un partido que no tiene la capacidad de ejercer una conciencia crítica sobre sí mismo? ¿Puede el FSLN pretender cambiar las relaciones de poder y dominio que existen en la sociedad sin haber cambiado las que existen en su propio seno? ¿Se puede tener un proyecto emancipatorio sin transformar la situación de opresión de las mujeres que son la mitad de la nación? ¿Se puede tener credibilidad sin dar el ejemplo?.



LAS MUJERES EN EL PROYECTO REVOLUCIONARIO GUATEMALTECO

Norma Chinchilla[15]

Quiero comenzar hablando de las limitaciones de esta ponencia para que entiendan por qué el análisis está al nivel en que está. Por un lado, hay muy poca documentación sobre las concepciones de la URNG (Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca) y de las organizaciones que la componen, y apenas seis libros de testimonios dan cuenta de las vivencias de las mujeres integradas al proceso revolucionario guatemalteco, la mayoría publicados en inglés con el objeto de concitar solidaridad más que de analizar críticamente las experiencias, mucho menos desde una perspectiva feminista.

Por otro, la guerra no ha concluido, no hay paz todavía, y la disposición de muchas a hablar abiertamente de sus vivencias individuales o colectivas es limitada. Las que sí han hablado de ello apenas conocen la realidad de otras mujeres, de otras regiones, etapas de la guerra u organizaciones, por lo que no se sabe todavía hasta qué punto son generalizables sus relatos. Además persiste la desconfianza entre las mujeres organizadas en la URNG y las feministas, muchas de éstas salidas de esas organizaciones; esa desconfianza dificulta crear espacios de coincidencia donde podrían reflexionar y trabajar juntas, e incluso desestabiliza los ya creados.

Hay actualmente un resurgimiento de un movimiento maya con una diversidad de tendencias y sectores sociales que, como todo movimiento que redescubre su historia y reclama su identidad, idealiza sus elementos definitorios y, muchas veces, en lo relativo a las relaciones entre los géneros, tiende a confundir la cosmovisión maya -bastante igualitaria- con la realidad cotidiana. Las mujeres indígenas que reivindican el feminismo son vistas muchas veces como ladinizadas y hay que esperar todavía que se puedan discutir estas cuestiones en mejores condiciones.

Por último, el guatemalteco es, obviamente, un movimiento revolucionario no victorioso, derrotado -a pesar de sus logros- en sus metas principales. Los resentimientos de la población que lo apoyó y la fuerza del enemigo que trató de desprestigiarlo, crean una situación en la cual muchos sentimos la necesidad de enfatizar los logros y las partes positivas de la experiencia. Con todas estas precauciones, me atrevo a plantear algunas reflexiones surgidas de mis pláticas con una variedad de mujeres guatemaltecas a las que vengo entrevistando y con las que colaboro desde hace más de una década.

15 *Feminista norteamericana, socióloga e investigadora. Colabora actualmente con grupos de mujeres de Guatemala.*

Coincidencias y diferencias

Lo primero que constato es que el proyecto revolucionario guatemalteco ha tenido en común con otros de la región las influencias teóricas y políticas del marxismo, del guevarismo y de la Teología de la Liberación. La perspectiva de clase ha sido la dominante y apenas ha dejado espacio para considerar otras contradiciones como el género y la etnia, aunque alguno de los grupos ha llegado a entender un poco más la cuestión de la opresión indígena.

También ha compartido con otros proyectos la falta de apreciación de muchos conceptos de la psicología moderna: la concepción del ser humano ha sido super-racionalista y voluntarista, y abunda la creencia en las leyes fijas de la historia que sólo esperan ser descubiertas para poder desarrollar etapas de cambio social predeterminadas. Igualmente ha tenido a la revolución cubana como referencia y ha importado modelos de los países comunistas -entre ellos Vietnam por su complejidad étnica- aún cuando ha roto con algunos de ellos.

En los documentos oficiales de las organizaciones revolucionarias nunca ha habido puntos programáticos específicos sobre la mujer o el género, y si algo se menciona en este sentido, se ubica a la mujer como pobre o explotada. Su concepción sobre el ámbito de la reproducción y el mundo privado ha avanzado poco más allá de los planteamientos de Engels y quizás, entre quienes estudiaron marxismo, ha llegado hasta la idea de la "mujer nueva" estilo Alejandra Kollontai, la mujer que hace de todo: trabaja, cuida su casa, participa en la organización, la super-mujer de la Unión Soviética. Exhibe también una pertinaz homofobia, lo que no sorprende cuando no se habla del sexo y mucho menos de la homosexualidad, y carece de una política coherente sobre maternidad.

La URNG comparte con otros proyectos un fuerte utopismo, cuando plantea la toma del poder y la construcción del socialismo en un país donde todavía persisten condiciones propias del siglo XIX; por ejemplo, aún predominan en muchas comunidades indígenas la poligamia, la compra de mujeres, el rapto y una serie de prácticas más asociadas a la época feudal que a la moderna.

Por otro lado, la polarización amigo-enemigo, buenos-malos, ha sido reforzada por la intransigencia de la burguesía guatemalteca, tan rígida y poco dispuesta a aceptar ninguna reforma; el radicalismo de los revolucionarios se ha retroalimentado con el de la burguesía, reafirmándose en la necesidad de una revolución del proletariado y el campesinado pobre, una revolución sin lugar para las alianzas con los sectores medios. Qué duda cabe que esta visión les ha dificultado pensar en la opresión de las mujeres como un fenómeno que atraviesa las clases o en el movimiento de mujeres como policlasista.

Las mujeres en la URNG

He preguntado a muchas mujeres guatemaltecas sobre sus motivaciones para involucrarse en la revolución y sus respuestas me hacen pensar que sí había en muchas de ellas cierta conciencia de género; se sentían tan subordinadas en esa sociedad tan rígida y patriarcal que vieron en las organizaciones revolucionarias la posibilidad de discutir, participar, mostrar que no se es inferior; ésto aparece repetidamente en sus testimonios en la forma de "fue la primera vez que me dieron respeto", "fue la primera vez que pude hablar con hombres directamente, en un plano igual"...

Es el caso también de mujeres indígenas jóvenes que huían de sus casas por la violencia que sufrían o por un matrimonio arreglado del cual querían escapar; salían con o sin permiso y se alzaban. Muchas expresan que quisieron ser guerrilleras para tener una manera de defenderse y defender a la gente cercana, que cuando recibieron su primer arma se sintieron iguales a los hombres. Creo que estos sentimientos tienen algo que ver con sentirse subordinadas y querer liberarse.

En la mayoría de casos fueron hombres quienes las reclutaron y ellas hablan con mucho cariño de ellos, cómo les corregían sus errores y eran sus modelos de como debe ser un militante. Algunas mencionan lo dificultoso que les resultaba separar los lazos afectivos y el compañerismo cuando el enamorado es el responsable que exige, corrige y critica mucho más para mostrar a los demás que no están siendo privilegiadas.

Otras hablan de cierta estratificación social que se reproduce dentro de la guerrilla, no necesariamente basada en la extracción social original sino de quienes se hacen compañeras de un dirigente y reciben ciertos privilegios que no se explican de otra manera más que por estar ligadas afectivamente a alguien de liderazgo. Vinculan esta reflexión a las diferentes vivencias de la maternidad: las combatientes dan a luz en el campo mientras las que ocupan estatus de poder (propio o derivado de la pareja) salen inmediatamente del país y viven su maternidad con más comodidad y apoyo de la organización.

También expresan haberse sentido abandonadas cuando han tenido que salir de la montaña a tener el bebé y la organización no atiende su reclamo para incorporarse de nuevo a la tarea. Se rebelan contra ésta cuando sospechan que no son tomados en serio sus deseos de participar por sí mismas, dicen "yo luché muy duro para no ser vista como 'la mujer de' en el pasado, cuando en el Partido Comunista de los años 50 o en la guerrilla de los 60 las mujeres casi todas eran 'mujeres de', pero siento que en esta revolución sí es posible ser conocida por mi valía individual".

Poco me han hablado las mujeres sobre la sexualidad en los campamentos guerrilleros. Parece que en un primer momento la dirigencia guerrillera trató de regular la sexualidad y los noviazgos con un montón de reglas y códigos pero después se dieron por vencidos y dijeron "mientras no moleste el orden o pongan en riesgo la seguridad, lo único que podemos pedir es que informen cuando se emparejan". Seguramente fue diferente en cada lugar el paso de una situación de mayor control a otra de más libertad, pero las jóvenes con las que he hablado dicen que era muy bonito ser minoría y poder elegir con quien querían andar, "tener varios hombres detrás de una pidiendo tu mano y tu podías jugar con ellos y decir con quien y cuando estar".

En cuanto a la división del trabajo por género tengo muchos testimonios donde las mujeres insisten en que el trabajo era repartido sin distinciones: los hombres tenían que aprender a cocinar y era una lucha a veces porque no cocinaban bien; cuando ellas reclamaron el derecho de ir a cazar animales grandes, lo consiguieron. No sé qué tanto igualitarismo había en los campamentos guerrilleros, lo que sí me atrevo a asegurar es que en las casas clandestinas urbanas tal igualdad de tareas era más difícil de asegurar. Era común la pervivencia de roles de género diferenciados en el accionar público, en la casa y en la organización. Por ejemplo, para hacer "pantalla de seguridad", la indígena que tal vez era responsable de la casa tenía que mostrarse como si fuera la sirvienta, y la militante que quizás tenía más rango que el hombre tenía que aparentar ser su esposa, hacer compras y todas las tareas domésticas, so pena de ser detectada por un sistema de inteligencia muy eficaz.

Sobre el acceso de las mujeres al poder en las organizaciones guerrilleras no hay información sustantiva, creo que se da en menor proporción que en el caso del FMLN pero no se conoce el dato; tampoco se conoce a la mayoría de los hombres dirigentes porque el guatemalteco ha sido y es un movimiento guerrillero muy secreto. Lo que sí podemos afirmar es que la maternidad ha sido el obstáculo más grande para el ascenso de las mujeres a los niveles medios de poder en la guerrilla. En los niveles más altos es casi imposible encontrar mujeres, lo que parece indicar cierta falta de voluntad para prepararlas y promoverlas.

La complejidad étnica hace difícil conceptualizar la solidaridad femenina, cercena la posibilidad de hablar entre mujeres sobre cuestiones de mujeres lo que dificulta la formación de organizaciones propias. La única solidaridad que una mujer construye con otra es dentro de las organizaciones revolucionarias, espacios que para muchas han significado su primera posibilidad de construir bases de intercambio y solidaridad entre mujeres de diferentes clases sociales, entre ladinas e indígenas y también entre indígenas; muchas indígenas relatan lo increible que fue descubrir en el campamento guerrillero que había mujeres de otras etnias con quienes nunca antes habían hablado.



Para concluir, sólo quiero enfatizar que la guerra en Guatemala ha tenido características de genocidio y además ha segado la vida de varias generaciones de activistas con gran capacidad teórica e intelectual. Las dirigentes sobrevivientes todavía no hablan del dolor, de las pérdidas, de lo logrado y lo no conseguido; sin embargo, muchas de las que vivieron el exilio y han regresado al país en los últimos años sienten que gracias a su incorporación al proceso revolucionario hoy tienen una capacidad organizativa y analítica que jamás hubieran tenido y, en muchos casos, también una perspectiva feminista para analizar la realidad. Confrontadas con una sociedad que no ha cambiado en la manera que ellas hubieran querido creo que, a pesar de todo, el saldo subjetivo es positivo, aunque habría que empezar a hablar también de los costos que pagaron, pero para eso habrá que esperar seguramente el final de la guerra.

EL EJERCITO ZAPATISTA Y LA EMANCIPACION DE LAS MUJERES CHIAPANECAS

Mercedes Olivera[16]

El 1 de enero de 1994 ocurrieron dos hechos significativos para nuestra historia nacional: por una parte el gobierno de tecnócratas neo-liberales firmó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, anunciando con bombos y platillos nuestro ingreso al mundo del "bienestar y el desarrollo". Por otro lado, el EZLN hizo su primera acción pública tomando cuatro cabeceras municipales de Chiapas, dando a conocer en la Primera Declaración de la Selva sus objetivos de democracia y paz con justicia y dignidad. Ese día, entre la sorpresa y el asombro, nace una esperanza de cambio desde el "México profundo" que todas y todos llevamos dentro.

La esperanza nació en hombres y mujeres; sin embargo, las mujeres aparecíamos nuevamente subsumidas en las categorías que nos hacen invisibles: mexicanos, pueblo, sociedad civil... Tampoco era claro si el EZ cuestionaba el carácter patriarcal del sistema y si la democracia económica, política y social que propone incluye la igualdad entre los géneros. Las dudas se fueron convirtiendo en un debate. Algunas feministas, partiendo de que "la guerra es la lucha sangrienta por el poder patriarcal, a través de la muerte propia y ajena", plantean que el EZLN está negando en su propia naturaleza y funcionamiento cualquier posición feminista.

Muchos hombres y mujeres se sienten identificados con los planteamientos zapatistas, otras y otros no se sienten representados en sus demandas. Los ganaderos, finqueros y priístas son los enemigos principales del zapatismo. Tampoco muchas feministas están con el zapatismo, sus dudas y críticas no han sido resueltas totalmente a pesar que cada vez aparecen nuevos signos favorables a la lucha de las mujeres.

Planteamientos similares y diferentes

A los proyectos político-militares que han surgido en Centroamérica y México en las dos últimas décadas los hermanan las fuentes teóricas de sus estrategias: el marxismo, la Teología de la Liberación y el guevarismo y, en el caso de Guatemala y Chiapas, también los identifica el predominio de indígenas en su composición y la necesidad de resolver la discriminación cultural de que son objeto. En todos los casos se ha planteado la desestructuración del Estado burgués y su transformación incorporando al pueblo

16 *Mexicana, antropóloga y feminista. Coordina el Centro de Investigaciones y Acción de la Mujer (CIAM) en Chiapas.*

en la toma de decisiones, así como la democratización de la producción, el poder y los recursos. Es cierto también que se han enfatizado los problemas económicos y políticos de las relaciones humanas de clase y etnia, desestimando las desigualdades entre hombres y mujeres, aunque cada vez el número de mujeres que se han incorporado a los movimientos armados ha sido creciente.

No obstante estas similitudes, el EZLN tiene algunos planteamientos diferentes. Se estructura desde el principio como ejército, buscando acumular la fuerza necesaria para enfrentarse con el Ejército Federal y tener la posibilidad de desdoblarse en unidades guerrilleras cuando le sea necesario; no plantea la toma del poder por las armas sino cambios profundos mediante una amplia movilización de la sociedad civil; prioriza la vía política sobre la militar: las armas serán necesarias sólo para garantizar los espacios y avance de la lucha popular; plantea el reto de construir un foro de participación nacional, diferente a los partidos, que permita el flujo de las decisiones de abajo hacia arriba y de realmente voz y poder a los que nunca lo han tenido.

Se trata no de tomar el poder sino de construir una nueva forma de poder que garantice "la democracia y la paz con justicia y dignidad". Asímismo, no presenta un programa rígido y preestablecido de gobierno sino que trata de que se vaya construyendo a medida que los diferentes sectores se vayan incorporando a la lucha por sus propias reivindicaciones y hagan sus propuestas, a fin de que la construcción del proyecto político se convierta en la primera plataforma de participación popular.

Entre esos grupos estamos las mujeres, a quienes nos ha hecho un llamado preferencial, tanto a través de los comunicados y la convocatoria a la Convención Nacional de Aguascalientes como en los espacios abiertos a través del diálogo con el Gobierno. De las cuatro mesas de negociación acordadas, una es especial para las mujeres, pero también en la primera mesa dedicada a los problemas y cultura de los indígenas de Chiapas se han tratado específicamente los problemas y derechos de las mujeres indígenas. En el propio funcionamiento del Ejército Zapatista se han incluido las leyes revolucionarias de las mujeres que aparecen por primera vez en las normas internas de un movimiento revolucionario.

El EZLN no concibe la negociación como un paso para terminar la guerra sino como el inicio de un espacio de participación popular y movilización en torno a los problemas más urgentes. El saldo positivo más importante ha sido el diálogo entre los propios indígenas, el fortalecimiento de sus relaciones y organizaciones y la construcción de propuestas y alternativas concretas por las que seguir luchando. Además, el EZLN ha establecido una forma coloquial y directa de comunicación con el pueblo, ha roto la rispidez de los partes de guerra y los comunicados militares clásicos, recuperando el sentido humano de las luchas populares y la posibilidad de oir las quejas y problemas que se le plantean.

El EZLN y las mujeres zapatistas

Las mujeres conforman la tercera parte de su fuerza armada y la mitad o más de las bases de apoyo zapatistas. La mayor Ana María dirigió la toma de la ciudad de San Cristóbal el 1 de enero; Ramona, Susana y Trini son comandantes del CCRI-CG (Comité Clandestino Revolucionario Indígena) que han estado, junto con otras y otros miembros del EZLN, en los diálogos con el gobierno. En la Comandancia General las mujeres representan entre el 10 y el 15%, pero más allá de su proporción y grado militar, la presencia de las mujeres en el EZ ha legitimado en las comunidades la participación de las indígenas en la vida pública, rompiendo las normas tradicionales que las subordinan a las labores de la casa, les prohiben cualquier participación fuera de ella que no sea a través de un hombre de la familia y hasta les prohiben hablar con los varones que no son de la familia o con cualquier persona ajena a la comunidad. Antes los hombres les decían "Callate vos mujer, ¿caso sos hombre?", ahora pocos son los que les niegan el derecho de estar en las asambleas, en las marchas, en los cinturones de paz, en las tomas de carreteras o en las filas del EZ. "Antes de que llegara el EZ a las compañeras les pegaban, las obligaban a casar con alguien que no quieren, había mucha borrachera y eso les hacía también daño a las compañeras porque tienen que estar llorando y cuidando que sus maridos no las macheteen... cuando entramos empezó a haber una ley que prohibe el alcohol... ahora se siente más tranquilo".[17]

Entre los hechos que dan cuenta de la importancia que el EZ ha dado a la lucha por las reivindicaciones de las indígenas está el haber aceptado como parte de los reglamentos insurgentes la Ley Revolucionaria de las Mujeres, que fue elaborada por las insurgentes y posteriormente discutida con las mujeres de las comunidades zapatistas. Dice así:

1. Las mujeres, sin importar su raza, credo, color o filiación política, tienen derecho a participar en la lucha revolucionaria, en el lugar y grado que su voluntad y capacidad determinen.
2. Las mujeres tienen derecho a trabajar y a recibir un salario justo.
3. Las mujeres tienen derecho a decidir el número de hijos que pueden tener y cuidar.
4. Las mujeres tienen derecho a participar en los asuntos de la comunidad y tener cargos si son elegidas libre y democráticamente.
5. Las mujeres y sus hijos tienen derecho a la atención primaria en salud y alimentación.
6. Las mujeres tienen derecho a la educación.
7. Las mujeres tienen derecho a elegir su pareja y a no ser obligadas por la fuerza a contraer matrimonio.
8. Ninguna mujer podrá ser golpeada o maltratada físicamente, ni por familiares ni por extraños.

17 *Entrevista a la capitana Maribel.* ***Fuenteovejuna: La palabra de los armados de verdad y fuego. Entrevistas, cartas y comunicados del EZLN.*** *México, 1994.*

9. Las mujeres podrán ocupar cargos de dirección en la organización y tener cargos militares en las fuerzas armadas revolucionarias.
10. Las mujeres tendrán todos los derechos y obligaciones que señalen las leyes y reglamentos revolucionarios.[18]

Es muy cierto que estas primeras leyes no se orientan claramente al cambio de las relaciones desiguales de género y mucho menos a la desestructuración del sistema patriarcal; tampoco plantean medidas para que las mujeres puedan acceder a la igualdad. Hay quienes opinan que estas leyes han sido una imposición más de los hombres que mandan sobre las mujeres que obedecen y que "sólo plantean unas cuantas reivindicaciones para las mujeres y no una propuesta de comunidad desde la vivencia de lo femenino crítico y consciente".[19]

No obstante, hay que entender lo que significan estas leyes para las mujeres que por siglos han vivido sometidas a un régimen señorial según el cual, hace apenas doce años, existía en las fincas del norte de Chiapas el trabajo obligatorio y gratuito de los peones para su patrón, que incluía el servicio doméstico y sexual de las mujeres jóvenes en la casa grande y el derecho de los patrones de acostarse con las púberes (derecho de pernada), garantizando así una relación de parentesco entre los trabajadores y los amos para encubrir la sobre-explotación y subordinación que ligada por generaciones a los peones a la tierra y al amo.[20]

Se trata de un proceso de toma de conciencia y participación de las mujeres que marcha con pasos lentos. Se ha criticado al EZ que en el pliego de demandas al gobierno en el diálogo de San Cristóbal (9 de febrero de 1994) no recogiera la Ley Revolucionaria de las Mujeres. Las doce demandas contenidas en ese pliego se refieren a las necesidades urgentes inmediatas, muchas de las cuales en vez de cambiar los roles tradicionales que subordinan a las mujeres, los reafirman y reproducen su rol materno y de servicio. Las zapatistas contestan a esta crítica en los albores de su conciencia de género: "Hay cosas que se piden y cosas que se imponen. Nosotras pedimos al gobierno condiciones materiales mínimas. No pedimos que nos den libertad y respeto. Nuestra libertad y dignidad es algo que impondremos, las reconozcan o no los compañeros y el gobierno".[21]

18 *EZLN: El Despertador Mexicano. Organo Informativo. Chiapas, 1 de Enero, 1994. México.*

19 *Ximena Bedregal: "Reflexiones desde nuestro feminismo", en **¿Y las Mujeres Qué?** de Rosa Rojas. La Correa Feminista. México, 1994.*

20 *Mercedes Olivera: "Sobre la explotación y la opresión de las mujeres acasilladas en Chiapas". Cuadernos Agrarios 9. México, 1979.*

21 *Comunicado de Marcos sobre el Aborto. Fuenteovejuna, op. cit.*

Por otra parte, en las negociaciones de San Andrés Sacalch'en (octubre de 1995 a febrero de 1996), la posición de los y las zapatistas en relación a los derechos de las mujeres ha sido más explícita. En la Mesa de Derechos y Cultura Indígena las zapatistas asesoradas por un grupo de feministas, presentaron sus demandas después de un largo proceso de reflexión que se inició desde las comunidades y organizaciones campesinas. Entre las demandas específicas de las mujeres están: el derecho a la propiedad, la participación y representación paritaria de las mujeres indígenas en las estructuras de gobierno; el respeto a los Derechos Humanos de las mujeres y el cumplimiento de los convenios internacionales sobre la no discriminación, salud y derechos reproductivos; la creación de la Defensoría de la Mujer Indígena y de un fondo para proyectos productivos, protección y servicios; campañas de concientización para cambiar el autoritarismo de los hombres y la desvalorización hacia las mujeres; garantías para el derecho de las indígenas a organizarse y a participar sin ser perseguidas ni hostigadas.

Se proponen programas de prevención y atención a la salud reproductiva para combatir las causas de la mortalidad materna; programas de formación sobre sexualidad, reproducción y salud, respetando las opiniones de las mujeres; garantías para que las mujeres decidan sobre el número de hijos que puedan tener y cuidar y la eliminación de las políticas de control natal impuestas, proporcionando a hombres y mujeres orientación adecuada sobre la planificación familiar.

En el aspecto educativo se propone el rescate cultural y lingüístico bases de la identidad indígena, capacitación en todas las áreas sin discriminación, medidas que garanticen el acceso de las mujeres a todos los niveles educativos, eliminación de los contenidos discriminatorios en los libros de texto, derecho de las mujeres a cambiar las costumbres cuando lastimen su dignidad y violenten sus derechos y a conservarlas cuando se apegan a su dignidad. En el aspecto laboral se piden garantías para las trabajadoras, especialmente para las trabajoras domésticas, las jornaleras agrícolas y otras en condiciones vulnerables:

salarios justos, jornada laboral reglamentaria, seguridad y prestaciones sociales. Se pronuncian en contra de la violencia sexual e intrafamiliar; piden el reconocimiento del derecho de la mujer al descanso, la recreación y el esparcimiento; proponen que se tomen medidas para erradicar el alcoholismo, devastador de la salud física y moral de las familias.

Los zapatistas han legitimado la lucha de las mujeres por sus derechos y han abierto espacios para su participación política; a dos años de iniciarse la guerra abierta, la categoría de género ha sido asumida por las dirigentas y empieza a ser aceptada por la dirigencia militar del EZ. Las zapatistas acrecientan su presencia en las actividades públicas y definen sus derechos tanto en las Mesas de negociación como en sus organizaciones mixtas, en la Asamblea del Pueblo Chiapaneco y en los diferentes foros de mujeres. La lucha contra las violaciones y la violencia familiar ha sido asumida por muchas comunidades y las demandas de autonomía de los pueblos indígenas son apoyadas por las indígenas, que empiezan a plantear que sus reivindicaciones específicas sean tomadas en cuenta en este proyecto.

Sexualidad y maternidad en las filas zapatistas

Los planteamientos zapatistas en relación a las mujeres cada vez son más claros y precisos[22]. Sin embargo, es necesario señalar que en relación a la sexualidad y la afectividad subordinadas se ha avanzado poco y aún se nota la dificultad de abordar esos temas.

En las bases de apoyo zapatistas se conservan casi sin cambios las formas enajenantes de la sexualidad femenina. En muchas comunidades hablar del sexo está prohibido, sobre todo entre las mujeres "niñas" (las que no han tenido marido independientemente de su edad). La mujer debe ser condescendiente con el hombre en relación a sus deseos sexuales y reprimir los propios. Rara vez se reconoce que las mujeres tienen necesidades sexuales y cuando una mujer rompe el silencio al respecto o se atreve a tener relaciones sexuales no sancionadas por la costumbre, es repudiada y castigada con el ostracismo y hasta con la expulsión de la organización o de la comunidad. Los hombres exigen a sus mujeres relaciones sexuales exclusivas mientras ellos pueden tener dos o tres mujeres que a veces viven en la misma casa. Entre estas mujeres se establecen relaciones de solidaridad, comparten el trabajo de la casa, sus vidas subordinadas a la atención al marido y a sus hijos, y entre ellas se llaman compañeras. Las jóvenes que tienen hijos sin una unión socialmente sancionada son obligadas por los padres a vivir encerradas en sus casas y sólo pueden casarse con un viudo que las pida para que se hagan cargo de sus hijos.

22 *El 8 de marzo de 1996 más de 15 mil mujeres zapatistas marcharon en San Cristóbal portando mantas con sus reivindicaciones. Su organización crece y afirma con claridad las demandas de igualdad en la toma de decisiones comunitarias, familiares y de pareja. Cf. EZLN: Compañera, participa en la lucha revolucionaria zapatista. Chiapas, México, 1996. Actualmente se discute en las comunidades zapatistas una nueva versión ampliada de las Leyes Revolucionarias de las Mujeres.*

Los cambios en la vida íntima son mucho más lentos y más costosos para las mujeres que los de la vida pública. La rigidez de la cultura indígena y el reforzamiento de la Iglesia hacen que los patrones sexuales sean muy resistentes y sólo se den cambios en lo externo, como la posibilidad de que las mujeres opinen cuando llegan a pedirlas en matrimonio o que, a causa de la pobreza, decidan irse con su novio sin realizar los gastos de un matrimonio tradicional.

En las zonas periféricas la violencia doméstica se ha incrementado con la crisis económica, el alcoholismo y la drogadicción. La participación política de las mujeres indígenas se acepta sólo de palabra pues en la práctica, frecuentemente es causa de golpes, violencia psicológica, separaciones y hasta homicidios. Las violaciones de niñas y adolescentes por miembros de la familia son frecuentes; el incesto se oculta y las víctimas lo viven con verguenza y culpabilidad. Es cierto que la ley revolucionaria está en contra del maltrato y la violencia, pero muchas mujeres siguen siendo víctimas de éstos.

El abandono de las mujeres y los hijos también se hace más frecuente a medida que se rompe el tejido social de las comunidades por las expulsiones, divisiones políticas, mediatización priísta, etc. Muchas mujeres viven solas porque sus maridos se han ido con otra, han salido en busca de trabajo o se han alzado. Los alzamientos de los hombres casi siempre generan la solidaridad familiar: las mujeres y sus hijos se quedan con sus padres o sus suegros pero, analizando este hecho desde otra perspectiva, significa que los modelos étnicos implican una gran dependencia de las mujeres en relación a sus parientes y a su comunidad. La soledad, el sobretrabajo y las dificultades que acarrea el alzamiento del hombre se viven como la forma en que las mujeres aportan a la revolución, pero su lealtad a veces no es correspondida. Las mujeres trabajan para sus hombres alzados, hacen tostadas que envían al frente, costuran los uniformes y venden comida para poder enviar alguna cooperación. Todo lleva una gran carga de afectividad, de esperanzas y duelos no resueltos.

Como en todas las guerras, la ida del esposo o de los hijos causa sentimientos ambivalentes en las mujeres: por un lado, el orgullo de cumplir con el deber zapatista, por el otro la angustia permanente ante la posibilidad de muerte y la duda de no saber cuando se volverán a ver. La permanente presencia del Ejército Federal en las comunidades ocasiona temor e inseguridad en las mujeres a que sean agredidos sus hijos, sus familias y ellas mismas. En ocasiones ellas viven también las consecuencias del tradicionalismo inmerso en el estilo de trabajo, por ejemplo los castigos impuestos a los combatientes por alguna falta se pagan con multas o con la expulsión, pero esos castigos incluyen con frecuencia a la esposa y a toda la familia. La mujer entendida como propiedad del hombre, participa del castigo que éste merece pero cuando a él se le reconoce la labor, el mérito es individual. "Lo mismo que pasa en las comunidades pasa a veces en el ejército; si un hombre tiene problemas con su mando y acaba por irse casi siempre también se tiene que ir la mujer, pues es como si ya le perdieran la confianza".[23]

23 *Entrevista a una exinsurgente. Comalapa, Chiapas*

En las comunidades viven también los y las milicianas, la reserva zapatista, aunque hay menos mujeres milicianas que hombres. Una mujer que ha salido de su comunidad por un tiempo largo -el necesario para los entrenamientos- difícilmente se reintegra a su familia; las mujeres prefieren alzarse de una vez porque no quieren soportar las dudas respecto a su dignidad femenina. Muchas de ellas han sido impulsadas a alzarse por sus padres o hermanos pero otras lo han hecho al ver a las mujeres zapatistas como han avanzado, como tienen valor para ir solas por los caminos, como se enfrentan a los hombres.

Hay poca información en relación a la forma en que las mujeres insurgentes viven su sexualidad. De los testimonios recogidos se puede saber que importantes cambios se han producido en su identidad femenina: su autoestima se desarrolla con la alfabetización y la castellanización pero sobre todo con la capacitación política y militar. "Allá en la selva supe que sí puedo hacer lo que me propongo, supe que tengo iguales capacidades que los hombres", dicen.

Las insurgentes pueden escoger a su pareja. En el EZ hay dos formas de vivir las relaciones de pareja, una es casándose y la otra es como compañeros, pero es necesario pedir autorización. "Yo decidí que era mejor casarse porque así uno tiene más respeto y es más difícil que el compañero te deje o que uno deje al compañero por cualquier cosa; cuando nos casamos el padrino fue Marcos, él nos dijo lo que significa ser compañeros solidarios, con amor y respeto a los acuerdos que lleguemos entre nosotros, unidos en la lucha y en las aspiraciones para nuestro pueblo. Cuando hay casamiento hay baile y buena comida... Cuando hay relaciones sin permiso se castiga a la pareja, pero sobre todo al hombre porque ya se sabe que ellos son generalmente los que asedian a las mujeres. Siempre hay más hombres que mujeres, por eso cuando llega una nueva, aunque todavía no sea insurgente sino sólo esté a prueba, los hombres siempre la acechan y como que hay competencia para ver con quien se empareja... Está prohibido embarazarse pero si una mujer sale embarazada y no ha avisado de su relación, castigan al hombre por no cuidar a su pareja. Para no embarazarnos tomamos pastillas, a veces es inútil porque no siempre podemos estar con nuestro compañero, a veces pasan meses sin que nos veamos pero tomamos las pastillas por si de repente regresa... Si una mujer sale embarazada tiene que avisar de inmediato para que la atiendan si no quiere tener el hijo; si decide tenerlo, pues a los cinco o seis meses tiene que ir a la población cercana o a su comunidad. Las mujeres se quedan con los tiernitos un tiempo, después pueden regresar al ejército. Muchas ya no regresan pues pesa mucho dejar a los niños y a veces no encuentran con quien dejarlos. Ha habido compañeras que se deciden por regalarlos, eso es duro, nuestro corazón llora pero la guerra jala mucho, hay un compromiso con nuestro pueblo".[24]

Varias afirman que muchas mujeres insurgentes han cambiado de pareja varias veces; en ocasiones, es el hombre el que toma la decisión, en otras la decisión se da porque

24 *Entrevistas a exinsurgentes.*

pasan mucho tiempo sin verse pero a veces es la mujer la que deja a su pareja. "Hay mujeres que han cambiado hasta cuatro veces de pareja o más en dos o tres años pero no son muy bien vistas, ya no encuentran fácilmente una pareja estable".

Si bien el EZLN procura establecer relaciones horizontales con las bases zapatistas a través del trato y las consultas permanentes, las relaciones verticales pueden reproducirse hasta en las acciones más sencillas de las combatientes: "Les dábamos (a las mujeres de las comunidades) una explicación teórica y estábamos con ellas, les enseñábamos lo que se debía hacer y cómo debían hacerlo".

Pero eso era antes de que se formara el Comité Clandestino Revolucionario Indígena integrado por los responsables de los pueblos, las zonas y las regiones, que son generalmente hombres. Esta estructura masculina tomó en sus manos el trabajo de organización y las insurgentes dejaron de aparecer en las comunidades si no eran requeridas por la gente. El poder en manos de los hombres se reproduce en las estructuras zapatistas, aunque haya algunas mujeres en los mandos y aunque las mujeres también vayan conformando sus organizaciones en torno a proyectos productivos y a la formación política. A las mujeres les ha costado mucho esfuerzo llegar a ser insurgentes y permanecer en el ejército. "Los hombres insurgentes aceptan las leyes revolucionarias y deben cumplirlas aunque no siempre ni todos lo hacen. En la selva saben que tienen que tratar bien a las mujeres, respetar las leyes y también las normas de cortesía hacia ellas: las mujeres comen primero, tienen preferencia cuando hay poca comida, les ayudamos con la carga en las caminatas pesadas, les tenemos mucha paciencia hasta que aprenden la vida de la selva".[25]

No obstante, la mayoría se sienten satisfechas y no quieren regresar a sus comunidades. Algunas se han salido del EZLN y han ido a vivir a las ciudades, han seguido estudiando o han encontrado la manera de seguir aportando a la revolución. Todas reconocen que deben al EZ su formación, los deseos de mejorar y de ayudar a que las cosas cambien. Sin embargo, algunas guardan resentimiento hacia el EZLN por haberse sentido injustamente tratadas, sienten que sus esfuerzos y su entrega no fueron valorados
o que no fueron aceptadas las razones personales de su salida; otras no pueden entender la prohibición de regresar a las regiones donde trabajaron, porque se les considera desertoras.

Nuestros retos

No podemos decir que el EZLN es feminista, pero sí que puede llegar a serlo. Por ahora tenemos que aceptar que ha legitimado la participación de las mujeres en la vida política, en la guerra y otros espacios de la vida pública que estaban absolutamente

25 *Entrevista a combatiente.*

negados para las indígenas. El proceso zapatista ha estimulado la participación de las mujeres en sus propios espacios y ha dado la posibilidad de llegar a acuerdos para impulsar el desarrollo de la conciencia de género y la organización de las mujeres.

La estrategia revolucionaria del EZ aún no ha alcanzado a incluir entre los principios de la democracia la igualdad de género, ni entre los objetivos revolucionarios la desestructuración del sistema patriarcal. Sin embargo, existe una apertura para que las mujeres aportemos al proceso, fortalezcamos nuestras estructuras y planteamientos y lleguemos a consensos amplios, entrelazando las reivindicaciones de género con las reivindicaciones populares. Las mujeres de las bases de apoyo, de las organizaciones de artesanas, de las organizaciones campesinas mixtas y de algunas ONGs que trabajamos con mujeres, estimuladas por las convocatorias del EZ nos hemos organizado para participar en el movimiento zapatista pero tenemos todavía que crear formas nuevas de coordinación amplia.



En el ejército zapatista existe la voluntad de avanzar hacia la igualdad entre hombres y mujeres, aún cuando por diferentes razones, se siguen reproduciendo las formas verticales, autoritarias y de discriminación a las mujeres. En las bases de apoyo la conciencia de género es incipiente y el modelo de subordinación colonial y machista sigue imperando, aunque las mujeres van participando cada vez con mayor conciencia social y política en las luchas populares.

La guerra en Chiapas no ha causado hasta ahora en las mujeres estragos y secuelas tan graves como las que han

dejado las guerras en Centroamérica, en parte porque los enfrentamientos armados han sido mínimos pero sobre todo, porque es una guerra fundamentalmente política que ha sabido aprovechar las contradicciones de los gobiernos nacionales. No obstante, en el terreno de la sexualidad y la maternidad se advierten tendencias parecidas a las vividos por las centroamericanas: los problemas sexo-afectivos de las combatientes son vistos con indiferencia y reproducen mecanismos de subordinación y desvalorización; los embarazos, abortos y partos son vividos por las insurgentes con gran culpabilidad. Entre las bases de apoyo los modelos de subordinación siguen aprisionando a las mujeres en las labores domésticas y maternales, su participación no se ha convertido aún en poder personal ni colectivo, en muchos lugares las leyes revolucionarias no se conocen o no se cumplen totalmente.



Pero de cualquier forma, tenemos que reconocer que “vientos nuevos recorren el sureste mexicano”. La voz de las mujeres de oye en las calles, en los mítines, reuniones, foros y talleres; “se oye la palabra de su corazón” a través de demandas, consignas, cantos y también balas; su vida oculta sale a la luz, sus problemas individuales cobran un sentido social. El camino hacia la emancipación se está construyendo lentamente. Creánme que, como dice Pascuala, una artesana tzotzil de los Altos de Chiapas, “nuestro corazón ya no es el mismo, ni nuestro pensamiento... la paz que queremos es otra aunque tenemos que caminar mucho para conseguirla. Me puedo ir de esta tierra, pero mi corazón y mi pensamiento son otros, ya no es el silencio”.

D E B

PROYECTOS REVOLUCIONA

Lo que nos atrajo del proyecto revolucionario

"Me incorporé en 1982 al FMLN y, aunque tenía una práctica feminista anterior, no se donde guardé el feminismo durante estos trece años. La pregunta clave es: ¿Por qué la guerrilla resultó tan atractiva para un montón de mujeres? Lo que a mí me movió fue una mezcla de concepciones religiosas, ansias de justicia social y deseos de crear una sociedad armónica, solidaria; todo ello con connotaciones de sacrificio inmenso, de disposición a invisibilizarme como mujer. Había un cierto grado de opresión en ello pero también resultaba atractivo poder colaborar en la construcción de una sociedad justa; este ideario es el que nos motivó, a mí y a muchas, a participar y por lo que, durante muchos años, no hicimos cuestionamientos genéricos e incluso nos invisibilizamos como feministas, en cierta forma quedamos anuladas como individuas por el ansia de conseguir la utopía de la justicia".

"Había una búsqueda de reconocimiento y de no soledad, en nuestra integración a los proyectos revolucionarios. Las mujeres buscamos la complementariedad en los otros, no en nosotras mismas; buscamos reconocimiento y modos de salir de la soledad, pero ¿hasta donde queremos llegar con tal de ser reconocidas, hasta la no vida? Las que estuvimos integradas casi llegamos al no ser; en el frente me tocó vivir el exilio de 'ser mamá': no pertenecer, no tener lugar, no ser del partido, no tener voz ni voto, porque todas las mamás íbamos para fuera, no servíamos, y no fuimos capaces de levantar la voz frente a los compañeros".

"Revisando mi propia incorporación a la revolución veo que interioricé un sentimiento muy profundo de muerte, que me permitió hacer rompimientos y transgresiones -con mi familia, con mis hijos, con mi pareja- pero que también tiene que ver con ese elemento religioso de sentirse satisfecha al entregar la vida por los demás. Después del 90 me quedó grabado el olor a sangre, a muerto, a candelas, y me costó muchas horas de terapia quitarme la sensación de estar preparada para la muerte; ahora me pregunto cómo es posible prepararse tanto para la muerte cuando la revolución debe ser para la vida, para compartir, para crear cambios".

"En Honduras nunca tuvimos una guerra pero tenerla era la aspiración de quienes estábamos en las organizaciones guerrilleras, la guerra era vista como el climax al que algún día íbamos a llegar. Me integré siendo adolescente; había roto con mi familia y mi aspiración máxima era poder decidir por mí misma, después cambié esa ansia por el ideal de que todo fuera mejor algun día".

"Si el planteamiento que nos vendía el movimiento revolucionario nos atrajo fue porque estábamos cansadas de vivir en un mundo de dictaduras y ansiábamos vivir en una sociedad justa. Cuando yo me incorporé, a los catorce años, soñaba que la revolución socialista iba a cambiar todo, era demasiado idealista, no tenía un análisis de la historia ni del por qué de la desigualdad entre hombres y mujeres, simplemente quería algo diferente".

"Cuando hablábamos sobre las motivaciones de las mujeres para incorporarse al movimiento revolucionario, me preguntaba si ésta era realmente una decisión voluntaria y libre. Recuerdo las presiones en el movimiento estudiantil a favor de alzarnos y creo que para mucha gente esa no fue una decisión tan libre. Recuerdo que en una ocasión tuve una decepción amorosa y estaba muy afectada, y un compañero organizado pensó que era el momento de caerme, llega y me dice 'mirá vos, cuando yo he vivido situaciones como la que vos estás pasando lo único que me ha sostenido es mi compromiso político, y recuerdo que le dije 'pues sí pero cómo voy a decidir mi vida en un momento en que estoy tan confusa'. Yo veía mi involucramiento como algo grande y responsable, por ese imaginario que teníamos del guerrillero, como un santo, alguien dispuesto a dar la vida por el pueblo en forma anónima, alguien con vocación de mártir".

"Para mí está claro que fue la situación económica y la represión lo que a muchas nos llevó a incorporarnos a la guerra pero éramos bastante inconscientes, decíamos 'en el camino se arreglan los metates'. Algunas queríamos salir de la represión que teníamos en la casa, otras no quisimos ser mujeres 'biencasadas'; para otras la pobreza era real y tenían cierta conciencia de la injusticia social; a eso agréguenle el mito de los Montoneros y los Tupamaros, los sandinistas y los cubanos, y el ideal del guerrillero... Empezamos a creer en una imagen de guerrilleros y guerrilleras a lo super, supermujeres y superhombres, y eso no nos ayudó mucho a los que éramos personas comunes que sufríamos y sentíamos. También estaba el ideal de ser miembro del partido a toda costa".

Los proyectos revolucionarios, ¿proyectos globales?

"Creo que parte de nuestras frustraciones en relación a las organizaciones revolucionarias provienen del hecho de que esperamos que hagan o digan cosas que no pueden hacer porque no se formaron para eso. La URNG jamás se propuso nada en relación a las mujeres, incluso el abordaje de la cuestión étnica ha sido sólo un discurso. No les podemos pedir que hagan lo que nosotras como mayas, como mujeres, no hacemos".

"Estaría de acuerdo con el planteamiento de que no les podemos pedir a los proyectos revolucionarios nada en relación a las mujeres, siempre y cuando éstos dejaran de creerse los representantes de los intereses del pueblo -categoría que incluye hombres y mujeres- y abandonaran la pretensión de dar respuestas globales y de ser la vanguardia del pueblo en su conjunto. Si no quieren ser criticados en sus carencias reales, tendrían que aceptar su carácter limitado y pensarse como un movimiento más que abandera una lucha necesaria, pero no la única ni excluyente de otras".

"Yo sí les paso la cuenta a los hombres del FSLN; a los cuadros del partido que jugaban el papel de intelectuales orgánicos de la clase obrera sí tengo la obligación de exigirles, porque se supone que el partido tiene que ser el gran sintetizador y pensar globalmente el proyecto revolucionario. Además, las mujeres les dijimos las cosas desde el principio de la revolución y no las escucharon, no tienen excusa, yo no los perdono".

"La discusión es si un proyecto que se dice revolucionario tiene o no que incluir como objetivo la desestructuración del sistema patriarcal, y si es que sí, tenemos que encontrar las estrategias para hacerlo. No es cuestionando a los héroes ni a las direcciones como vamos a avanzar sino reflexionando sobre lo que hemos hecho y cómo hemos accedido a los espacios, entre ellos al espacio de la lucha armada. Es cierto que nadie ha preguntado a las mujeres chiapanecas si quieren o no la guerra; efectivamente, la guerra es un espacio ajeno pero es un espacio tan real como todos los demás espacios en que participamos".

"Creo que la propuesta de la URNG pudo haber cubierto las aspiraciones de mucha gente hasta un cierto momento pero después se agotó porque, a pesar de todas las vivencias negativas, fuimos desarrollando nuestra conciencia y la propuesta de la URNG resultó insuficiente. Ha sido una guerra tremendamente larga que ha afectado la vida de varias generaciones, con unos costos individuales y colectivos tan enormes que a veces no nos dejan hablar. No puedo echarle la culpa a los hombres que han estado en la dirección de ese movimiento porque ellos también son producto de las condiciones sociales, pero sí les hago responsables de mostrarse indiferentes ante las propuestas de las mujeres, de no abrir espacios de discusión para acoger nuestras propuestas".

"Las concepciones que tenemos sobre el ser revolucionario son herederas de aquella vieja idea de que si cambia la estructura económica, social o política, de inmediato cambiará la identidad y la subjetividad de la gente. Tuvieron que caer varios muros para que nos diéramos cuenta de que no es así, que pueden haber muchas transformaciones materiales que no signifiquen una transformación de conducta, de actitudes, sentimientos y pensamientos. Estar cerca de mujeres feministas me ha hecho entender la importancia de la cotidianidad en mi vida y la forma en que ésta tiene que ver con la política, el hecho de que si yo cambio genero cambios en mi familia, en mi lugar de trabajo. También es hacer política entretejer nuestras redes, romper las soledades y orfandades en que nos encontramos las mujeres. Hablar de nuestras historias nos permite descubrir que se trata de problemas sociales y culturales, nos posibilita trastocar esquemas mentales, no seguir reproduciéndolos".

La subjetividad perdida en el camino

"Trabajé en las estructuras partidarias del Frente Sandinista por muchísimos años y viéndolo ahora, retrospectivamente, creo que pasó algo raro que tiene que ver con la cuestión del poder: cuando entré al Frente, hombres y mujeres éramos completamente subjetivos, hablábamos de nuestros miedos y nuestros sueños, pero cuando llegamos al poder las cosas comenzaron a cambiar, lo subjetivo fue visto como algo fuera de foco; la individualidad, los pensamientos propios, la familia, las relaciones entre hombres y mujeres se fueron arrinconando en 'lo subjetivo'. Lo subjetivo desapareció en el Frente y era pecado hablar de ello, perdías categoría como revolucionaria; lo sé porque fui parte de la burocracia del partido y reproduje todas estas cosas.

Efectivamente, en la revolución que hicimos no sólo dejamos intacta la división del trabajo por sexo, la opresión sexual, la segregación laboral, la violencia genérica, sino que además las reprodujimos internamente. Veo dos razones por las que el Frente hizo una revolución masculina que arrinconó los sentimientos: una parte tiene que ver con la religión, todo esto de la subyugación, la obediencia y la mística tiene que ver con una formación religiosa; también tiene que ver con que los militantes sandinistas en su mayoría proveníamos de sectores de la clase media atiborrados de ideología patriarcal".

"En la organización era fuerte nuestra competencia con los hombres, no podíamos llorar, había que ser fuertes para ganar su respeto, sobresalir y escalar en la organización. La mujer no existía, las mujeres no nos mirábamos como tales, nunca me encontré a mí misma, vivía sólo para el ideal de la revolución y nunca me dí el derecho de pensar en otras cosas; las pocas compañeras que pudimos hacer relación de amistad jamás hablamos de nuestras vidas, éramos bien obedientes. Hoy me doy cuenta de la que me salvé al salirme de la organización...

Decidí que nunca más quería saber nada de organizarme y, cuando me mandaron la invitación para estar en este foro, sentí que no quería recordar esa parte de mi vida porque hay mucho daño ahí guardado; ahora estoy dándome la oportunidad de recordar esas cosas, también en el grupo de mujeres feministas donde trabajo estamos hablando de nosotras, me doy cuenta que tengo que recuperar mi cuerpo e irlo disfrutando, conocer a otras mujeres y compartir nuestras vidas".

"El tema de la afectividad en las filas revolucionarias me parece muy complejo. Algunas compañeras con las que he platicado me cuentan que si una se incorporaba teniendo ya compañero, su opinión no se tomaba en cuenta porque se daba por supuesto que era la misma del compañero; si una se ha incorporado sola y adentro encuentra un compañero, automáticamente éste empieza actuar como comisario político de ella para que no meta la pata y no le afecte a él en su prestigio político. Las expresiones de afectividad quedaban restringidas a los espacios en que estuvieran solos y si en algún momento la mujer tenía una expresión de afecto en público, el compañero tomaba distancia y las otras mujeres la criticaban porque 'uno no se mete en la guerrilla para eso'. Había una exigencia de que las parejas no mostraran nunca sus afectos, la vida afectiva era muy pobre y reprimida".



"Nunca estuve en el frente de guerra. Fui de las iniciadoras del movimiento estudiantil y recuerdo que tenía el ideal de salir en el diario alguna vez, cuando me mataran... En esas fechas, los compañeros que después serían la dirigencia del FMLN decían que las muchachas nos metíamos al movimiento a conseguir marido; muchas nos decíamos 'vamos a demostrar a estos cabrones que no venimos a conseguir marido ni nos vamos a acostar con ellos'. Escuchando las ponencias se me hace evidente que la concepción revolucionaria produce una cultura política que a la postre resulta ser tan tradicional como la concepción de la derecha sobre la política, en el sentido del ejercicio de poder que se reproduce dentro de los partidos. Creo que el FMLN no tiene nada que envidiar en estos aspectos a lo narrado sobre el Frente Sandinista".

"Aún después de terminada la guerra, yo seguía defendiendo la tarea por la tarea, pensando que lo más importante era mantener la acción colectiva aunque la despojara de sentido y utilidad. Cuando, ya estando en una organización feminista, me di cuenta del nivel de interiorización que había hecho de la disciplina y del ejercicio autoritario del poder, pude empezar a entender lo que ello significaba en mí: era mi autonegación como individualidad, como mujer. Era el resultado de haberme postergado a mí misma durante muchos años, inmersa en una vida intensa y gratificante pero también repleta de renuncias y postergaciones que quizás ya nunca pueda recuperar".

"Las ponencias han planteado problemas que están vigentes no sólo en la izquierda y los procesos revolucionarios centroamericanos sino en el pensamiento de la izquierda en general. La cuestión del sujeto revolucionario, los problemas de la identidad en sentido 'fuerte' y la clase como única forma de inserción social, la ética autoritaria expresada en 'el fin justifica los medios', la necesidad de revisar el discurso y las bases epistemológicas de los proyectos revolucionarios, son cuestiones que nos implican también a las feministas. Ese discurso no solamente está construido desde lo masculino sino que ha sido un referente para todos y todas las que hemos tenido un pensamiento crítico y ganas de cambiar de raíz las relaciones sociales. El haber abandonado la subjetividad, por ejemplo, también tiene que ver con una tradición cultural de la izquierda que ha puesto la razón en el puesto de mando, que ha creido que la razón era lo único capaz de cambiar el mundo y ha olvidado la fuerza de los sentimientos".

La fascinación por el guerrillero

"Me pregunto por qué el modelo del guerrillero resultaba, y resulta, tan poderosamente atractivo para quienes se incorporaron a las organizaciones armadas. ¿Qué cualidades ostenta esta figura para que, tratando de imitarla, muchas mujeres hayan estado, y sigan estando, dispuestas -aún en el papel subordinado que la guerrilla les reserva- a dar la vida cubriendo la retirada del heroico combatiente?".

"Se me ocurre, además de algunas interrogantes sobre la fascinación por el verde-olivo o por el café-tabaco en el EZLN, que la atracción podría provenir de que ellos tienen algo de lo que a nosotras nos falta y de ahí esa especie de idealización profunda. Es interesante analizar el fenómeno del 'sup' Marcos, es evidente que se ha generado una idolatría en torno a este personaje que no ayuda a nadie; al primero que le está haciendo mucho daño esta sobre-admiración es a él, porque cuando uno pone muy arriba a alguien, se cae de muy arriba. Con todos los grandes dirigentes ha pasado que despiertan unas idealizaciones y enamoramientos que impiden que se pueda mirar el proceso tal cual es".

"Yo también me incorporé a la guerrilla en la adolescencia y, en mi caso, la figura del Ché Guevara sustituyó a la del Angel de la Guarda. Hacer una relectura de ese pasado implica tomar distancia pero también reconocer que fuimos parte de ese proceso, que en la lucha por esos ideales encontrábamos la posibilidad de llegar a ser 'como el Ché'".

"Me pregunto qué nos va pasar en México; se nos acabó el Ché pero ahora tenemos un Marcos, y también es guapo -o lo hicimos guapo- le vemos unos ojos preciosos, habla por nosotras cuando dice 'me siento como un ama de casa en el DF viernes por la noche' y digo 'esa soy yo, soy Marcos' y salimos a gritar 'todos somos Marcos' pero no gritamos 'todas somos Ramona'... ¿Qué vamos a hacer las mujeres que estuvimos comprometidas con una causa social pero ahora nos sentimos también comprometidas con la causa de las mujeres? ¿Cómo le hacemos para ser protagonistas sin tener que pagar el precio de ser juzgadas como las traidoras al género?".

"Oyendo la ponencia de Ileana me planteba: ¿Cómo nos distanciamos tanto del pueblo? ¿Quién era el pueblo y quiénes éramos los guerrilleros, los muchachos, los comandos, los sin rostro? Para la gente común éramos los 'comeniños', sin embargo entre nosotros nos sentíamos muy humanos, solidarios, respetuosos... ¿Así de grande será la brecha entre las feministas y las mujeres? Quizás nos paramos a hablar por ellas de la misma manera que antes hablábamos a nombre del pueblo, quizás nos creemos que están de acuerdo con nuestras propuestas, quizás hacemos del feminismo un santuario parecido al que hicimos del Ché".

"Recuerdo que don Samuel Ruiz decía: 'Si he tenido que jugar desde algún lugar ha sido acompañando a la diócesis en este proceso, y este proceso ha sido para reiterarles la palabra a los indígenas pero, ¿por qué tiene que ser un blanco el que hable por ellos?' y yo diría lo mismo de las mujeres, por ejemplo Ramona en el diálogo casi no abrió la boca aunque se le dio protagonismo, tampoco otras dirigentas indígenas han hablado; al principio no aceptaban entrevistas pero ahora sí dan declaraciones, tenemos que ayudarles a que hablen más, a que expongan como viven ellas y las mujeres este proceso".

La guerra, ¿único camino?

"Hemos desmitificado bastante la figura del Ché pero no hemos discutido qué tanto seguimos creyendo en la lucha armada como la vía para hacer la revolución, como la única vía posible. Pensaba sobre ésto a propósito de los costos de la guerra, de los muertos que 'nos duelen', y también a partir de la poca reflexión que ha hecho el feminismo centroamericano sobre este asunto. Alguna izquierda ha dicho que ya no es la época de la lucha armada, sin embargo surge el EZLN y vuelve a sentir que tiene sentido la lucha armada. Todavía no hemos analizado desde el feminismo qué significa para las mujeres la guerra, si realmente la reconocen como el único camino posible o si la guerra les pasó por encima y aún no entienden por qué sucedió o quién decidió que ese era el único camino".

"La guerra en Chiapas no comenzó con el EZLN, tenemos más de quinientos años de guerra con millones de muertos por hambre, explotación, levantamientos, luchas agrarias. La guerra no la decide Marcos y mucho menos las mujeres, pero la cuestión es cómo vamos a participar en ella, qué condiciones ponemos para negociar nuestras reivindicaciones en esa realidad que vivimos. Rechazar la guerra por principio no me sirve, puede desaparecer Marcos y puede terminar esta etapa de la guerra abierta pero la guerra va a seguir. Entonces, ¿qué hacemos las mujeres? ¿no participamos?..."

"Si aquí hubiera guerra, lo que menos quiero es volver a estar en la clandestinidad, es la cosa más traumática que viví en mi vida; con hijos, embarazada, cuidando un local y teniendo que defender las cosas a toda costa. Nadie tiene idea de los costos que las mujeres hemos pagado por las guerras, ni siquiera nuestros propios compañeros entienden la dimensión tan grande del precio que hemos pagado. Por los roles que hemos desempeñado, nuestra participación en las guerras aportó a los demás pero ¿qué nos aportó a nosotras mismas? Yo tuve un tremendo desgaste que fue negativo para mi persona, por eso, hablando desde mí hoy, digo que la guerra no es alternativa, pero si me lo hubieran preguntado hace quince años quizás hubiera dicho que sí".

"No considero que la guerra sea terreno exclusivo de los hombres, las mujeres podemos hacer la guerra y ser igual de crueles que ellos. No tengo respuesta para la pregunta de si realmente fue válida y necesaria la guerra; lo que encontramos en la investigación que hicimos Las Dignas es que, en un determinado momento, el proyecto revolucionario se difuminó y se convirtió en guerra; que al final, terminamos haciendo cosas que no sabíamos si estaban en función del proyecto revolucionario o simplemente eran necesarias para ganar la guerra.

Estoy convencida de que inicialmente, la guerra era un medio para conseguir la revolución y los partidos y el ejército eran instrumentos para obtener la victoria; al final, terminamos trabajando únicamente para ganar la guerra, y también para mantener a los partidos en el papel de vanguardia. Ahora me surge la duda de si en esa defensa a ultranza del partido no comentimos muchísimos errores, si algunas de las muertas y los muertos lo fueron únicamente porque amenazaban la posición del partido o porque eran muy críticos".

"Hay dos aspectos de la vida que marcan mucho a las personas: la agresividad y la sexualidad. La agresividad no se reprime, al contrario, encuentra espacio en los proyectos revolucionarios, en la forma de 'violencia revolucionaria' y se justifica que hombres y mujeres hagamos un despliegue de toda la agresividad de la que somos capaces. Como contrapartida, la sexualidad se nos reprime, da miedo entrarle, y no me extraña que sea uno de los aspectos más atrasados en la reflexión de los zapatistas igual que lo ha sido en el caso del FMLN e incluso en el movimiento de mujeres salvadoreño. Nos cuesta abordar los aspectos de la sexualidad en tanto la agresividad fácilmente encuentra espacios para convertirse en violencia, reaccionaria o revolucionaria".

"Me acerco siempre a estas cuestiones de manera muy contradictoria, porque para mí el asunto no es la validez de la guerra sino la consideración que la guerra ha tenido dentro de la ideología y del programa revolucionario, y el papel que se le ha otorgado a la violencia revolucionaria. Siempre ha parecido que si un proyecto se plantea usar la violencia, mucho más si la lleva a la práctica, es más revolucionario que aquel otro que considera necesarios otros caminos. Quizás ese es el problema: considerar la guerra como el único o el mejor medio para conseguir un fin lleva, casi imperceptiblemente, a que la guerra se convierta en un fin en sí misma".

"Me pregunto si seremos capaces, nosotras las revolucionarias, de decirles a nuestros hijos e hijas 'me equivoqué'; siempre he encontrado una buena explicación para desculpabilizarme de los abandonos, para justificarles los costos que han tenido que pagar: la causa era justa y por eso me fui a la guerra. ¿Seré capáz de decirles 'escogí la guerra y me equivoqué, no culpo a otros, yo también opté por la guerra porque mi agresividad encontró un gran chance en el proyecto del FMLN?".

"Creo que nos tenemos que plantear cómo participamos las mujeres en esa realidad ajena a nuestras voluntades -es cierto que vivimos en una sociedad violenta que organiza contínuamente guerras, incluso guerras declaradas- pero también tenemos que reflexionar sobre los handicaps que la guerra ofrece para conseguir los fines que buscamos. Si lo que nos convoca es la creación de una sociedad donde se establezcan relaciones diferentes no sólo entre hombres y mujeres sino entre los seres humanos en general, y apostamos por la transformación de las personas para que sean capaces de crear esas relaciones sociales diferentes, me parece que la guerra no favorece la construcción de los seres humanos y las relaciones sociales a las que aspiramos".

"A mi modo de ver, la guerra es la forma que tienen los hombres de conseguir algún tipo de prebenda política; el problema es que nosotras entramos a la guerra sin buscar a priori ningún beneficio político y el resultado es que somos arrastradas; la guerra se nos impone y participamos únicamente como víctimas. Tenemos que entender que los hombres sí tienen una estrategia cuando entran a la guerra porque se ven como protagonistas, aunque caigan también como víctimas; nosotras no nos vemos como protagonistas de nada, entramos en esos procesos impuestos sin ninguna capacidad de negociar, como grupo, los costos y los réditos de participar en ellos. Me parecen interesantes los intentos de pensar qué rédito le sacamos a la guerra, si de todas maneras ese tren se nos viene encima y viene tan pitando que no podemos apartarnos, sólo nos queda acostarnos en los rieles a que nos pase encima o buscar cómo nos encaramamos arriba. Creo que va a haber guerras para rato; el asunto es cómo nos situamos en ellas y qué provecho les podemos sacar si de todas maneras no las podemos parar. Todavía nos seguimos viendo únicamente como víctimas de la guerra; es cierto que somos víctimas pero tenemos que pensar si nos quedamos en esa identidad de víctimas para siempre o convertimos esas experiencias tan dolorosas en propuestas más elaboradas que nos permitan avanzar y que nadie nos sorprenda, ni la izquierda ni la derecha".

"Considero que es muy importante reflexionar sobre la validez del medio para los fines que queremos lograr. En el panorama de América Latina y de Centroamérica la guerra está siempre presente en la medida en que las sociedades están en un proceso de caotización; tenemos un incremento cada vez más grande de la pobreza y propuestas que pudieron tener sentido en los comienzos del movimiento revolucionario hoy ya no lo tienen. La discusión es grande y me pregunto qué caminos tenemos para encontrar relaciones de convivencia más justas, qué propuesta civilizatoria podemos hacer que no pase por la guerra.

Las potencias del Norte estarían contentísimas de que hubiera guerra, tienen posibilidad de realizar el capital más rápido, las guerras son muy rentables para ellos; pero también podemos crear posibilidades de que no haya guerra, la guerra no es una condición sine qua non para transformar la realidad. Coincido en que la guerra es también un problema de las mujeres porque no entramos a la guerra arrastradas por los hombres sino porque es nuestra postura ante la resolución de conflictos. Si pensáramos que el camino no es la guerra, entonces nos juntaríamos, como en este foro, y haríamos otras cosas más en los diferentes espacios en los que participamos".

Lo que el viento se llevó... y lo que nos trajo

"Oyéndolas me surge una duda: ¿Qué fue lo que hicimos las mujeres, entonces? ¿Por qué no nos atrevimos siquiera a plantear lo que veíamos como incorrecto? Siento que las mujeres no tuvimos la capacidad política de marcar los errores en el momento en que los estábamos viendo, cuando destruían las organizaciones populares y militarizaban todas las relaciones, cuando la organización campesina más grande en Guatemala se incorporó al ejército guerrillero y la guerrilla estaba en todos lados pero era débil, no fue capaz de detener al ejército nacional en ninguna parte. Esto lo vivimos y lo hablamos las mujeres, porque éramos nosotras las que trabajábamos con las bases y nos destruyeron ese trabajo. Siento que esos muertos los seguimos viviendo y pagando, y lo siento así quizás porque soy mujer, porque fueron las mujeres las más doloridas por la represión.

Las reflexiones sobre el pasado son muy válidas pero tenemos que revisar desde nuestro interior: ¿Qué pasó con nosotras? ¿por qué aceptamos tanto dominio? ¿por qué no nos rebelamos con la fuerza suficiente? Siempre estuvimos pidiendo permiso para exponer nuestras ideas, para no parecer disidentes, para sentirnos 'dentro del proyecto'. Me he hecho estas preguntas y concluyo que lo que nos pasó no es responsabilidad exclusiva de las organizaciones revolucionarias, tampoco nosotras fuimos capaces de generar una fuerza que pudiera romper los modelos de colonización en que estamos inmersas".

"Yo reivindico que hice algo bueno en esta lucha, reconozco que muchas cosas han cambiado y que colaboré para eso aunque mi situación personal es ahora peor que cuando me incorporé. Creo que sí hay cambios pero a veces no los queremos ver; me preocupa cuando oigo a las compañeras preguntarse ¿qué hicimos las mujeres?, pues dimos la vida, los hijos, nuestros compañeros, dejamos la casa y todavía algunas seguimos con ganas de seguir adelante, algo cansadas eso sí, poque yo me siento algo cansada pero no quiero ponerme fatalista. Tenemos que seguir con este 'bolado' que todavía está pesado porque es cansado irse a dar de coscorrones con los compañeros, pero si no lo hacemos es como no reconocer que estos procesos también son nuestros, que nos han costado la mitad de nuestras vidas".

"Quizás tendríamos que reflexionar más sobre lo que nos significa no actuar como se espera que actuemos, sobre el hecho de que eso nos coloca en el lugar de las sin-lugar, nos deja sin pertenencia y la pertenencia orgánica, con todo lo compleja que es, es también un lugar muy protegido: de alguna manera perteneces a la organización, eres parte de la dirección, ese es un lugar de estatus, de mucha contención y protección. A lo mejor el no atreverse a rebelarse tiene que ver con lo doloroso que resulta salirse de un lugar que nos contiene, es otra forma de orfandad".

"Las mujeres que trabajamos en instancias distintas a las organizaciones guerrilleras seguimos estando 'bajo sospecha' cuando nos rebelamos ante cuestiones injustas. Recuerdo que siendo asesora laboral estalló una huelga en una empresa de tres mil trabajadores; la central sindical tenía que resolver la alimentación y como yo era la única mujer que estaba ahí, decidieron que organizara la comida, yo les decía 'pero ni se cocinar para cinco, cómo quieren que cocine para tres mil' y me respondían 'vos sos feminista, no sabes cocinar, sos feminista'. El gobierno y los sectores de derecha siempre acusaron al movimiento popular de ser comunista y los compañeros que veían actitudes no tradicionales en nosotras nos acusaban de ser feministas; teníamos flancos abiertos por todos lados y seguimos así".

"Sí creo que la situación de las mujeres indígenas se transformó por la guerra. A lo mejor a quienes procedemos de sectores intelectualizados o de clase media, la guerra nos impacta de otras maneras pero para ellas ha sido un cambio importante el que puedan decidir a quién quieren amar, con quién se quieren acostar, cuántos hijos quieren tener; esa es una revolución profundísima en la vida de las mujeres y creo que ese sí es un aporte muy importante del EZ. También lo es el planteamiento de los zapatistas de pasarle la estafeta a la sociedad civil y que sea ésta la que se haga cargo del proceso, aunque desgraciadamente la sociedad civil y los partidos han sido incapaces de hacerlo, en parte por el sectarismo y la fragmentación y en parte, también, por los errores del propio EZ".

"Creo que es mínimo el acceso de mujeres al poder en el movimiento revolucionario guatemalteco; quizás cuando dejen la clandestinidad nos den agradables sorpresas pero la verdad es que 'por las vísperas adivinamos cómo andarán las fiestas', aunque sí se sabe de actos de heroicidad y sacrificio de compañeras en los frentes. Por otro lado, lo cierto es que ahora la solidaridad entre mujeres está cruzada por varios factores: haber pasadao o no por el frente, ser pobre-campesina-indígena o de la ciudad, haber estudiado o no... Estas circunstancias establecen categorías diferenciadoras entre las mujeres que obstaculizan su comunicación y relaciones".

"Aunque nos incorporamos sin tener conciencia de género, el haber violentado patrones tradicionales, haber dejado nuestra familia, haber roto con modelos culturales como el de la mujer débil, hizo que fuéramos dándonos cuenta de la subordinación de género. Fuimos dándonos cuenta de que el tal revolucionario, el 'hombre nuevo' nos discriminaba y nos acosaba sexualmente, y eso nos fue abriendo la conciencia, nos hizo ver que si aquí se hubiera logrado el socialismo, éste no nos hubiera contemplado a las mujeres, nos dimos cuenta de que queremos una sociedad diferente que nos visibilice como personas, que incluya la igualdad de géneros".

"Yo estoy clara de que en Nicaragua el proyecto revolucionario original se agotó y por eso el Frente perdió las elecciones; incluso está agotada su concepción como vanguardia. Sin embargo, hay una relación entre la participación en el movimiento revolucionario y la toma de conciencia de género porque fue a partir de nuestra incorporación al proyecto sandinista y del papel importante -aunque no reconocido- que jugamos, que fuimos generándonos una conciencia de género que no tuvo cabida en la organización.

Fue un proceso de lucha, de poder y de despoder, en el que vivimos momentos duros porque la conciencia que adquirimos sobrepasó la conciencia que había en la dirección; no logramos que el poder institucionalizado asumiera esa conciencia pero sí quedó en nosotras, ahora habemos un montón de compañeras sandinistas que no estamos en el Frente ni en el Movimiento Renovador pero trabajamos en los espacios de la sociedad civil y seguimos luchando contra los prejuicios sobre las mujeres. No creemos que todo fue negativo; reconocer las cosas que nos hicieron daño no significa negar todo lo que para nosotras significó haber sido protagonistas de un proyecto que valió la pena".

"Es muy difícil saber cuál ha sido el impacto de la guerra en la subjetividad de las mujeres guatemaltecas. Las experiecias fueron distintas y a todas nos han impactado de manera distinta. En el caso de las mujeres indígenas, sin pretender generalizar, creo que hay que partir de que Guatemala es una sociedad bastante tradicional en la que el movimiento popular y revolucionario ofreció a muchas la posibilidad de salir de situaciones como los casamientos preparados, la compra de hijas o el analfabetismo, y eso tuvo un impacto positivo en muchas mujeres.

Puedo ver a muchas mujeres que estuvieron en el movimiento revolucionario jugando papeles importantes, que no tienen conciencia de género pero a las que el hecho de participar en un mitin, conducir marchas o actividades políticas importantes para el país, les ha marcado su subjetividad, y ahora son muy diferentes a las que fueron. Sin embargo, no podemos pedir a esas mujeres que transiten automáticamente de la conciencia de clase a la conciencia de género, porque ambas requieren esfuerzos específicos y si nosotras, las que tenemos conciencia de género no trabajamos en ese sentido, poco podemos esperar".

"Creo que tenemos que identificar claramente lo positivo y lo negativo de nuestra participación dentro de los procesos revolucionarios, porque ha sido precisamente esa participación lo que nos ha dado una acumulación que nos permite decir ahora: 'este proyecto se agotó' o 'rescatemos la subjetividad'. Al hacerlo no creo que estemos construyendo otro dogma o que las feministas nos vayamos a convertir en vanguardia; más bien al contrario, por primera vez me siento en la posibilidad, a partir del feminismo, de encontrarle a la vida todos los matices y los colores, en los dolores y las alegrías que implica construirnos a nosotras mismas".

"Los ex-compañeros nos tildan de putas a las que estuvimos en las organizaciones guerrilleras y ahora estamos en grupos feministas; ahora somos putas porque hablamos de recuperar nuestro cuerpo pero cuando nos acostábamos con todos ellos no lo éramos; antes teníamos la orden de abortar y la que no lo hacía era expulsada de la organización, ahora las feministas somos las malas porque defendemos el derecho a abortar; antes sí podías dejar tu familia y no era malo, ahora si vos no estás dedicada completamente a tus hijos eres mala madre... No vivimos una guerra, es verdad, pero sí nos reconocemos en muchas de las cosas que ustedes cuentan".

"A mi modo de ver, es la guerra la que ha generado posibilidades de que se desarrolle un movimiento de mujeres en Guatemala, pues muchas de las que ahora están en grupos de mujeres han tenido algún nivel de relación o han sido influenciadas por el movimiento revolucionario. La participación de las mujeres viudas en CONAVIGUA, de las mujeres refugiadas en Mamá Maquín y otros organismos, también ha sido producto de la guerra en su aspecto más doloroso; dirigentas que van a ocupar un lugar en el Congreso de la República se han desarrollado y se han mostrado a la población en toda su capacidad dentro de este proceso de la guerra".

Para que nadie detenga la primavera

"Más que ideas claras lo que tengo en mi corazón son un montón de sentimientos. Este día de trabajo me ha golpeado, siento como una sacudida sísmica dentro de mí; me ha golpeado quizás más porque me cuesta hablar del Frente Sandinista y juzgarlo; yo me siento el Frente, me siento la revolución de Nicaragua, me sigue inspirando el Ché... El sueño que hace veinte años me hizo entrar al Frente sigue vivo en mí. Un montón de gente me dice '¿qué te pasa, todo se desmorona a tu alrededor y vos seguís igual?'; no sé, pero el sueño sigue; la utopía, la esperanza y por lo tanto la decisión y la necesidad de luchar siguen vivas en mí.

Entiendo y comparto la mayoría de los planteamientos que aquí se han hecho, pero deseo que ellos nos impulsen, nos lancen y nos abran nuevos caminos y no nos lleven a negar lo andado, porque es cierto, al ver para atrás hay dolor, pero que ese dolor y esa decepción no nos lleve a la frustración, al desencanto y a la parálisis. El movimiento de mujeres me ha ayudado muchísimo, me ha llevado a ver para adentro, a escarbar en mí, a replantearme montones de cosas, pero todavía -la vida es un proceso- no llego a pensar que no sirvieron de nada los veinte años de lucha que llevo, ni que la revolución de Nicaragua no sirvió para nada. Veo los errores del Frente Sandinista y me duelen en el alma; intento encontrarles salida y vivir con la certeza de que aunque nos quiten todas las flores, jamás nadie podrá detener la primavera".

"Tengo la preocupación de que pudiéramos estar sintiendo que unas están defendiendo el proyecto revolucionario y otras estamos cuestionándolo. En México tenemos un dicho, que no hay que tirar el agua de la tina con todo y el niño adentro, es decir, que aún cuando estamos haciendo un cuestionamiento muy profundo, no tenemos por qué plantear que estamos destruyendo ese proyecto que fue tan importante, al que quisimos y apoyamos solidariamente, y que efectivamente aportó, abrió espacios democráticos. Carlos Monsivais, un escritor mexicano, acaba de publicar un artículo sobre el PRD haciéndole una crítica feroz, pocas veces en mi vida he visto una crítica más incisiva y más violenta contra la izquierda, y Monsivais termina diciendo 'porque hay que salvarlo, porque finalmente es el partido por el que quiero votar'. Todas las que estamos aquí seguimos teniendo una utopía, pero para salvar ese sueño a lo mejor habrá que hacerle transformaciones muy profundas, habrá que tocar fondo y poner el dedo en la llaga; replantearse las cosas de manera muy autocrítica, ya sabemos que la gran carencia de los movimientos revolucionarios es la autocrítica y ahí está su gran debilidad. Mientras no reconozcamos lo que no funcionó o lo que hicimos mal no vamos a poder seguir adelante, nos quedaremos enamoradas, idealizadamente, de una historia que fue muy hermosa pero que no puede seguir caminando más".



RESUMEN ACIDO-POETICO DEL DEBATE
Ileana Rodríguez

Las intervenciones de este primer día del foro reflejaron la ausencia de lo que se llama el "macro-relato": se acabó la nación y ahora estamos discutiendo como si ya no existiera El Salvador ni Nicaragua ni cada país en particular, la discusión trasciende fronteras nacionales. Tampoco hubo referencias a la contrarrevolución; durante muchos años esas acusaciones (de contrarrevolucionarias o vendidas al enemigo) fueron las que nos impidieron pensar, decir, hacer. Esto significa, entonces, que la guerra y la participación en organizaciones armadas nos sirvieron para abandonar miedos, para crecer.

"¿Por qué esta reflexión se da hoy y no antes?"

Tal vez porque antes éramos chiquitas y ahora ya crecimos, ahora ya podemos decir ciertas cosas que antes no podíamos decir. Hay una inmensa bibliografía sobre por qué las mujeres no hablamos, seamos feministas del grado, rango o posición que seamos; esos estudios están hechos y hablan de la autonegación, el masoquismo, la humildad, etc. Además, nosotras fuimos educadas como cristianas y es bien difícil tomar la palabra, aún si no lo parece.

¿Qué había de atractivo en ese imaginario masculino del guerrillero?"

Sencillamente la heterosexualidad y la sexualización del poder. Las mujeres sentíamos que si nos acostábamos con esos hombres íbamos a compartir el poder; era el poder de ser "la mujer de", sobre todo "la mujer del comandante", y teníamos que ofrecernos al comandante si queríamos tener poder. Lo que ustedes dicen de Marcos es absolutamente correcto, antes fue el Che, en medio Fidel, ahora Marcos...

"Ahorita no pero después sí"

En Nicaragua decíamos "pero tenemos derecho al cuerpo; no, que la Iglesia va a decir que no", "tenemos derecho al aborto; no, porque Monseñor Obando va a decir que no"... O sea, que la legislación revolucionaria tampoco se realizaba y había una manera de posponer y posponer, siempre en nombre de una razón política de mayor envergadura que la razón política que nosotras representábamos. Me pregunto qué hubiera pasado si hubiera sido a la inversa, es decir si hubieran corrido el riesgo con nosotras, si en vez de decir "se va a enojar el señor cardenal o la contra" hubieran dicho "se van a enojar las mujeres", ¿qué hubiera pasado? Seguramente no hubiéramos perdido las elecciones...

"¿Los proyectos revolucionarios lo han sido tanto"?

Al principio del día Sofía sorprendió con su ponencia pero al final de la tarde todo mundo estaba en la misma onda, no con el mismo ácido pero todas repetían lo mismo sobre el FMLN, la URNG... hasta llegar a los zapatistas. Me parece interesante hacer notar que los presupuestos feministas del EZLN son planteados a través del pensamiento del subcomandante Marcos, o sea que él es todavía el que autoriza, eso quiere decir que hay una ausencia de mujeres fuertes dentro de ese movimiento, porque si no diríamos" la comandante tal autoriza" o sea, habría una vocera femenina expresando esas propuestas.

"Lo pequeño también es política"

Esta es justamente una reflexión que a los hombres no les gusta: comportarse en lo pequeño de una manera no revolucionaria es no ser revolucionario. Nosotras estamos bien conscientes de que el discurso revolucionario era bastante falso. Por otro lado, hay que ver a qué se refiere la pregunta de si es o no revolucionario un proyecto, qué esfera toca, a qué espacio se dirige: tal vez en ciertos espacios fue revolucionario y en otros no. Mi tesis es que fueron proyectos revolucionarios liberales, no revolucionarios marxistas; en cierta manera, los movimientos revolucionarios en América Central fueron movimientos del siglo XIX, movimientos liberales que acabaron con las dictaduras -eso es un gran logro- pero desafortunadamente no ocurrieron en el siglo XIX sino en el XX, a las puertas de la posmodernidad, y nos legan el Tratado de Libre Comercio, la pobreza y el desempleo, males pesados en tiempos de las computadoras y la cibernética...

"¿Cómo hemos transitado hacia el ejercicio de oposición?"

¿Existe la oposición? y si existe, ¿qué cosa es? ¿desde dónde es y cuál es su espacio?. Hacerse estas preguntas también es síntoma de crecimiento, ya estamos pensando en cómo, desde dónde y para quién formular políticas. Considero que ese es un gran avance pero también un gran reto, en momentos en que justamente se habla de la desaparición de la vida de la esfera pública, que ha sido precariamente sustituida por la esfera social y sobre todo por la vida privada, porque cuando ocurre el colapso de los paradigmas revolucionarios, ¿qué nos queda sino retirarnos a reflexionar cómo ha sido nuestra participación, qué ha pasado en la guerra, en fin, todas esas cosas de las que estamos hablando aquí?.

"¿Por qué nos metimos a la revolución?"

Porque queríamos tener protagonismo, porque queríamos salir en el periódico, porque... Por supuesto que por eso se metió una, claro que quiero ser vista, claro que quiero participar, claro que quiero salir en el periódico, claro que quiero que mi voz se oiga, y eso ¿qué tiene de malo? Justamente por eso nos metimos a la revolución y justamente por eso estamos sentadas en este foro, de alguna manera todavía queremos hablar y todavía queremos ser oídas.

"No nos encerremos en el feminismo"

Esto me parece bien importante porque no podemos quedar al margen de las preguntas que hoy se hace buena parte de la sociedad: ¿Qué significa la esfera pública? ¿qué significa la participación? ¿qué significan las organizaciones populares? ¿qué significa la transnacionalización? ¿qué significa el fin del estado nacional? ¿cuáles son las nuevas instancias de autoridad? Todas estas preguntas nos abren a nuevas opciones y eso también es crecimiento.


¿QUE NOS PASO A LAS MUJERES?
CAPITULO II

VIVENCIAS DE LA SEXUALIDAD EN LAS ORGANIZACIONES GUERRILLERAS, EN LA GUERRA, EN LA REVOLUCION

EL PLACER EN LOS TIEMPOS VIOLENTOS

"Nos sentíamos como un grupo de ángeles y arcángeles"

Cuando nos incorporamos al proceso revolucionario todas estábamos llenas de prejuicios, éramos chavalas de 15 o 16 años reprimidas sexualmente pero con el tiempo fuimos liberándonos de ataduras, solamente el hecho de poder escoger en qué momento y con quién tener relaciones fue liberador. Sin embargo, viéndolo ahora desde una mirada de mujer crecida, siento que pasamos de una sexualidad reprimida a otra sublimizada por el amor, vinculada a la relación amorosa con un compañero de lucha; en cierto modo, nos sentíamos como un grupo de ángeles y arcángeles que soñaba con revivir a la humanidad. Ahora analizo que no desarrollé una sexualidad tan liberada como creí; en condiciones de represión una se miraba con su compañero muy pocas veces, ni podíamos hacer el amor tranquilamente porque estábamos en un cuartito con gente por toda la casa. Ahora platico con mi compañero y recordamos que las cartas que nos mandábamos eran discursos políticos, nunca me dijo "amor, me hacés falta, estoy pensando en vos", nunca hubo una cuestión de hombre a mujer sino todo enmarañado por el discurso y la ideología. Claro que yo lo viví divino en esa época, me parecía que era lo más bello del mundo.

"Hablar de Marcos y de la lucha... no de groserías"

Las comunidades indígenas consideran que si una mujer sale de la comunidad, por ejemplo para integrarse al ejército zapatista, ya no puede volver a la comunidad; se supone que ha tenido relaciones sexuales fuera y la comunidad ya no la recibe. Las que se salen del ejército zapatista no quieren regresar a sus comunidades y se van a vivir a la ciudad; algunas de ellas me decían "es que nosotras hemos descubierto el placer sexual en la guerrilla, descubrimos que es hermoso tener relaciones sexuales" pero en sus comunidades eso está prohibido, es motivo para descalificarlas. Esta cuestión de la sexualidad es muy importante pero muy difícil de investigar porque las indígenas consideran que es pecado hablar del sexo. Recuerdo un taller con 35 mujeres y alguien mencionó algo del pene, ante el asombro que ellas expresaron les pregunté cómo se dice pene en su idioma, esa pregunta ocasionó que se vaciara el taller; el comentario fue que ellas habían ido a oir hablar de Marcos y de la lucha, no de groserías.

"Los guerrilleros eran vírgenes y santos"

Durante los años de la clandestinidad teníamos la idea de que los guerrilleros eran personas vírgenes, que no se casaban ni tenían relaciones sexuales. Cuando tenía trece años hice un juramento con mis hermanas que no nos íbamos a casar, pensando que para poder luchar había que renunciar a eso. Siempre pensé que los "compas" eran santos y no me sentía capaz de entrar en ese grupo siendo yo una gran pecadora. Recuerdo que me gustaba un compañero y no podía ni pensar en llegar a tener algo con él, luego me di cuenta de que tenía mujer y se me cayeron todos los esquemas; al darme cuenta de que los compañeros se acompañaban empecé a alimentar la idea de que me iba a casar con un guerrillero, era sublime.

"Creía que era placer..."

Recuerdo que tenía grandes ideales en torno a emparejarme con guerrilleros, en medio de la guerra soñaba y escribía historias de amor entre combatientes; tuve tres compañeros que murieron, así que siempre se me quedaba truncada la historia. Mi sexualidad estaba ligada al gran amor que le tenía al compañero, no sentía placer aunque creía que sí, pero ahora me doy cuenta de que lo que sentía era amor por ese compañero, él si tenía placer pero a mí ni se me pasaba por la cabeza que las mujeres pudiéramos tener orgasmos. Además, eran unas condiciones horribles para tener relaciones, en medio de un montón de gente, pasaban las postas de seguridad y si oían algún ruido te alumbraban con la lámpara; mis compañeros siempre me reclamaron mi falta de deseo y yo les decía que no me podía concentrar allí, quizás era por los tabúes religiosos... Lo cierto es que aunque vivíamos mucha libertad sexual, en realidad era para servir a otros, para ser consecuentes con la idea revolucionaria de la "solidaridad"...

"Sólo para sentirme acompañada"

Conocí a una compañera que era público que se acostaba con todos y a veces con más de uno en una noche; le pregunté por qué lo hacía y me conmovió tremendamente su respuesta, me dijo "es que me dan lástima, hay algunos que llevan tres, cinco años de estar solitos en la montaña y no saben lo que es una caricia". ¿Qué le podía decir a la compañera, si se suponía que tenía que llamarle al orden? Terminamos las dos llorando, abrazadas, porque yo también, en el período de mayor represión en la ciudad, tuve relaciones sexuales con compañeros sólo para sentirme acompañada una noche...

"Lo ideológico es fundamental"

Después de la firma de los Acuerdos viví una sexualidad más libre, más desinhibida, me atreví a reclamar caricias y placer para mí, me costó trabajo pero aprendí a hacerlo; sin embargo, hay algo que prevalece y es que yo no podría ni siquiera mirar a una persona que no fuera ideológicamente compatible conmigo, me da asco, siento que lo ideológico es fundamental, quizás tenga que ver con la desaparición de mi mamá que me marcó tanto...

"Sentíamos un vacío"

Las más afectadas fuimos las que entramos en el frente en la adolescencia, a ciegas, sin saber nada de sexualidad; fuimos reclutadas por hombres y luego utilizadas por ellos y muchas, violadas por ellos. ¿Cómo podíamos sentir placer sexual en ese marco de violencia, si fuimos humilladas y desvalorizadas como mujeres? Te decían que tenías que ser solidaria con los compañeros, te lo planteaban casi como una orden y tenías que hacerlo, pero después nos sentíamos que no valíamos nada, que éramos un objeto para ellos, sentíamos un vacío por dentro y no sabíamos qué era.

"Sí tuvimos placer"

Algunas reconocemos que durante la guerra sí tuvimos placer en las relaciones sexuales, incluso identificamos que era más fácil lograrlo en los momentos de relativa calma que cuando había combates o la presión del enemigo era muy fuerte. Durante las épocas de tranquilidad yo llegué a planificar las relaciones sexuales y fueron muy placenteras, pero creo que esta actitud tuvo que ver con las etapas de la guerra, con la procedencia urbana o rural y con el estatus que una tuviera en el frente. Al final de la guerra empecé a ver que había muchachas jóvenes en los campamentos con más posibilidades de decisión sobre las relaciones, que empezaron a dejar de pedir permiso por ejemplo; había otras que llegaban a pedirnos permiso para acostarse con alguno, como que necesitaban santificación o alguna forma de legitimazión de su emparejamiento.

PAREJA GUERRILLERA, ¿NUEVA PAREJA?

"Todo el mundo lo sabía menos yo"

Cuando me acompañé por primera vez con un compañero revolucionario bajé la guardia; antes siempre estuve "buza" en relación a los hombres, alerta de que me podían engañar, no me entregaba totalmente, pero a éste le ví como si fuera el "hombre nuevo" y pensé que iba a ser tan honesto como yo lo estaba siendo. Tuvimos relaciones por cinco años y durante todo ese tiempo él convivía con otra compañera, tenía una familia, todo el mundo lo sabía menos yo; por las condiciones de clandestinidad le creía que se iba con la otra. Hago un reporte a la dirección diciendo que el tipo me había estado engañando y todo mundo dice "ese es problema personal de ustedes, nadie se puede meter".

"Está descartado que un hombre les siga"

En las comunidades indígenas de los Altos de Chiapas las zapatistas insurgentes son las heroínas; las demás mujeres indígenas quisieran ser como ellas pero sienten que es mucho el sacrificio y la abnegación de estar en la insurgencia. Las mujeres de las bases de apoyo al ejército zapatista piensan que si se casan con un insurgente van a sufrir mucho porque se tendrían que ir de la comunidad a vivir a los campamentos, en la montaña. Sin embargo, la cosa cambia cuando las insurgentes se enamoran de un hombre común, no se concibe que éste las pueda seguir y meterse a la insurgencia, de entrada está descartado, tienen que buscar pareja dentro del ejército. Cuando inician su vida sexual se les da capacitación sobre métodos anticonceptivos, la mayoría utiliza pastillas pero los hombres se niegan a usar condón, dicen que no hicieron la revolución para usar condón...

"Le obligaron a acompañarse con una mujer"

Había muchísima represión hacia la homosexualidad. Recuerdo que una vez encontré a dos jefes de una unidad militar discutiendo sobre un tercero del que habían descubierto que era homosexual; uno se posicionaba por destituirlo del mando y el otro no sabía qué hacer, yo intervine en defensa del cuestionado pero no lo defendí por su derecho a su propia práctica sexual sino porque era un buen jefe, de origen campesino, con una actitud muy abierta, que buscaba que la tropa reflexionara políticamente y estuviera informada, o sea porque no era el típico jefe militarón; al final le dejaron en la jefatura pero le obligaron a emparejarse con una compañera, formaron una pareja reconocida y admirada...Terminada la guerra, él cortó la relación.

"El modelo sexo-afectivo no se desestructuró"

Cuando nos metimos a la lucha quisimos creer que la victoria vendría rápido, que las circunstancias nos forzaban a comportarnos de determinadas maneras pero el modelo sexo-afectivo tradicional seguía presente en nosotras -aunque no sé si era el modelo tradicional o el que cada una se elaboró según su interpretación de las características del hombre nuevo. Yo, por ejemplo, pensé que había alcanzado mi ideal de encontrar un verdadero compañero, vivimos mucho tiempo lejos uno del otro, nos veíamos de vez en cuando y los dos nos adorábamos, éramos los compañeros ideales envidiados por todo el mundo; después la realidad me enseñó que cuál modelo de compañerismo si me trataba como inútil, me empequeñecía, me ocultaba las relaciones que tenía por otro lado... Quizás en algunos casos se dió una desestructuración individual, quisiera saber hasta donde, pero tengo claro que la guerra no desestructuró el modelo de sexualidad dominante.

"Nunca lo pude denunciar"

Cuando tenía 22 años, mi compañero, con el cual llevaba tres años, tuvo problemas de seguridad y la organización nos envió a dar cobertura a una casa; nuestra relación era lindísima hasta que comenzamos a convivir juntos; no se qué pasó, estábamos hablando en la cama, dije algo y él se enfureció tanto que me golpeó y me dejó la cara morada. Mi reacción primera fue irme pero salió como loco tras de mí diciéndome que no me podía ir y pidiéndome perdón; ahí se me hizo todo un mundo en la cabeza, pensaba "¿cómo me voy a ir de esta casa si la estoy cuidando? ¿si mando un papel a mi responsable, se lo llevará o no? ¿si lo denuncio y después me acusan a mí de que hice algo para que me golpeara?. Al final me quedé callada. Pasado un tiempo comenzó a insistir en que nos casáramos y me casé, aunque no sabía por qué; el nivel de violencia fue mucho peor, siempre hostigándome en la casa, interrogándome sobre lo que hacía, acusándome de que andaba con otros compañeros. Me volví agresiva y violenta... hasta este año me pude divorciar. Esto me pasó y nunca lo pude denunciar.

"Todo mundo a formalizarse"

Cuando me metí al sandinismo también quería transformar la relación entre hombre y mujer; el único referente que tenía era el matrimonio de mis padres, bien tradicional, pero yo no estaba de acuerdo con esas maneras de vivir en pareja. En las parejas que formé mientras estuve incorporada a la lucha yo era yo y él era él, cada uno teníamos nuestro trabajo, nos respetábamos; es cierto que ideologizábamos mucho la sexualidad pero eran relaciones diferentes a lo tradicional: yo tenía identidad propia, no era la "señora de", estaba acostumbrada a decidir, a ser considerada por los demás. En aquella época decidí que no me iba a casar nunca porque sentía que el matrimonio era una institución que llevaba a reproducir el mismo modelo de pareja del que yo renegué... Después del triunfo vino la época de los casamientos, todo mundo tenía que formalizar su relación y formar familia; algunas no nos metimos en esa onda porque no estábamos convencidas de las virtudes del matrimonio y nos miraban como raras, putas o lesbianas.

La mayoría de mis compañeras, cuando se volvieron a armar los matrimonios, reprodujeron igualititos los patrones de conducta de sus madres, la institución matrimonial quedó intacta y muy poco se diferencia de lo que denominábamos el matrimonio burgués y contra el cual decíamos que estábamos... Algunas decíamos "nosotras no vamos a encontrar marido nunca, somos demasiado independientes y libres, estamos jodidas", porque los potenciales maridos eran los guerrilleros, los revolucionarios que ahora querían que jugásemos el rol tradicional de esposa. Me pregunto qué pasó con la ideología de estos hombres, qué es lo que cambiaron porque con sus mujeres son igualitos de como era mi papa con mi mama, pero también me pregunto qué pasó con esas mujeres que después de que rompieron tantos esquemas, algo les hace clic cuando están casadas y se olvidan de lo que querían cambiar en estos ámbitos de la vida. Creo que nos faltaron puntos de referencia para poder revolucionar ese mundo que tiene que ver con la relación con la pareja, el matrimonio, lo doméstico.

¿QUE HICIMOS CON LA LIBERTAD SEXUAL?

"Compañeras solidarias"

Al entrar al frente de guerra me hice la idea de que entraba a un burdel, me dijeron "los compas de esa zona son bien machistas" y ya entré con miedo; allí había compañeras que se acostaban con uno y con otro y hasta tenían un apodo, les llamaban las "solidarias". Yo dormía en un lugar apartado del campamento porque era radista, pero en la mañana todo mundo contaba cómo en la noche habían llegado los compañeros gateando a caerles a las compañeras y algunas aceptaban, otras se rebelaban, la gente veía normales esas situaciones. Empecé a criticar esa situación, pero no desde el punto de vista de la conciencia de género sino desde el punto de vista religioso, decía que no era eso lo que yo esperaba de la guerrilla ni lo que habíamos conocido al inicio de la guerra.

"Putas o lesbianas"

Entré al FMLN cuando tenía 32 años, viví muchos años en campamento guerrillero y creo que sí había mucha promiscuidad sexual en los campamentos. Vivíamos una libertad sexual entre comillas, llena de sentimientos contradictorios: por un lado, sentíamos que teníamos posibilidad y derecho de hacer lo que quisiéramos pero al mismo tiempo, la imágen que el medio nos devolvía era que no estaba bien que hiciéramos lo que quisiéramos. Había cierta presión para que fuéramos "solidarias" (eso significaba ser putas) pero si no nos comportábamos así, entonces éramos machorras, o sea lesbianas . Esa concepción de puta (o "putilla" como le decían) se mezclaba con tu trabajo y era motivo de desvalorización, te lo sacaban a la hora de darte una responsabilidad aunque no te lo decían directamente, decían que había algo... y la no promoción flotaba en el aire.

"Llegué a donde llegué porque era una señora muy correcta"

Cuando me incorporé al movimiento estudiantil la visión que teníamos de los guerrilleros era que hacían el amor libremente, que eran más permisivos que la gente normal. Después de todo lo que viví en la clandestinidad, la montaña y el frente externo, sigo pensando que en los campamentos guerrilleros había más permisividad -no para mí que estaba acompañada y no podía hacer esas cosas- aunque también estaba mal vista tanta promiscuidad.Una vez llegó una propuesta de promoción de una compañera que tenía fama de "loca" y la única que estuvo de acuerdo en que se la promoviera fui yo, el argumento es que era muy puta pero yo decía que eso no tenía que ver, que si era capaz para el cargo por qué no la promovíamos; en esas situaciones a los hombres no se les sacaba el expediente de con cuantas se habían acostado pero a las chavas sí, era el primer requisito para ser promocionada, quizás yo llegué hasta donde llegué porque era una señora muy correcta.

"Siempre me afectó lo de si era o no puta"

Intenté tener relaciones estables con cada compañero, permanecer con él por lo menos un cierto período o mientras estaba en ese lugar y cuando me trasladaban a otra zona me metía con otro, pero siempre tenía la duda de si era correcto o no andar a salto de mata, siempre me llegó lo de si era o no puta porque esta acusación tenía repercusiones en la militancia; era muy contradictorio, por un lado tenías que servir sexualmente a los compañeros -y ahora que lo pienso, a lo mejor esa era una de las razones por las que nos movilizaban- y por otro, cuando te evaluaban la militancia, siempre te sacaban lo de si eras seria en asuntos de relaciones sexuales, era un requisito que estaba en juego para nosotras pero no para los compañeros.

"... Un tipo de relaciones más abiertas"

Después del triunfo sandinista, cuando se crean las unidades militares de la policía y el ejército y comienzan los cursos aquí y allá, recuerdo que comenzó una cacería de mujeres, era competencia entre los hombres para ver quien tenía relaciones con más mujeres, como si al terminarse la guerra se hubiera acabado la mística revolucionaria, el respeto que tanto nos habían inculcado. Esta situación trajo como consecuencia que algunas entráramos en un tipo de relaciones más abiertas que fueron vistas como promiscuidad y eso nos afectó, porque comenzaron a vernos no como las compañeras a las que tanto habían respetado en los frentes de guerra sino como putas; este calificativo se usó también para descalificarnos y marginarnos dentro de las estructuras del Frente Sandinista.

"Ya tengo otro marido..."

También en el exilio sufrimos mucho acoso sexual, a veces casi acepté ser violada; éramos pocas mujeres en la estructura que me tocó y desde el último al primero de los hombres te abordaba, te invadía; empecé a acostarme con uno, con otro y ya después se me hizo normal, lo curioso es que comencé a desinhibirme y a rescatar el deseo sexual que había perdido a raíz de la desaparición de mi mamá. Cuando regresé al país conocí a mi segundo compañero y empecé a gozar mi sexualidad aunque, de alguna manera, me regresaban las culpas, me decía a mí misma "ya tengo otro marido, ya me hice puta", así lo vivía porque me quedaba aquéllo de que la mujer buena no tiene muchos maridos.

"Tuve compañeros a los que no quise"

Perdí tres compañeros en la guerra, mientras ellos estaban vivos, aunque no estuvieran cerca, me tenían cierto respeto pero en cuanto morían, no acababan de darme la noticia y ya al ratito me estaban acosando. Se me armó un trauma, no sólo porque mis parejas se me morían sino porque no sabía qué hacer en cuanto a relacionarme con los demás hombres; cuando murió mi tercer compañero tomé dos decisiones: una, que no me quería volver a enamorar y dos, que no quería convertirme en una "solidaria", por eso pensé "voy a establecer sólo relaciones políticas con los compañeros para librarme del acoso sexual" pero lo que me ocurrió fue que terminé teniendo compañeros sin sentir atracción hacia ellos. Hasta ahora lo estoy hablando de manera franca, nunca he querido reconocer que tuve compañeros a los que no quise, que me ha marcado mucho tanta inestabilidad en las relaciones.

"A la otra le decían lo mismo de mí"

Me ocurrió una vez que las dos candidatas para asumir una responsabilidad éramos mujeres; el responsable vino y me dijo "te estamos proponiendo para tal nivel, la alternativa sos vos y fulana, las dos son muy buenas en el trabajo, el problema que tenemos con aquélla es que se acuesta con quien quiere, es una putilla"; lo peor es que a la otra seguramente le decían lo mismo de mí. Había un manejo muy sucio de la acusación de ser puta, para evitar que te promocionaras, y se comentaba mucho sobre quienes llegaban al poder no tanto por sus capacidades sino por su acostadera con los jefes. También había una competencia horrible entre los hombres a ver quién te cogía primero y cuando no te dejabas, se tejía toda una maraña alrededor de una; total, las que no cogimos salimos con el calificativo de putas y las que se dieron el gustazo de acostarse con todos salieron igual. Todas vivíamos temerosas de que nos consideraran prostitutas y compruebo que a la larga, así nos consideraron a todas. El calificativo de puta sirvió para que no llegáramos a puestos de decisión, para echarnos del partido o para sacarnos de algunas estructuras, y para impedir que estableciéramos relaciones de solidaridad entre nosotras... Toda la maraña tejida alrededor de esta maldita palabra nos hizo mella.

MAS VIOLENCIA EN MEDIO DE LA VIOLENCIA

"El acoso se combinaba con la cuestión ideológica"

Funcionaban las jerarquías, el que se convertía en jefe de escuadra ya se sentía con más agallas para andar acosando a las compañeras, incluso a las que estaban emparejadas. Me rebelé, en parte por mis ideas religiosas y también porque me molestaba tanto acoso; fuí acosada sexualmente en muchas ocasiones y es tan horrible que te quieran agarrar a la fuerza, una vez le dije a un jefe que ahora es diputado "si querés algo por lo menos no usés la fuerza bruta, pregúntame si quiero o no". Creo que el acoso sexual era fundamentalmente violencia pero el problema es que se combinaba con la cuestión ideológica, los compas decían "esta guerra es tan larga y mañana nos podemos morir" y, como nadie hablaba de nuestros derechos, seguíamos siendo el instrumento del placer de ellos, les hacíamos el trabajo doméstico y les servíamos sexualmente.

"Nunca obtuve respuesta"

Cuando me separé de mi compañero me agarró el no querer saber nada de volver a emparejarme y ahí es cuando empecé a sufrir el acoso sexual de los hombres de dirección, incluso de maneras muy violentas; siempre reportaba a los mandos los abusos que sufría pero nunca obtuve ningún tipo de respuesta, el informe pasaba de un jefe que me había acosado a otro jefe que también había intentado acosarme y ahí quedaban los papeles, no servía de mucho mi pelea...

"Mándame una cocinera"

Después del triunfo de la revolución, cuando empezó la guerra en el norte del país, los ex-guerrilleros ya no andaban con pistolitas sino con armas de alto calibre, eran los militares mientras nosotras generalmente éramos las sanitarias, comunicadoras o cocineras. Las que andábamos en las unidades militares teníamos que vivir cuidándonos, dormíamos pistola en mano para defendernos, teníamos que armar un escándalo o hacer cualquier barbaridad para que a una no la "cogieran a huevo"; muchas veces terminábamos acostándonos hostigadas, le decías que no y te hostigaba con un individuo sólo para dejar de ser al grado que vos decías "lo voy hacer para que me deje tranquila", pero eso era violación; la mayoría de las compañeras vivimos esa situación. En lo crudo de la guerra conocí casos en que un jefe de batallón en campaña le decía al jefe de pelotón "mándame una cocinera", pero no era que necesitara una mujer para hacer la comida de la tropa sino para servirle sexualmente a él.

"Se revistieron del poder"

Cuando el Frente llegó al poder se comenzó a jerarquizar todo, aparecieron los símbolos, las charrapelas, los grados militares, te tenías que levantar cuando entraba un compañero dirigente que dos días antes había sido tu compañero y con el que habías dormido sobre las piedras. Los hombres se revistieron del poder y empezaron a ejercer también el poder del pene, comenzaron a acosar y algunas compañeras se engancharon en ese esquema de dejarse acosar. Uno de mis grandes triunfos en esa época fue decirle NO a un compañero con el que no quería tener relaciones, era el guerrillero al que habíamos idealizado, era como decirle no a Dios o algo parecido...

"Sobre el poder del saber"

Me emparejé con un compañero que había trabajado diez años en las estructuras de inteligencia del FMLN; el primer día que estuve con él me hizo tal interrogatorio sobre todos los hombres que yo había tenido y de una manera tan sutil, que ahí me dí cuenta de que se conocía todos los recovecos de mi sexualidad; había conseguido toda la información sobre mi vida privada en su trabajo de contrainteligencia.

"No tenía elementos para cuestionarles"

Nunca sufrí acoso sexual pero creo que se debió a que tenía jefatura y además era la mujer de un jefe; sin embargo, sí vi violación y acoso en los campamentos guerrilleros. Cuando el FMLN sacó la ley de pena de muerte para los violadores, hubo un caso de violación de una compañera cocinera por cuatro combatientes que me impresionó mucho, les hicieron juicio a los cinco, a ella por provocadora y a los cuatro por violadores, se les hizo un fusilamiento simbólico -con balas de salva- sin que ellos lo supieran, lo cual toca los límites de la tortura; a ella no se le "fusiló" pero tuvo que pasar, junto con los violadores, por todos los campamentos de Guazapa autocriticándose ante las formaciones guerrilleras; también se les obligó a cavar, desarmados, un tunelito que sirviera de refugio anti-aéreo y de enseñanza para las futuras generaciones. Cuando me enteré del asunto lo cuestioné pero me dijeron que yo no mandaba en ese frente; como no tenía elementos suficientes para cuestionarles, dije que no me parecía que a ella la sancionaran y ahí me quedé... Durante la guerra los mandos, tanto hombres como mujeres, no teníamos conciencia de lo que significa la violación y finalmente terminábamos justificándola; creo que en la izquierda persisten diferentes valoraciones sobre las agresiones sexuales: cuando las realiza el enemigo, como parte del terror de Estado, nos indignan y las criticamos con muchísima fuerza pero cuando las practican los hombres revolucionarios no hay suficiente convicción todavía sobre la sanción moral y política que merecen.

"La bendita compartimentación"

Estuve organizada en la universidad y es cierto que abundaban las relaciones sexuales y afectivas entre quienes integrábamos las milicias. Había un responsable que tenía una cantidad de dinero establecida para cubrir las necesidades básicas de los compañeros que no tenían trabajo porque estaban a tiempo completo en la militancia clandestina; el problema, hasta ahora me doy cuenta, era que ese dinero muchas veces no llegaba a las manos de las compañeras que también lo necesitaban, y el responsable se aprovechaba de que estaban jodidas de dinero para sacarles favores sexuales a cambio de invitarlas a cenar o comprales algo. También nos daba desventaja el hecho de que el responsable tenía que conocer a sus subalternos y subalternas pero nosotros no podíamos conocer nada de nadie, por la bendita compartimentación; los responsables conocían mucho y los demás nada, y quienes anduvieran intentando averiguar o establecer relaciones un poco más personales eran sospechosas, metidas o "chambrosas".

LESBIANISMO EN AMBIENTES DE REVOLUCIÓN

"Encontré en la lucha una vía de escape"

En la adolescencia me dí cuenta de que me gustaban las mujeres y comencé a reprimirme, a no pensar en lo sexual, porque no podía creer lo que me pasaba. En la Universidad me acerqué a los revolucionarios y encontré en la lucha una vía de escape, una manera de lograr reconocimiento, y empecé a escalar puestos. Los compañeros me decían "¿a vos no te gustan los hombres?", "cómo no, les decía yo, pero primero es la revolución"; pasé al trabajo clandestino y ahí sí comencé a sentir el acoso sexual pero como no me llamaban la atención los hombres, seguí negándome a las relaciones sexuales. Cuando se formaron las fuerzas especiales me integré a ellas y nos fuimos al campo a prepararnos, siempre estuve en la dirección y fui muy acosada por los mandos. Una vez iba con los dos pelotones que estaban a mi cargo y el segundo responsable me quiso agarrar a la fuerza, inmediatamente saqué el arma pero él me pidió que no lo comentara ni lo bajara de nivel, acepté.

"Para que no nos hiciéramos amigas"

La acusación de lesbianismo se usaba para impedir que las mujeres nos hiciéramos amigas. Cuando varias compañeras se acostaban en la misma champa para huir del acoso sexual, al día siguiente circulaba por todo el campamento el "chambre" de que a saber por qué la fulana y la mengana se acuestan juntas... Claro, a la noche siguiente, las compañeras se ponían a hacer su champa individual y eso les daba más posibilidades a los hombres de ir a acosarlas.

ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE SEXUALIDAD

"La guerra afecta la sexualidad y no precisamente en un sentido liberador; en situaciones de guerra, la sexualidad es utilizada como instrumento para sojuzgar al enemigo, cuando no se le puede dañar directamente se le daña en la figura de 'sus' mujeres -en el sentido clásico de la propiedad del señor; las violaciones se han empleado como instrumento bélico en todas las guerras y es por ello que el movimiento feminista está reclamando que se consideren crímenes de guerra. Además, en las fuerzas guerrilleras ha predominado la clandestinidad, la jerarquización y la falta de control por parte de las bases, condiciones que obviamente dificultan las posibilidades de auto-determinación de las mujeres en el terreno de la sexualidad porque se vuelve difícil saber con quién una se está enrollando, por qué lo está haciendo y si realmente los pactos entre la pareja se cumplen o no.

No me cabe duda que estas situaciones han generado mucho sufrimiento a las mujeres pero tenemos que ver todos los elementos contradictorios que se movilizaron en ellas porque la sexualidad es un instrumento de poder pero también de placer, es un terreno de peligro para las mujeres pero también de exploración y de satisfación. Una conclusión que saco de este debate es que la guerra generó vivencias muy diversas en torno a la sexualidad y mal haríamos en generalizarlas diciendo que todo fue maravilloso o todo fue terrible.

Me pregunto permanentemente ¿qué pensamos nosotras, las feministas, sobre estos asuntos de la sexualidad? Intuyo que es un tema al que nos cuesta entrarle por la directa, teorizamos mucho pero no nos sale fluido hablar no sólo de las experiencias negativas sino también de las placenteras; quizás el no saber si estamos haciendo bien o mal en determinada situación tiene que ver con miedos que no vienen solamente de cómo nos valoren los hombres sino de cómo nos autovaloramos nosotras mismas en la sexualidad. Creo que en estos temas estamos aún a la defensiva, se nos ataca diciéndonos putas y no lo podemos digerir; quizás tengamos que reflexionar más sobre qué pensamos cada una de nosotras -no la Iglesia, los hombres o el partido- sobre nuestras prácticas sexuales, cómo vemos a las lesbianas o los intercambios de parejas, por ejemplo, si pensamos que es lícito o no que cada cual haga lo que le de la gana.

Lo que ocurrió en la guerra es que muchas mujeres transgredieron pautas del deber ser femenino en el terreno sexual, eso está claro, pero el problema es cómo se sienten y cómo analizan ahora lo que hicieron. Lo que planteo es que este análisis irá en un sentido u otro dependiendo de los referentes teóricos, morales, feministas, que ellas tengan para interpretar lo que vivieron, en un sentido positivo y liberador o en un sentido culpabilizador. Por esto me parece importante entrar, como feministas, a la discusión sobre cómo es nuestra sexualidad, qué nuevos modelos sexuales necesitamos construir -si es que tenemos que construir alguno-, qué pautas de relacionamiento sexual proponemos, qué entendemos por igualdad de prácticas sexuales, etc.

Creo que las fidelidades hacia los proyectos revolucionarios no nos permiten ser radicalmente críticas ante la violencia sexual; si ésta proviene de las instituciones del Estado, somos muy firmes en demandar que sea considerada crimen de guerra, si proviene de revolucionarios tratamos de encontrarle justificaciones. El cuerpo de las mujeres es un campo de batalla, tanto para las fuerzas de contrainsurgencia como para las fuerzas insurgentes, y eso sí debiera ser un punto de beligerancia de las feministas: no tolerar, por principio, la violación y el abuso sexual sobre las mujeres venga de donde venga. Creo que en los proyectos revolucionarios se desarrolla una excesiva tolerancia hacia la violencia contra las mujeres".

Cristina Garaizabal: feminista española, psicóloga, colabora desde hace tres años en el Programa de Salud Mental de Las Dignas, coautora del libro **El Dolor Invisible de la Guerra.**

"Ayer debatimos bastante acerca del imaginario guerrillero y del peso de la ideología cristiana en su construcción. Desde esos referentes nos podemos explicar algunas de las experiencias narradas en este debate sobre nuestras vivencias sexuales: algunas compañeras decían que imaginaban a los guerrilleros como ángeles y arcángeles, sin sexo, entes limpios y puros que no navegan en las lodosas aguas de la sexualidad. Este rasgo del guerrillero sigue vigente en las posguerras; al no haber sido cuestionado el modelo dominante de sexualidad, sus lodosas aguas siguen ocultas y silenciadas, son aún tan clandestinas que las experiencias sexuales vividas anteriormente tienen que ser rápidamente olvidadas o restringidas a pequeños grupos de mujeres raras, que insisten en seguir hablando de esas cosas que se hicieron en momentos de excepcionalidad. En el ideario cristiano las mujeres estamos claramente divididas en buenas y malas; las buenas son las abnegadas y asexuadas, las malas son las putas, las que gozan la sexualidad incluso sin que medie el afecto. Estas construcciones imaginarias siguen vigentes y se expresan también en las contradicciones de un discurso revolucionario radicalizado en lo social pero conservador en otros aspectos de la vida donde retoma, sin cuestionarlos, los elementos más retrógrados de la ideología cristiana. Me resulta entendible que muchas mujeres consideren que, terminado el ajolote de la guerra, haya que casarse, porque aquellos pecados sexuales que fueron explicables en la guerra han de ser perdonados ahora con un santo y bien ordenado matrimonio. Ello demuestra, en definitiva, lo poco o nada que, en este terreno, revolucionó la revolución".

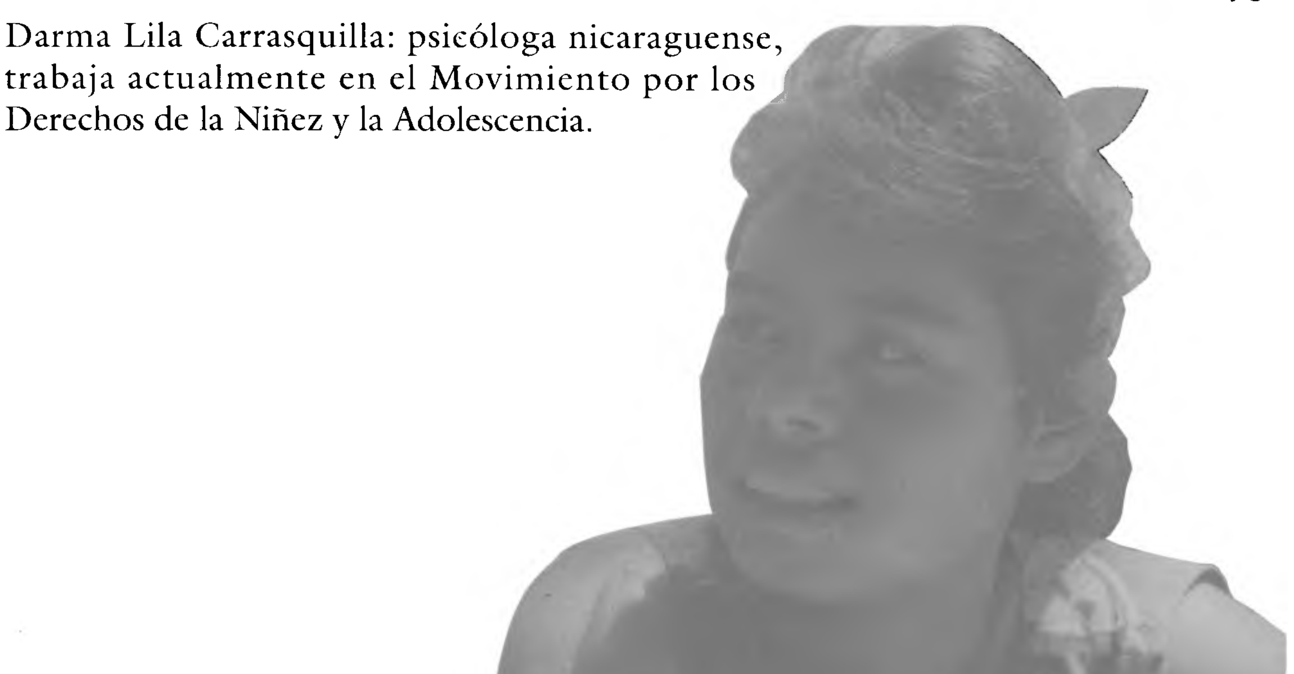
Norma Vázquez: feminista mexicana residente en El Salvador, colabora con las Dignas desde 1992.

“La guerra está ligada al sexo-violencia y deja muy pocos espacios para el sexo-placer-afecto. Claro que las vivencias están tamizadas por la edad, la posición dentro de la organización, las diferencias étnicas y de procedencia urbana-rural, pero a mí no me cabe duda de que las más vulnerables, las más solas, las menos empoderadas y por tanto, las que menos posibilidades tienen de defenderse en la guerra son las más jóvenes. En Honduras las jóvenes fueron muy agredidas sexualmente, violadas, inducidas a tener relaciones sexuales con los guerrilleros que venían de la montaña, obligadas a atender sexualmente a los compañeros dentro de las casas urbanas, y todo ello como ingrediente consustancial a la moral y la ética revolucionarias. A mi modo de ver, el modelo convencional de subordinación sexual no cambió, lo que cambió fue el escenario que se hizo más permisivo para que sucedieran todo tipo de abusos y agresiones sexuales... y en muy pocos casos, quizás, permitió una sexualidad placentera u otras formas de expresión de los afectos”.

Mirta Kennedy: feminista uruguaya, integra el Centro de Estudios de la Mujer de Honduras (CEM-H).

“Yo quiero, para hacer honor a la justicia, presentar la otra cara de la moneda. Comparto todas las conclusiones que hemos venido construyendo pero si me preguntan a mí -que he vivido, naufragado y sobrevivido al proceso revolucionario- qué balance hago les digo que yo, junto con otras compañeras, gozamos cuando nos acordamos de las cosas que hicimos en el ámbito de la sexualidad; es cierto que ideologizamos el sexo pero aún así nos reimos de las barbaridades que hicimos. Algunas compañeras se reincorporaron a la vida con los mismos esquemas tradicionales y están con sus esposos, con sus niños, tratando de ser felices, pero habemos otras testarudas que todavía creemos en lo que creemos y que nos negamos a repetir esos esquemas, que estamos luchando unas con marido, otras sin marido, pero seguimos sorteando la vida, creyendo en que al menos en nuestras vidas queremos construir algo nuevo, ese ideal por el que nos metimos a luchar y a trabajar”.

Darma Lila Carrasquilla: psicóloga nicaraguense, trabaja actualmente en el Movimiento por los Derechos de la Niñez y la Adolescencia.



"Me pregunto qué le ha hecho la guerra a nuestro cuerpo. Marie Langer, una psicoanalista argentina que trabajó mucho tiempo en Nicaragua, contaba que las judías en los campos de concentración dejaban de ovular para que los nazis no las usaran en sus experimentos de perfeccionamiento de la raza. Recuerdo también a una amiga cuyo esposo lo desaparecieron y ella decidió, de ahí en adelante, ser "la viuda"; hace unos años, ella tenía 35, a propósito de un compañero que se le acercó me dijo "algo sentí, tuve la impresión de que algo iba a pasar con mi luto y le ordené a mi cuerpo que no sintiera, a partir de ese momento cesaron mis menstruaciones y comenzó mi menopausia"... Cuento ésto porque creo que hay una relación muy fuerte entre el psiquismo y el cuerpo en el tema del orgasmo y de los placeres psicosomáticos: el cuerpo grita o calla lo que nos cuesta mucho trabajo asumir o elaborar".

Cecilia Loría: feminista mexicana, psicóloga, trabaja en el Grupo de Educación Popular con Mujeres (GEM) y en el Movimiento Ciudadano por la Transición Democrática en México.

"Me cuesta creer que la guerra sea un buen escenario para encontrar placer en las relaciones sexuales porque no creo que proporcione las circunstancias más idóneas para liberarnos de los valores que norman nuestra conducta sexual y, en ese sentido, las vivencias tendrán sus variaciones según se den en el campo, en los campamentos o la ciudad, pero la esencia es la misma. Lo cierto es que entramos en un ámbito masculino vedado a las mujeres, con pocos referentes acerca de nuestra propia identidad, asumiendo la consigna de la renuncia total a la individualidad en función de las prioridades de la guerra -entre las cuales estaba la de ser retaguardia del placer de los combatientes; lo realmente interesante es que, aún y con todo, la incorporación a esos espacios modificó algunas de las pautas en que fuimos socializadas como mujeres, pero se modificaron de manera tan ambivalente que se nos hizo difícil interpretar todas las contradicciones que vivíamos; además, pasada la guerra, hemos de volver a encajar en el mismo sistema de relaciones en el que nos socializaron, lo que no deja de ser otra fuente de frustraciones y angustias.

Creo que tenemos que reflexionar más sobre qué nos pasó en la guerra, en la revolución y en las organizaciones guerrilleras; qué implicaciones nos han traido los procesos contradictorios que hemos vivido allí, el regreso a la normalidad de una moral sexual establecida, el silencio, los tabúes de la sexualidad. Tendemos a olvidar lo que no podemos resolver pero la verdad es que no lo olvidamos, lo expresamos en nuestra conducta cotidiana; ésta es la primera oportunidad que he tenido de ponerme a pensar sobre estas cosas y realmente ahora estoy entendiendo mejor algunas conductas, empezando por las mías. Siento que tenemos una carga que no la hemos elaborado y que está ahí, haciéndonos daño".

Olga María Espinoza: feminista nicaraguense, ex-dirigente de la Asociación de Trabajadores del Campo, actualmente coordina el Comité de Mujeres Rurales.

VIVENCIAS DE LA MATERNIDAD EN LAS ORGANIZACIONES GUERRILLERAS, EN LA GUERRA, EN LA REVOLUCION

EL EMBARAZO, ¿FUENTE DE VIDA?

"¿Qué querías que ellos hicieran?"

Cuando me acompañé el trato que recibí de la organización cambió totalmente, se borraron todos mis méritos y cualidades personales: era simplemente la compañera de un jefe; me presionaron para que dejara mi trabajo y fuera la secretaria de él, sólo cambiándome de zona conseguí seguir en mi tarea. Después de un tiempo salí embarazada pero tuve amenazas de aborto a los tres meses y tuve que estar en cama; el responsable me dejó de ver totalmente, no me mandaban dinero porque no trabajaba para la revolución, estaba en el abandono total. Lo más lamentable es que hasta el día de hoy mi compañero no entiende nada de lo que me pasó, vivió todo el proceso a la par mía y me dice "¿qué querías que ellos hicieran?, era imposible que viniera alguien a verte". Yo, obviamente, me salí del partido.

"Se nos maltrataba porque salíamos embarazadas"

En el movimiento estudiantil nunca hablábamos de nuestra sexualidad ni de nuestro cuerpo; mis primeras relaciones sexuales fueron tan violentas, tan feas que yo dije "no quiero meterme con nadie"; nunca se nos dio información sexual, no usábamos anticonceptivos ni ellos condones, por eso hubo tantos embarazos y abortos entre las compañeras de la organización, y los vivíamos solas, era traumático. Había algunas que después de seis meses de tener un aborto estaban otra vez abortando, hasta tres veces en dos años y en condiciones pésimas, iban a lugares horribles solas y los varones totalmente desentendidos. Se nos maltrataba porque salíamos embarazadas, decían que era responsabilidad nuestra y no de ellos evitar los embarazos... Hoy que ya todo acabó me encuentro con ex-compañeras que tienen muchos sentimientos de culpa, que se niegan a ver que no somos culpables de lo que nos pasó; también tienen tremenda posesividad con sus hijos quizás porque abortaron demasiado, como que estuvieran pagando su culpa ahora con sus hijos.

POSPONER LA MATERNIDAD: ENTRE LA NECESIDAD Y EL DESEO

"Sentimientos ambivalentes"

La mayoría de las insurgentes zapatistas son muy jóvenes, entre 14 y 20 años, y muchas ya llevan cinco o seis años usando anticonceptivos orales, algunas han subido de peso y eso les dificulta llevar la carga del botiquín o la mochila. En el ejército hay una forma de saber si están embarazadas porque se distribuyen cada mes toallas sanitarias y quien no las recoge es que está embarazada. La abnegación mística que tienen les hace aceptar el sacrificio de no poderse embarazar aunque desean ser madres algún día. Si ocurren embarazos no deseados existe la posibilidad de que aborte o de que tenga el bebé; si decide tenerlo tiene que salirse del ejército o buscar alguien que se encargue de cuidarlo. Por otro lado, evitar los embarazos también les crea sentimientos ambivalentes: les permite disfrutar de la relación sin miedos pero les rompe el esquema de que su función, por siglos, ha sido tener hijos. No tener hijos les permite estar en la guerra pero al mismo tiempo es una transgresión al modelo de sus comunidades, se les produce un conflicto muy fuerte sobre el que apenas hemos profundizado.

"Otros decidían sobre nuestra maternidad"

En los frentes de guerra no teníamos libertad para decidir si abortábamos o no, no decidíamos sobre nuestra maternidad; si salías embarazada de un jefe y a él no le convenía que se supiera o no quería compartir la responsabilidad, te obligaba a abortar en condiciones en que arriesgabas la vida, a pura sonda, sin atención médica... No les importaba qué repercusiones podría traernos el hecho de abortar siendo unas adolescentes, y nosotras lo aceptábamos porque nos creíamos el discurso político, que éramos necesarias para la revolución, para el pueblo... Ahora habemos un montón de mujeres con muchos sentimientos de culpa por haber abortado en esas condiciones, y no es que esté en desacuerdo con el aborto pero estoy de acuerdo siempre y cuando sea mi decisión y no que otros decidan sobre mi maternidad.

"Dependía de cuánto nos necesitasen"

Durante la guerra la actitud que los mandos tuvieron ante nuestras maternidades estuvo guiada por cuanto nos necesitasen, si les hacíamos falta nos persuadían o nos obligaban a abortar, si en ese momento no nos necesitaban tanto nos daban chance de tener el hijo. Puedo aceptar que con una gran panza es imposible andar con un fusil por esas zanjas, que corre peligro mi vida y también la del niño, pero lo que no acepto es que se utilicen los permisos o las prohibiciones de abortar para chantajearnos: detrás del "te doy permiso de que tengas el hijo" hay un "no te quiero tener aquí, mejor te sales del frente" y detrás del "te permito abortar" hay un "ese aborto lo voy a utilizar políticamente para destruirte después".

"Tuvo que pedir permiso al marido"

Conocí una compañera que cuando quiso abortar tuvo que pedirle permiso al marido, el compañero dijo que no y ella tuvo una niña; a la hora de la ofensiva del 89 llegó a mí diciéndome "los odio, los odio, los odio, cómo es posible que cuando yo quería abortar me dijeron que no y ahora me dicen que deje la niña para irme al monte", pero se tuvo que ir. Sentirse impotente es terrible y esos dolores son muy fuertes, creo que en estos momentos nadie le presta atención a la salud mental de un montón de mujeres que pasaron por esas experiencias tan terribles.

"El aborto como chantaje político"

También se han utilizado nuestros abortos políticamente, para desprestigiarnos ante la población cuando les resultamos críticas. Eso es una violencia hacia las mujeres que yo no les perdono, eso te causa problemas de salud mental y te impide rescatar los aspectos positivos que tuvo la incorporación a la guerra, y si a nivel personal no tenés un espacio donde hablarlo te hundís... Hay un montón de mujeres que están ahogándose con todos esos recuerdos, que no tienen estos espacios para hablar de ello porque les paraliza el miedo o la angustia de buscar como sobrevivir.

NUESTRAS CULPAS TAN NUESTRAS...

"Culpa por sentirme incoherente"

Hace unos meses estuve reflexionando sobre los conflictos que tengo con mi hijo de 12 años porque me cuesta entender por qué me comporto tan protectoramente con él; pensé que tenía que ver con cómo viví esa maternidad pues, si bien nunca estuve en campamentos guerrilleros, sí tuve que ver con la causa y esa causa, durante bastante tiempo, fue prioritaria a mis relaciones familiares, abandonaba casi a diario a mi hijo, lo dejaba enfermo en el vecindario o en el hospital mientras yo estaba fuera del país... Ahora me doy cuenta de que tengo una gran culpa de no haber asumido coherentemente la decisión que tomé de ser madre; creo que no tenía clara todavía mi propia identidad y eso hizo que asumiera como mi prioridad lo que otros me planteaban que debía serlo: la lucha del pueblo.

"Fue una la que cambió de prioridad vital"

El sentimiento de haber abandonado a los hijos no tiene tanto que ver con la separación física sino con el hecho de que una cambia de prioridad, modifica el sentido de su vida. La mujer que se va a los EEUU a buscar cómo sostener a los hijos que deja aquí no siente que los abandona, está siempre pensando en ellos y para ellos trabaja. En mi caso, mis hijas dejaron de ser mi prioridad, dejaron de ser mi punto vital y eso te genera una culpa distinta a cuando te vas fuera a buscar trabajo; de alguna manera, las criaturas lo sienten y en cuanto pueden verbalizarlo te lo reclaman, es una factura tremenda que te digan "vos me dejaste por irte a tu proyecto". Para poder vivir con esa

culpa hice una sublimación espantosa: les decía que estaba construyendo una nueva sociedad para ellas, les pintaba un gran sorbete de todos los colores y les decía que era para todos los niños y niñas de El Salvador. Siento que si los resultados de la guerra hubieran sido distintos por lo menos el sorbete, aunque fuera en pequeñito, hubiera aparecido, la mierda es que el sorbete no apareció...

"Me duelen las madres"

A mí me cuesta mucho hablar de la guerra porque me duele mucho, siento que estuve en la guerra siendo mujer pero actuando como hombre a veces, me duelen muchas cosas que hice a mujeres que eran madres. Ahora reconozco, quizás diez años después, que yo pensaba que las mujeres se embarazaban para irse del frente, las veía como unas traidoras que traicionaban lo que para mí era lo mejor del mundo: la oportunidad de luchar la guerra. Haber hecho que alguna compañera asfixiara a su niño cuando salíamos "en guinda" me duele mucho porque ahora soy consciente de por qué lo hice.



"Como si el tenerlas me hubiera convertida en reaccionaria"

Perdí mi militancia por enamorarme y salir embarazada. Viví con mis hijas todo el tiempo de la guerra pero con mucha culpa, como si el hecho de tenerlas me hubiera convertido en una mujer reaccionaria o desviada ideológicamente, con todo lo que estos adjetivos significaban en aquella época; no pude entrar al frente ni se me realizó el sueño de ser guerrillera.

LOS ROLES MATERNALES RESULTARON MUY UTILES

"Cuidar los hijos de los otros"

Creo que a la organización no le importaban los hijos de las mujeres ni los de los hombres, de ninguno, aunque es cierto que algunos dirigentes y dirigentas pudieron tener a sus hijos en mejores condiciones e incluso los sacaron al exterior. Conozco una compañera que la sacaron del frente para que cuidara los hijos de otros y la dejaron abandonada, nadie le daba dinero y ella no tenía manera de darles de comer así que se fue a trabajar de doméstica para cuidar los hijos de los otros, ella sentía que ese era su papel como revolucionaria, conseguir el sustento de todos esos niños y niñas.

"Todas tareas de mujeres"

Los roles que asumimos durante la guerra eran roles de madres de otros, muchas de las actividades que hicimos tenían que ver con garantizar la logística, atender y cuidar a los hijos de otras y de otros, educar a las masas, atender las clínicas, todas ellas tareas propias de mujeres.

"De nosotras dependía la vida de ellos"

Yo no soy madre pero ahora me estoy aclarando de que en la guerra ejercí papeles de madre en muchos aspectos. Llegué al frente con las ansias de ser jefa de cocina para que la comida fuera buena y aseadita... para los guerrilleros; igual cuando me desvelaba cuidando un herido o viendo que las compañeras no se durmieran porque de nosotras dependía la vida de ellos...

LA LOGICA DE LA GUERRA Y LA LOGICA MATERNAL

"La guerra reafirmó la maternidad"

Aunque todas las mujeres tenemos el potencial de ser madres, en Centroamérica no hemos analizado a profundidad nuestra relación con la maternidad. Siento que las guerras han contribuido a reafirmar la cultura tradicional de la maternidad y no han aportado soluciones nuevas a problemas viejos; por ejemplo, el abandono de los hijos por causa de las condiciones económicas que obligan a las mujeres a salir a trabajar es un fenómeno viejo en la región, ¿qué soluciones aportó la guerra aparte de reafirmar que los hombres se desinteresen de los hijos? Las mujeres seguimos estando solas en el ejercicio social de la maternidad y la guerra no ha cambiado eso.

"Para las madres, poca la ganancia y muy grande el precio"

Conocí muchas mujeres campesinas colaboradoras del FMLN que mientras tuvieron hijos en edad de combatir eran visitadas por los guerrilleros, pero una vez se llevaban a los muchachos rompían el vínculo con sus madres. Muchas vivieron eso como utilización y abandono, más aún cuando sus hijos morían y ni siquiera les iban a avisar, los mandos se escondían; estas mujeres sienten hoy un odio horrible hacia los que fueron responsables de sus hijos porque no les dijeron como fue que murieron.

Estos dolores y resentimientos se agudizan hoy, por ejemplo, con ese decreto que el gobierno ha sacado para pagar pensiones a las madres y los hijos huérfanos, ese decreto es una burla, las mujeres no pueden resolver los trámites legales que les exigen, tienen la esperanza de que les validen socialmente a sus muertos pero eso no está ocurriendo; ni el FMLN ni el movimiento de mujeres exigen que estas mujeres sean compensadas por lo que perdieron. No es que yo diga que no se ha logrado nada pero al final, los logros no tienen relación con el costo que se pagó ni con el objetivo que se había planificado, ha sido muy poca la ganancia y muy grande el precio.

"Morirnos para salvarnos"

Las palabras que nosotras estamos usando para hablar de nuestras experiencias durante la guerra expresan sentimientos de dolor, de culpa, de abandono. Es la lógica suicida de la guerra que nos lleva a tener que morirnos para salvarnos. La guerra destruye la lógica de la maternidad porque genera el descuido total de los niños: las madres tenemos que cuidar la revolución y no debe importarnos si los hijos comieron o no, si quedaron a saber con quién o botados, si te los desaparecieron. Esa idea de la muerte como resurrección es grave.

"La deshumanización formaba parte de nosotras también"

Las actitudes de las organizaciones guerrilleras hacia la maternidad están muy relacionadas con la deshumanización que imperaba en nuestras relaciones, eran muy utilitarias las relaciones humanas en la guerra, en base a lo que una podía producir o aportar así era valorada, y cuando por enfermedad o maternidad dejabas de producir, ya no eras útil, éramos vistas como minusválidas por estar embarazadas. Decíamos que queríamos un mundo nuevo para todos los niños pero ni se cuidaban bien a los que ya se tenían, se quería una revolución pero había mucha incoherencia entre los deseos y las actitudes cotidianas. Ahí nos debiéramos incluir todas nosotras porque fuimos parte de ese engranaje; ahora culpamos al partido y decimos "ellos", los otros, pero el partido éramos nosotras también, nosotras mismas decíamos "¿pero cómo es que no quiso abortar esta mujer?", éramos al mismo tiempo víctimas y victimarias, la deshumanización formaba parte también de nosotras mismas, no sólo de ellos o del partido en abstracto.

ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE MATERNIDAD

"El dato de que terminada la guerra, las guerrilleras vuelvan a parir como si el deseo de ser madres hubiera quedado intacto, me hace preguntarme si realmente el proyecto revolucionario tuvo una ética, una ideología, unos valores diferentes a los tradicionales o más bien fueron los mismos valores sólo que mezclados además con la carga religiosa. Creo que hubo algunos cambios en algunos roles sexuales y maternales pero no hubo rupturas en la ideología que sustenta el sistema patriarcal. La guerra generó circunstancias que obligaron a las mujeres a actuar de maneras distintas a las aprendidas, pero a la hora de la reinserción las aguas volvieron a su cauce y somos nosotras las que cargamos con los dolores y las heridas.

Seguramente tendremos que hacer balance de lo que ganamos con tantas rupturas afectivas, es seguro que aprendimos cosas, que crecimos en algunos aspectos, pero siento que hasta ahora no hemos logrado socializar nuestras experiencias para articular todos esos dolores y volverlos fuerza colectiva. Me parece importante hacerlo de cara a apropiarnos de nuestros derechos reproductivos y sexuales. Reflexionando sobre el tema del aborto por ejemplo, encontramos que si bien fue practicado y aceptado como una necesidad e incluso funcionalizado en el escenario de la guerra, en este momento son pocos los políticos -aún dentro de los partidos que estuvieron en la revolución- que están dispuestos a salir a defender el aborto legal como un derecho de las mujeres. En la medida en que este tema se hable públicamente, que las mujeres salgan y digan 'yo aborté' o 'yo fui presionada a abortar', se estaría legitimando la apropiación de este derecho por parte nuestra".

Mirta Kennedy

"Creo que la guerra sí aportó cambios en la cultura de la maternidad pero para peor, dramáticamente para peor. Las mujeres de la población civil hicieron de madres y fueron sobrevaloradas en tanto tales, como resultado salieron de la guerra más maternales de lo que entraron en ella; ahora las organizaciones de mujeres las convocamos como ciudadanas y no responden, no saben qué significa ser ciudadanas porque durante doce años fueron convocadas, utilizadas y valoradas en tanto madres; ni las feministas sabemos cómo tender puentes hacia ellas, ni ellas saben cómo acercarse a nosotras.

La vivencia maternal omnipotente fue reforzada por la guerra; si antes del conflicto armado las mujeres decían 'a duras penas consigo sacar mis hijos adelante sola' ahora dicen 'no le pido nada al padre porque yo soy madre y padre de mis hijos, y los puedo sacar adelante porque así lo he hecho en los últimos doce años'. El resultado: a más omnipotencia materna, más irresponsabilidad paterna. Hoy muchos hombres revolucionarios son más irresponsables que lo que eran antes de la guerra porque durante muchos años se libraron del rol paterno porque el partido proveía.

Las que no pudieron ser madres (biológicas y/o sociales) durante la guerra están actualmente inmersas en re-encuentros dolorosos con los hijos e hijas que abandonaron, viven compulsivamente el deseo de realizar una maternidad que se vieron obligadas a posponer, desean ser madres a cualquier precio.

En resumen, sea porque fueron valoradas en tanto madres o porque no pudieron ejercer la maternidad, muchas ex-guerrilleras y colaboradoras del FMLN han salido del conflicto armado siendo más compulsivamente madres que lo que eran antes de éste. En mi opinión, felices estuviéramos si la guerra no hubiera tocado la cultura dominante sobre la maternidad; por el contrario, en más de un sentido, ha agravado sus aspectos más opresivos y nos ha puesto a las mujeres, y a las feministas, mucho más difícil la lucha por la maternidad libre y voluntaria, y por los derechos reproductivos de las mujeres".

Clara Murguialday: feminista vasca, economista e investigadora, colabora con Las Dignas desde 1992.

"Tenemos que aprender a liberarnos de tanta culpa que cargamos por lo hecho y lo no hecho en cuanto a la maternidad; necesitamos, por nuestra propia salud mental, dejar de sentirnos pecadoras por pecados que no hemos cometido y empezar a hablar más en términos de responsabilidad o de tristeza por lo que hicimos o dejamos de hacer pero no de culpas, porque no somos culpables de nada. A veces puteo contra los Acuerdos de Paz y de repente me siento injusta, me digo 'sí hubo cambios y tengo que aprender a reconocerlos'; creo que no nos conviene vernos exclusivamente como víctimas, que podríamos vivir con menos conflicto si entendiéramos que los cambios que se produjeron en nosotras no son todos ni solamente negativos, que los cambios que hicimos en nuestras prioridades vitales también nos ayudaron a crecer, nos dejaron ganancias. Lo que planteo es que nos atrevamos a reconocer que fue bueno tener un proyecto de vida distinto a la maternidad.

También hemos de explorar y debatir otras posibles formas de vivir la maternidad y ejercer el maternazgo, inventar maternidades colectivas no en el sentido de la maternidad estatal sino de una maternidad que pueda ser ejercida por más de una mujer e incorporando a los hombres -aunque sabemos que las mujeres en general no están de acuerdo en socializar a las criaturas o en compartirlas con alguien más, porque la maternidad se vive como un espacio de poder y como la experiencia fundamental de la vida. Necesitamos ser capaces de ponerle límites a la responsabilidad que tenemos con los hijos y darnos chance de expresar la rabia, de decir en un momento determinado 'no puedo más con ésto'. Y sobre todo, tenemos que integrar a la figura paterna en el cuidado compartido de los hijos e hijas".

Morena Herrera: feminista salvadoreña, fue guerrillera y dirigente del FMLN, actualmente forma parte de la coordinación de Las Dignas.

SECUELAS DE LA GUERRA EN LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES

CAPITULO II



Y SI ADELITA FUERA ZAPATISTA

Cecilia Loría[1]

Desde el 1 de enero de 1994 que estalló el conflicto en Chiapas, México se encuentra en una situación de "guerra sin balas": la crisis política y económica es la más grave que el país ha vivido después de la revolución de 1910. Se ha resquebrajado la omnipotencia del sistema de partido de Estado pero no necesariamente ésto significa que lo que sigue es la transición democrática, por el contrario la perspectiva es incierta y en momentos parece que lo que sigue es una involución que nos acerca a escenarios de fascistización y rigidización.

La población vive momentos de angustia e incertidumbre pues, aunada a la crisis política, la crisis económica ha deteriorado aceleradamente las condiciones de vida de las y los mexicanos. Para las mujeres en particular, la privatización y la reducción del gasto público ha tenido efectos devastadores en la reducción de los servicios públicos y en la imposibilidad de acceder a otro tipo de empleos que no sean los relacionados con el sector informal de la economía, sin protección social ni seguridad en el empleo.

El conflicto armado zapatista despertó conciencias y dinamizó a la sociedad civil generando iniciativas de articulación pero sobre todo, alentó la posibilidad de la transición democrática para México. Este movimiento ha postulado la necesidad de un tránsito pacífico a la democracia y la necesidad de que sea la sociedad civil organizada la que se haga cargo de conducir la transición. El zapatismo se enfrenta reiteradamente a los embates de las fuerzas mas rígidas, autoritarias y militaristas que no dejan pasar la oportunidad para presionar por una salida autoritaria al conflicto.

La resistencia del EZLN ha sido posible porque es un ejército eminentemente indígena y popular, y ha contado con la simpatía y el respeto de amplios sectores de la población que se sintieron identificados con el reclamo de ¡Ya basta!. Su resonancia en los movimientos populares y partidos políticos ha sido permanente, se han articulado acciones para detener la guerra y abrir cauces de transición democrática por la vía pacífica, como el Espacio Civil por la Paz, la Convención Nacional Democrática y más recientemente, la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia. Sin embargo, desgraciadamente, estos esfuerzos se van desgastando con el tiempo a medida que las prácticas sectarias y protagonistas de quienes se sienten los verdaderos detentadores de la propuesta zapatista terminan erosionando las posibilidades de acumular fuerzas para constituir un frente civil plural y representativo, que convoque al conjunto de los y las ciudadanas progresistas de México.

1 *Feminista mexicana, psicóloga, trabaja en el Grupo de Educación Popular con Mujeres (GEM) y en el Movimiento Ciudadano por la Transición Democrática en México.*

Espacios de la participación de las mujeres

Los dos últimos años han sido de una intensidad y virulencia tales que no permiten ver con claridad el rumbo que tomarán los acontecimientos. Las acciones e inserciones de las mujeres han tomado distintas direcciones: apoyar el levantamiento chiapaneco, participar en el movimiento ciudadano, preparar articuladamente la ida a Pekín. Si bien los énfasis de la participación femenina pueden inclinarse en una u otra opción, de alguna manera todas estamos alertas a las diversas opciones que se van creando con la expectativa de que alguna finalmente funcione, lo que conlleva que las energías se desgastan en la medida en que es necesario estar en varias "jugadas" al mismo tiempo. Sin aspirar a una descripción exhaustiva, las opciones en las que ahora participan las mujeres son las siguientes:

1. Existe un sector importante de mujeres, especialmente jóvenes de poblaciones urbanas, que han optado por participar en organizaciones conservadoras relacionadas con la Iglesia y que actualmente están jugando un papel decisivo en los procesos electorales. Son organizaciones que nada le envidian a los grupos fascistas que se abrogan la defensa de la vida y de la democracia, desde la perspectiva de los movimientos "Provida" y de la jerarquía de la Iglesia.

2. Por otro lado, han proliferado los grupos, frentes y organizaciones ciudadanos que aglutinan a mujeres de diversas filiaciones ideológicas y partidarias, agrupando sobre todo a mujeres que luchan por la transición democrática, aún cuando las concepciones que subyacen sobre la transición pueden ser muy diversas. Estos movimientos han abierto perspectivas interesantes en el momento en que surgen, pero posteriormente pierden su fuerza, articulación y capacidad de convocatoria. Iniciativas como el Movimiento de Organizaciones Ciudadanas, el Encuentro Nacional de Organizaciones Ciudadanas y la Alianza Cívica son algunas de las más significativas.

Participando en la solidaridad hacia el proceso chiapaneco se conformaron organismos como el Espacio Civil por la Paz y la Conferencia por la Paz, experiencias que se conservan en tanto existe la necesidad de proteger a las comunidades y denunciar los riesgos de que la guerra se reanude. En estos grupos existe una participación importante de mujeres no sólo en sus bases sino también en su dirección; dado que han tomado iniciativas interesantes, la presencia y visibilización de las mujeres se ha logrado en cierta medida. Es interesante constatar que la inserción de las mujeres en estos movimientos se ha hecho con un perfil propio, es decir con demandas y propuestas propias.

3. Las mujeres que directa o indirectamente participan en el EZLN presentan una diversidad de formas de inserción. En primer término están las que han tomado las armas, insurgentes y milicianas, todas ellas indígenas entre los 14 y los 25 años, que realizan la actividad militar, sanitaria y de educación política, según lo que han referido en entrevistas algunas de ellas.

Según se ha podido comprobar por la composición de los grupos de negociación frente al gobierno, en la comandancia del EZLN existen algunas mujeres; la primera que se hizo visible fue la comandante Ramona que participó en las pláticas de la Catedral de San Cristóbal en febrero de 1994. Las mujeres de las poblaciones han posibilitado la permanencia de la insurrección armada al aprovisionar, proteger y acompañar de diversas formas a los zapatistas, tal como lo expresó el Subcomandante Marcos en la Convención Nacional Democrática.

4. Existe también un número importante de mujeres encargadas de las actividades de denuncia y solidaridad con el movimiento zapatista; ellas son quienes organizan las caravanas con alimentos, medicinas y demás artículos necesarios para la sobrevivencia, quienes han estado participando en los Cinturones de Paz durante la realización de los diálogos, las que llevan a las comunidades servicios de salud o de educación, las que acompañan a las comunidades que se sienten intimidadas por el ejército federal. La mayoría son mujeres adultas y jóvenes estudiantes, pertenecen a organizaciones sociales o civiles, en algún caso también a partidos políticos; también se incorporan a las actividades mujeres que no pertenecen a ninguna organización pero se sienten atraídas por el significado del movimiento y ofrecen sus servicios.

5. El movimiento feminista y de mujeres oscila entre quienes están ciegas ante la problemática nacional -propugnan por sus demandas haciendo abstracción de la crisis por la que atraviesa México- y las que piensan que en este momento hay que posponer las demandas de género ante las "prioridades de la nación". En medio de estos dos grandes contrastes se mueve una diversidad de posturas matizadas que busca integrar, de una u otra forma, los ámbitos compartimentados.

Un esfuerzo importante fue la construcción del proceso para participar en Pekín pues se generó una discusión de las propuestas a nivel de cada estado y las representantes ante la Cuarta Conferencia fueron elegidas en sus estados, regiones y a nivel nacional. Otro esfuerzo interesante ha sido el de la Convención Nacional de Mujeres que no ha desdeñado ningún escenario de lucha y ha sabido llevar la problemática chiapaneca a diferentes auditorios.

Implicaciones de la incorporación femenina a los movimientos armados

Estos diversos modos de participación de las mujeres mexicanas me sugieren algunas reflexiones sobre las características de dicha participación, especialmente la relacionada con la lucha zapatista, aunque los rasgos que identifico no se presentan solamente en las mujeres que, de una u otra forma, se han ligado con el movimiento zapatista sino que están presentes también en quienes se mueven en otros ámbitos de la acción política.

1. Las mujeres que se involucran en los movimientos políticos, especialmente en los armados, sufren modificaciones importantes en la percepción de sí mismas y del mundo que las rodea. Estas modificaciones no se viven sin conflictos: las mujeres deben enfrentar sus propias contradicciones y realizar rompimientos internos, deben combatir y a la vez reconciliarse con una imagen femenina que les prohibía transformar sus roles tradicionales. Por otro lado, los cambios pueden sufrir retrocesos dependiendo del nivel de hostilidad y agresión que vivan por haberse atrevido a ser distintas, por lo que las alianzas y comprensión entre mujeres serán necesarias para sobrevivir en un mundo lleno de violencia y agresión.

Cuando las indígenas chiapanecas decidieron tomar las armas realizaron una revolución interna. ¿Cuántos esquemas tuvieron que cambiar para salir de casa e incorporarse a la guerra? Y tal vez la revolución más importante no fue siquiera esa sino la que les lleva a decir que ahora ellas quieren decidir a quién amar, con quién y cuándo se quieren reproducir. Decidir sobre sus cuerpos y sus afectos es la transformación más grande y profunda que jamás hayan sufrido.

"El cuerpo es la metáfora del yo", postula una corriente del psicoanálisis y si ésto es cierto, ¿qué significará en el yo de estas mujeres dejar de ser usadas, arrastradas, vendidas y ajenas de sí mismas? Sin embargo, todavía es necesario identificar los mejores caminos para que las estructuras personales y sociales sean cambiadas, todavía faltan propuestas concretas que trastoquen el fatalismo de la vida de las mujeres indígenas.

2. La identidad femenina está definida social y subjetivamente como la negación, pérdida, inexistencia, silencio, vacío, falta, carencia. Resignificar esta significación de lo femenino pasa no sólo por transformar el lenguaje sino también por transformar las prácticas concretas, por reintegrar a las mujeres el narcisismo perdido. La identificación con lo femenino se estableció en un proceso especular con la madre, que siendo la doble y teniendo todos los poderes originales -el de amamantar, crear niños dentro de ella, calmar nuestras angustias y ansiedades primarias- se convierte en un ser de la devaluación, la negación y la carencia, cediéndole a la figura masculina el poder omnipotente (fálico) del que todo lo sabe y lo puede.

Probablemente muchas de las idealizaciones y sujeciones de las mujeres militantes respecto a la figura masculina del dirigente/guerrillero tiene que ver con la necesidad de recuperar ese "poder" perdido y fantaseado como propiedad de los hombres. Construimos una imagen magnificada del comandante: es sabio y nunca se equivoca, tiene la fuerza que nadie posee. La fascinación por el uniforme verde-olivo provoca en las militantes una especie de enamoramiento exaltado hacia los comandantes que raya en los niveles extremos de la idealización. Es por ello que, sin proponérnoslo conscientemente, les investimos de atributos superiores a los de cualquier ser humano, les idealizamos a tal grado que depositamos en ellos nuestra voluntad, obediencia y visión crítica.

Pero, ¿cuál es el atractivo mayor que puede tener para las mujeres el llenar de atributos a estos seres idealizados? Desde mi punto de vista, el pedirles que seamos miradas y reconocidas por ellos, pedirles que esa mirada masculina -que todo lo tiene y lo puede- se detenga en estas mujeres devaluadas y nos reintegre el narcisismo perdido. La exigencia es totalmente inconsciente y puede ser amigable, seductora o retadora, en cualquier caso se trata de convocar esa mirada para ser aprobada: el reconocimiento del comandante puede ser un tesoro preciado para una mujer. Pero también lo contrario puede ser desastroso: enemistarse con el mando o recibir una crítica puede provocar la depresión y el sentimiento de soledad más profundos o la rabia más grande.

Colocar a las direcciones masculinas en esos niveles de idealización no sólo es peligroso para las militantes sino también para las propias direcciones pues, cuando llegue, el derrumbe será completo y lleno de rabia y de dolor, sea porque se tome conciencia de que el líder no era lo que parecía o porque los atributos que le colocamos seguramente estaban basados en nuestras propias carencias y no estamos dispuestas a derrumbarnos con ellos. Los episodios de depresión y de rabia se suceden en medio de la mayor confusión, sin que se pueda comprender que fue lo que sucedió para que esa persona que admirábamos tanto caiga tan estrepitosamente y de tan alto.

3. Finalmente, es importante detenernos a analizar la percepción que las mujeres tenemos sobre nuestro propio cuerpo: cuerpo ajeno, cuerpo para otros, cuerpo del deseo reprimido y oculto, cuerpo metáfora del yo... ¿Cómo descubrir el deseo cuando una no se pertenece a sí misma, cuando una se debe en cuerpo y alma a una revolución cuya moral y ética están definidas por el bien para otros? ¿Qué cicatrices y huellas -tanto físicas como psicológicas y morales- marcaron ese cuerpo, cuántas mutilaciones, prótesis e invalideces quedaron -o quedarán- en el corazón y en los afectos? ¿Cuántas veces se han contabilizado los terrores, pánicos, miedos y angustias como heridas de guerra? ¿Cuándo la anorgasmia y la negación del deseo han sido registradas como mutilaciones? ¿Cuántas veces la desesperanza, el hartazgo y el cansancio han sido apreciados como necesidades de rehabilitación y recuperación? La guerra y sus efectos en la vida de las mujeres siguen siendo mundos invisibilizados por el "deber ser" y por las actitudes estoicas, heroicas y suicidas -moral y físicamente.

La representación interna de la madre omnipotente responde a percepciones muy arcaicas propias del terreno de lo no nombrado, que en un segundo momento serán sustituidas por la figura del padre como el que tiene lo que a nosotras nos falta. La imagen que nos fusionaba a la madre es el lugar de la negación y la subordinación para nosotras. Por eso, muchas de quienes se han rebelado ante la feminidad tradicional lo han hecho atraídas por la imagen masculina, por ser la que les ofrece las alternativas para movilizarse, sobrevivir o ser reconocida. Es por ello que se vuelve urgente resignificar la figura femenina y llenarla de nuevos significados; empezar a reconocer que todos los seres humanos tenemos carencias y huecos; descubrir los niveles de desarrollo que es posible lograr cuando nos podemos mirar de otra manera y reconocernos entre compañeros y compañeras como pares, desde las diferencias.

DEBATE: ZAPATISMO, GUERRA Y FEMINISTAS

"El movimiento zapatista surge en un país donde hay movimiento feminista no solamente en la capital sino en todo el país, incluso en Chiapas existen grupos feministas y una larga tradición de trabajo con mujeres por parte de múltiples ONGs; por otro lado, muchas feministas mexicanas han trabajado en la solidaridad con los procesos revolucionarios de la región y con las refugiadas centroamericanas. Lo que me llama la atención de la ponencia de Cecilia es que parece ser que todo ello no ha redundado mucho en la relación entre el movimiento feminista y el zapatismo".

"Algunas amigas feministas me han expresado algo así como 'éste es el momento de volcarnos a apoyar las demandas de los zapatistas' y, más allá de lo anecdótico que puede resultar ver a feministas mexicanas con el retrato de Marcos en sus oficinas o atesorando la firma, los afiches o las figuritas en tela del 'Sup', me pregunto si todo eso no está significando que nos ocupamos de las demandas de las mujeres en tanto no ocurre otra cosa más importante, por ejemplo, un movimiento guerrillero; si también en México, a pesar de la larga experiencia de luchas feministas, no habrá ocurrido lo que hablábamos el primer día, es decir, que la convicción sobre la lucha armada como único camino sigue tan vigente que, una vez surge la posibilidad de implementarla, adquiere prioridad por encima de todo lo demás que se viene acumulando; supongo que en ésto hay muchos matices pero me parece desolador que algunas feministas se hayan adherido tan rápidamente, y sin ninguna crítica, al movimiento zapatista".

"Las feministas no somos una isla ni podemos ser indiferentes a todas las crisis que nos atraviesan a las mujeres; el asunto es cómo poder estar en las luchas sin postergarnos, sin permitir de nuevo que gente que se arroga la representación de todos y todas sea la que prevalezca, cómo participar en procesos de cambio tratando de que éstos sean cada vez más integrales. Creo que las mexicanas tienen una buena oportunidad de intentar otras maneras de estar en las luchas, porque tienen una acumulación de pensamiento y de práctica feminista que no teníamos las centroamericanas en la década pasada y además, porque ya conocen la experiencia de las centroamericanas y lo que nos pasó en las guerras; son dos acumulaciones que deberían servirles".

"En estas discusiones que llevamos en Las Dignas desde hace varios meses, a propósito de la investigación que realizamos, me ha 'caído el veinte' de que el proyecto revolucionario y la guerra son separables, que el ideal de una vida mejor para mujeres y hombres no necesariamente tiene que ser buscado mediante la lucha armada. Podemos separar revolución y guerra, podemos y debemos no ser indiferentes a los dramas que nos pasan, pero ¿cuánta energía estamos poniéndole a encontrar otras formas de lucha distintas a la guerra? ¿Será que la guerra es la única respuesta o que no buscamos otras alternativas con la misma pasión que le pusimos a montar una guerra?".

"En México se necesitan cambios importantes porque estamos en una profunda crisis, y no sabemos qué hacer frente a ella: ¿sólo la lucha de las mujeres y con las mujeres? Creo que ésto es válido pero no es suficiente; la clave es llegar a conjugar los cambios sociales y los cambios en la situación de las mujeres. El reto es todavía mayor por lo desorganizadas que estamos la mayoría de las mexicanas, por la carencia de una organización de mujeres que convoque a un proceso de cambio profundo.

¿Cómo hacerlo de manera que no nos polaricemos entre hombres y mujeres, entre organizaciones revolucionarias y organizaciones de mujeres? ¿Cuál es la estrategia a seguir para que podamos incorporar el enfoque de género dentro de las filas zapatistas y en el país? En lo personal no quiero deponer mi proyecto de clase, quiero seguir siendo revolucionaria pero no puedo aceptar que las mujeres nos incorporemos a una lucha en la que paguemos los terribles costos que pagaron en El Salvador o en Guatemala".

"Me parece que aquí hay mucha expectativa alrededor del movimiento feminista mexicano. Cecilia se refería a las feministas independientes, y hemos de saber que ellas son las que engrosan mayormente las filas feministas, en mayor cantidad que las organizadas; además, me resulta difícil creer que en Chiapas hay acumulación de pensamiento y experiencia feministas, y digo Chiapas porque allí es donde ha surgido el conflicto armado. En Chiapas no había tantas feministas; las mujeres se organizaban, algunas con el pensamiento feminista, otras con el enfoque de género y otras así nomás, pero en cualquier caso con muchas limitantes para realizar un trabajo profundo".

"Soy optimista en cuanto a las posibilidades que todas -las que están dentro del movimiento zapatista, las que nos salimos de los partidos y las que sobrevivimos a los procesos de guerra- tenemos de aportar a los cambios; lo que pasa es que es desgarrador pasar por una revisión profunda de nuestras concepciones y prácticas, dar ese salto cualitativo que nos permita articular otras opciones, que siempre van a tener aspectos diferentes por lo diversas que somos".

"Creo que todas nosotras estamos en contra de la guerra; en mi caso personal no opté por las armas sino por mantenerme como parte de la sociedad civil que apoya a las bases zapatistas. Ahorita tenemos una oportunidad de buscar otras opciones distintas a la guerra para construir un proyecto revolucionario. El EZLN se presenta con armas y las armas son las que le han llevado a la mesa de negociación con el gobierno, las armas están ahí, no se sabe cuántas son pero están ahí. Sin embargo, el EZ en todo momento ha tratado de delegar a la sociedad civil la responsabilidad de echar a andar el proyecto pero, en estos últimos dos años, la sociedad civil no ha mostrado un rumbo claro que pueda desplazar incluso al EZ del escenario político.

La sociedad civil mexicana no se ha permitido buscar otras formas de lucha que no sean la guerra. Por otro lado, lo interesante de esta participación de la sociedad civil ha sido la presencia significativa de mujeres, la mayor parte de ellas 'sin partido', que sólo reconocen al EZ como su interlocutor político; ellas sienten que no están representadas por los partidos aunque también es un problema que depositen todas sus expectativas en un movimiento militar".

CONCEPCIONES Y PRACTICAS EN EL MOVIMIENTO FEMINISTA EN HONDURAS

Mirta Kennedy[2]

En el panorama del país, el movimiento feminista comienza a perfilarse a partir de 1990, cuando las organizaciones de mujeres y mujeres integradas en las organizaciones mixtas e independientes, coincidimos en diversas iniciativas para denunciar la violencia de género. Dos años después nos visibilizábamos como movimiento organizando el I Encuentro Feminista y luego el II Encuentro Feminista (1993).

La primera precisión que quiero hacer es que en Honduras somos feministas las que nos auto-proclamamos como tales; de hecho tenemos propuestas coincidentes en relación a la violencia de género, los derechos reproductivos, el poder y la subjetividad femenina, la participación en todos los ámbitos y la reflexión sobre el cuerpo. Asímismo, entendemos por movimiento de mujeres el conjunto de organizaciones y personas que, se auto-proclamen o no feministas, coinciden en el deseo de construir una cultura que legitime la necesidad de cambiar las relaciones de género.

Las principales activistas del movimiento venimos de círculos académicos, muchas han estado vinculadas con partidos de izquierdas, otras han sido dirigentas de organizaciones del movimiento popular, y unas pocas provienen de las organizaciones étnicas. La gran mayoría tiene una experiencia de militancia en la izquierda. La cultura política desde la cual construimos nuestras relaciones, los liderazgos y el contenido de nuestro quehacer feminista, ha estado muy influída por esa experiencia previa, aún en las que no tenemos ese procedencia. Hemos recibido un feminismo importado así como el movimiento popular recibió el marxismo y otras teorías sobre la revolución socialista, y al igual que éste, tomamos el contenido ideológico antes que el teórico, y muchas veces lo hicimos sin analizarlo ni contrastarlo con nuestra realidad. Un feminismo que nos llegaba sobre todo desde las funcionarias y consultoras de los organismos internacionales, que venía impregnado de un discurso desarrollista que tardamos en descodificar y que en buena medida aún no hemos descodificado.

A partir de autoidentificarnos como feministas, tomamos una actitud mesiánica hacia el resto de las mujeres, así como lo habían hecho los líderes de los partidos y organizaciones del movimiento revolucionario en Centroamérica con respecto al pueblo o las masas. Nosotras teníamos una verdad que comunicar al resto de las mujeres y nos entregamos a la tarea de dar las buenas nuevas con fervor casi religioso y revolucionario.

2 *Feminista uruguaya, integra el Centro de Estudios de la Mujer de Honduras (CEM-H).*

Nos entregamos a la tarea de crear un feminismo para las otras. Practicamos el "feminismo del delantal", del servicio a las demás, el que no nos posibilitaba una mirada crítica hacia nosotras mismas. Estábamos empeñadas en cambiar el mundo patriarcal y esa tarea era tan importante que no había tiempo para detenernos a revisar nuestra vida privada y las relaciones que estábamos estableciendo. Pero esa entrega a las otras muchas veces ocultaba deseos no expresados de ejercer poder sobre las demás mujeres. Entonces, en palabras de Breny Mendoza: "...el feminismo se vuelve un instrumento político de las mujeres que aspiraban (a) ser 'políticas'... Es decir, que el feminismo fue entendido como un discurso político, uno que investía a las mujeres con nuevos conceptos políticos pero que no requería de una nueva política del sí misma o de una nueva manera de relacionarse consigo misma (y con las otras mujeres)".

Nos desgastamos intentando construir un movimiento que se reconociera válido para todas, nos agredimos por el control de los nuevos espacios creados, las organizaciones, las redes, las coordinaciones, los encuentros, para que nuestro liderazgo fuera reconocido como el único legítimo. Al igual que los partidos (de izquierda y de derecha), intentamos crear un movimiento jerarquizado y guiado desde arriba por la dirección centralizada de las lideresas, al que muchas mujeres u organizaciones, si es posible todas, se sumaran; el feminismo de las esclarecidas versus las seguidoras, de las intelectuales orgánicas versus las mujeres de la base, desconociendo los saberes, las experiencias y las verdades de las que no dirigen pero tampoco desean ser dirigidas, de las que aspiran a participar con autonomía.

La construcción de las alianzas en el movimiento se caracterizó por una práctica basada en el chisme y en la descalificación de las oponentes, en la confrontación sin debate, donde el fin era el control del poder. Una práctica de aniquilación de las disidencias, de invisibilización de las diferencias y de las que pensaban y actuaban diferente. Como dice Zoila Madrid: "lo que mejor hemos construido son las desconfianzas... nosotras estamos acostumbradas a la confrontación, no al debate, y ese paso de la confrontación al debate tiene que estar acompañada de una dosis de ternura muy profunda y empezar a mirarnos unas a las otras, y ver que somos diferentes pero que tenemos muchas cosas en común por construir".



El iluminismo de la modernidad, el mesianismo del cristianismo, el vanguardismo de las izquierdas latinoamericanas, definieron nuestra práctica y concepción feministas y desarrollamos una cultura política en una línea de continuidad con las concepciones y prácticas de los movimientos revolucionarios de la región, que se expresó en liderazgos autoritarios, en la confrontación encaminada a eliminar a la oponente, en la desconfianza hacia las otras, en una concepción del poder como control y dominio sobre las demás, y del hacerse feminista como sobresalir y estar encima de las otras mujeres para dirigirlas.

La diversidad

Dentro de la compleja gama de aspectos a considerar, me ha interesado reflexionar en torno a tres ideas. Una es la diversidad, entendida como reconocimiento de las diferencias que tenemos entre las mujeres por pertenecer a sectores, estratos o clases sociales diferentes, a áreas urbanas o rurales, a naciones distintas, tener o practicar ciertas creencias religiosas, hablar diferentes idiomas, nacer en una determinada etnia o cultura, estar en cierta etapa del ciclo de vida. Ser diversas no nos hace oponentes o enemigas, pero seguramente nos lleva a plantearnos necesidades diferentes porque construimos nuestras necesidades a partir de las múltiples determinaciones en que transcurre la propia vida. Entonces no es tan fácil crear proyectos unitarios de validez universal y seguramente resulta inconveniente si, como sucede a menudo, esos proyectos tienden a simplificar la complejidad de lo diverso y a establecer prioridades que no se resuelven democráticamente, si es que alguna vez se resuelven, porque el ejercicio del poder de los distintos sectores de mujeres no es igual ni equivalente y son algunas, dentro de esa lógica política, las que definen las prioridades, es decir nombran la verdad para todas.

Hemos creído que necesitábamos tener un proyecto único que se identificara con el verdadero y legítimo proyecto feminista para cambiar el sistema patriarcal. Hemos supuesto que no pueden ser efectivas las diferentes prácticas de las mujeres para transformar los valores patriarcales en otros que sean el producto de opciones y prácticas diversas. Actuamos negando una diversidad que nos define como mujeres en nuestras múltiples identidades, una diversidad fundamental para establecer relaciones y prácticas que superen la lógica de invisibilización y aniquilación de la contraria, la oposición entre las empoderadas y las víctimas.

Luego del VI Encuentro Feminista, el movimiento en Honduras entró en una grave crisis como resultado de los conflictos internos, cruzados por las interferencias de los conflictos de liderazgo en la región; se cerraron o congelaron los espacios de coordinación que habíamos construido, lo cual llevó a centrarnos en nuestras organizaciones. El resultado fue un crecimiento muy grande de éstas, un desarrollo significativo en calidad y cobertura del trabajo, la incorporación de nuevas perspectivas desde donde mirar el feminismo tamizadas por la experiencia de las mujeres que las proponen, el surgimiento de otras muchas iniciativas organizativas que se identifican como feministas, la

creación de nuevos espacios de coordinación, no únicos sino varios y paralelos, que posibilitan el florecimiento de la diversidad, aunque algunos sigan estando cruzados por los conflictos de poder. Asímismo, se está dando una mayor focalización hacia la reflexión y el trabajo teórico, que se refleja en los esfuerzos de sistematización de las experiencias. Todo ello está legitimando culturalmente nuevas formas de ver la realidad, nuevas representaciones sociales y necesidades sociales reconocidas, como la lucha contra la violencia de género, que hacen del movimiento feminista en Honduras un movimiento social cada vez más importante para el conjunto de la sociedad.

La sexualidad, espacio de ejercicio del poder

Hay un nuevo espacio de lucha por el poder dentro del movimiento feminista -o donde se expresa el poder como control sobre las otras- que es el espacio de la sexualidad; éste es un fenómeno nuevo que tiene que ver con la incorporación al movimiento de compañeras lesbianas y la nueva importancia que, a raíz de ello, ha cobrado el tema de la sexualidad, porque hoy ya no se trata solamente de la apropiación del cuerpo o de recuperar la sexualidad sino de una mirada diferente sobre la sexualidad que practicamos.

La sexualidad se ha trasformado en un espacio de ejercicio del poder entre las mujeres, dentro de las organizaciones de mujeres y, de igual manera que ocurrió en los frentes de guerra con la calificación de putas y no putas, nos ha sucedido ya que en reuniones de varias organizaciones de mujeres alguien comenta "tal grupo de mujeres, son todas lesbianas", lo que aparentemente no se dice con una carga negativa -porque se supone que las lesbianas son aceptables- pero sí lleva una cierta connotación porque se sabe que las lesbianas no son aceptadas en el contexto social hondureño -y no está muy claro que lo sean completamente dentro del movimiento feminista. Este espacio de discusión de la sexualidad se está trasformando en un campo ético nuevo, donde los límites entre lo que es permitido y lo que no es permitido es absolutamente ambiguo.

Las feministas y el Estado

La otra idea que me interesa analizar surge de la pregunta ¿hacia dónde dirigimos las propuestas feministas?, lo que me lleva a reflexionar sobre el Estado. Existe un concepto generalizado de que nuestro interlocutor principal es el Estado, y buena parte del trabajo de las organizaciones y redes se dirige hacia las instituciones estatales, así como lo estuvieron las acciones del movimiento revolucionario centroamericano, en el entendido de que al tomar el Estado todos los cambios podrían hacerse, en y desde el Estado.

En Honduras empezamos nuestro movimiento de cara al Estado, nos empeñamos en proponer cambios a las leyes, crear nuevas, demandar la creación de servicios, ejercer

presión para que se mejoraran los existentes, modificar el sistema jurídico, la educación y la salud. No obstante, mientras gastamos energías en cabildeos, reuniones, comisiones, coordinaciones y movilizaciones, para convencer a políticas y funcionarias, a ministros y presidenciables, aún nos quedó tiempo y energía para crear, a partir de nuestras iniciativas y recursos humanos y canalizando directamente fondos de la cooperación externa, diversas iniciativas desde y en la sociedad civil: programas educativos y de capacitación, servicios especializados para la atención a mujeres violentadas, servicios de documentación e investigación sobre la mujer, actividades de comunicación, creaciones culturales, entre muchas otras.

Mientras tanto, a medida que nuestras propuestas alcanzaban mayor legitimidad social, el Estado empezó a incorporar algunas iniciativas -en gran parte resultado de la presión de las agencias internacionales para que se incorporaran al ámbito gubernamental "acciones positivas en favor de la igualdad real de la mujer"- como la creación de la Fiscalía de la Mujer, la Oficina Gubernamental de la Mujer y las Consejerías de Familias para la atención a víctimas de violencia doméstica en los centros de salud. El financiamiento para estos servicios y programas proviene en buena medida de agencias donantes de cooperación, las mismas que sostienen los presupuestos de las ONGs de mujeres. Así el Estado se convierte en un competidor de las ONGs en la apropiación de subsidios internacionales para producir servicios, la mayor parte de las veces de menor calidad y de contenido formal, creando a la vez la ilusión de que el problema ya está siendo atendido o resuelto, lo que tiende a desalentar las iniciativas comunitarias y de las mujeres organizadas por buscar alternativas a los problemas desde sus propias experiencias, enfoques y recursos.

Aún persiste la creencia de que si no logramos cambios en el Estado no estamos haciendo nada duradero, y que si los logramos, estamos avanzando. Un ejemplo en este sentido es la preocupación por cambiar las leyes. Pero sabemos que las leyes por sí solas no nos solucionan nada, que cada vez que ponemos una demanda nos enfrentamos a la violencia del sistema judicial; la práctica nos ha enseñado que es preferible recurrir a acuerdos extrajurídicos que someternos a ser nuevamente violentadas. Así, nos hemos hecho expertas en acuerdos extrajurídicos con lo que fortalecemos una legalidad paralela: la legalidad que respalda a las mujeres por saberse parte de las organizaciones del movimiento.

El trabajo que realizamos con las obreras de las maquilas nos ha permitido ver que la legalidad del Estado cuenta cada vez menos, sobre todo cuando los intereses nacionales están en conflicto con los del capital trasnacional, que el Estado nacional está cada vez más debilitado, que las decisiones de gobierno se toman más que nunca en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y que las organizaciones tradicionales del movimiento popular -sindicatos y partidos políticos- están quedando al margen de la historia en su capacidad de plantear cambios o reformas a través de las leyes y la institucionalidad del Estado, porque el Estado nacional tiene cada vez menos poder real frente a la globalización de los mercados y la producción.

En este marco, la única participación posible desde o con el Estado se reduce al ejercicio de la democracia formal. La miseria y la injusticia social crecen en el país, aún cuando las estadísticas económicas indican cierta recuperación respecto a la década pasada; los espacios de participación, como los consejos de concertación -aunque integran a representantes de diferentes sectores sociales incluyendo a las mujeres- son espacios para fabricar consensos, para mantener a los amplios sectores marginados en relativa tranquilidad, haciéndolos formalmente partícipes de una democracia política al margen de la justicia económica. Desde que iniciamos el trabajo en contra de la violencia de género en el país se ha duplicado el número de mujeres asesinadas por esta causa, aún cuando hemos logrado legitimación social en las campañas por la no violencia. ¿Cómo podemos reducir la violencia contra la mujer en un país donde el 70% de la población no puede cubrir sus necesidades de sobrevivencia?.

Hemos gastado además enormes recursos para legitimar, en las instancias de poder que controlan el mundo, una propuesta cultural que ya estaba legitimada para una gran cantidad de mujeres y en muchísimas sociedades, como lo demostró el Foro de ONGs en Beijing. Estamos gastando mucha energía en buscar la mediación de esas instancias de poder para legitimar nuestra propuesta y universalizarla, y tal vez podríamos dedicar más tiempo a construir otras formas de legitimidad que potencien alternativas concretas de mejor vida para las mujeres, incluyéndonos a nosotras mismas, desde nuestras posibilidades y perspectivas, desde el Sur, más allá de la letra de las convenciones internacionales y las leyes nacionales.

Considero que la idea de movilizarnos hacia la creación de nuevas legalidades en el Estado está asociada a la idea de que al hacerlo avanzamos hacia un modelo de sociedad donde se realice la justicia de género, así como los movimientos revolucionarios intentaron tomar (o tomaron) el Estado para crear la legalidad del socialismo. Esa utopía parece tan lejana como la anterior pero se diferencia sustancialmente, porque se está planteando desde una perspectiva desarrollista que no implica cambios en las relaciones de producción, o por lo menos no está explicitado (que lo implique), en todo caso queda insinuado en un discurso ambiguo donde las referencias a la "erradicación de la pobreza" parecen más una declaración de complemento que una condición sine qua non para la transformación de las relaciones de género.

Para terminar, cuando se habla de la transición democrática, me pregunto ¿transición hacia qué?, ¿hacia dónde transitamos?... Creo que hay que movilizarse en la creación de mecanismos para que las mujeres se fortalezcan, establezcan redes de solidaridad y puedan tener espacios de participación; que hay que fortalecer una cultura de solidaridad y de cooperación, una cultura alternativa. Esa transición hacia no sabemos qué se tiene que construir desde una propuesta cultural.

DEBATE: FEMINISMO Y ESTADO

"En Nicaragua hemos discutido bastante esta cuestión del Estado y algunas hemos llegado a la conclusión de que no podemos despreciar los espacios que se han venido construyendo y que son útiles para influir en las políticas estatales. El Estado neoliberal no nos ha regalado nada, los espacios los hemos ganado mediante luchas y negociaciones y puedo decir, al menos es mi experiencia, que se pueden conquistar replanteamientos de las políticas peleando desde espacios integrados por el Estado y sectores de la sociedad civil.

Respeto mucho la experiencia de las hondureñas pero yo sí creo que las leyes nos pueden servir si las utilizamos como instrumento de lucha, sí creo que es importante echar preso a un violador, sabemos que sólo con la represión o con las medidas persuasivas no vamos a resolver la violencia contra las mujeres y las niñas pero la coerción sirve porque pone un límite; para nosotras ha sido importante, por ejemplo, que el delito de violación esté considerado como delito público porque ya lo puede denunciar cualquier persona, independientemente de que quiera la mamá de la violada o no..."

"La exposición de Mirta me hace recordar un debate que arrastramos en el movimiento feminista desde hace algunos años y que tiene que ver con la tensión de si dirigimos nuestras propuestas a construir sociedad civil y cambiar la cultura o dirigimos los reclamos hacia el Estado y hacemos de la intervención política nuestro objetivo central. Este debate guarda relación con lo que hemos hablado sobre las concepciones de la izquierda, porque las ideas estatalistas que han predominado en ella -reclamarle todo al Estado y esperar que éste nos solvente todo- pueden llevar a posiciones de delegación y a hacer que el Estado se vuelva más intervencionista y más fuerte.

A mí no me preocupa tanto la posibilidad o no de que los Estados asuman las demandas cuanto qué ideología vamos fomentando de creer que cuando el Estado asume ya está todo resuelto. Ahora bien, dedicarse exclusivamente a crear sociedad civil y cambios culturales tiene el riesgo de infravalorar el problema del Estado, porque tampoco podemos ignorar que el Estado está ahí y que sus acciones nos limitan, nos reprimen, nos coartan. El asunto es, sabiendo que tenemos fuerzas limitadas, analizar en cada momento a qué dedicamos las energías".

"En el tema de las violaciones, nuestra experiencia ha sido que en un principio, efectivamente, sí pusimos mucho énfasis en que la violación se considerara delito contra la libertad sexual de las mujeres, gastamos muchísimas energías en esa campaña y conseguimos la ley; seguimos dando la pelea para que el Estado la aplique tal como queremos las mujeres pero también hemos reflexionado que la acción se queda muy corta si olvidamos la tarea de animar a las mujeres a que denuncien, se defiendan de su culpabilización, no se desmoralicen, etc. Nuestro balance es que hemos gastado demasiadas fuerzas en asuntos estatales desconsiderando otros elementos, que nos hemos dado contra una pared, no hemos conseguido gran cosa y hemos perdido energías en lugar de ganarlas".

"Estas cuestiones me llevan a reflexionar sobre algunas acciones en las que estamos empeñadas en Guatemala, desde la sociedad civil, frente a la impunidad que ha permeado toda la sociedad. La propuesta de la sociedad civil es que se construya el Estado de Derecho pero nosotras estamos cuestionando qué contenido va a tener ese Estado de Derecho y qué posibilidades va a dar para fortalecer la ciudadanía de las mujeres.

Ultimamente hemos denunciado la inconstitucionalidad de tres artículos del Código Penal que tipifican delitos diferentes para un mismo fenómeno: adulterio, en el caso de las mujeres y concubinato, en el caso de los hombres. Analizando la doctrina que ha dado lugar a estas tipificaciones encontramos que se fundamenta en que la mujer es propiedad del hombre y el adulterio es una afrenta a la honra de un ciudadano, mientras que cuando el hombre incurre en lo que nosotras llamamos también adulterio, el delito es menor porque la mujer, al no ser ciudadana, no tiene honra que guardar.

Queremos llevar esta discusión sobre la legalidad y la ciudadanía a lo público y que contribuya a que las mujeres se apropien de sus derechos; sabemos que las leyes por sí mismas no nos garantizan nada pero, ante la ausencia de otros recursos para trabajar los derechos de las mujeres, es fundamental librar las batallas jurídicas al tiempo que trabajamos desde los otros ámbitos".

"Me surge la preocupación de si no estaremos reflexionando en una lógica pendular: antes todas las energías puestas a conquistar espacios en el Estado, ahora una negación total de ese ámbito y una búsqueda de transformaciones culturales. He pensado muchas veces que las mujeres no tendríamos que estar sustituyendo al Estado en sus obligaciones, pero la alternativa de exigirles que satisfagan nuestras necesidades se ve cada día menos factible porque estos Estados neoliberales 'enflaquecen' aceleradamente sus responsabilidades hacia la ciudadanía que paga impuestos.

Lo cierto es que, condicionados cada vez más por los acuerdos internacionales y la dinámica de la globalización, pero los Estados están ahí; está claro que no son el único terreno donde debemos actuar pero no se si podemos ignorar su existencia. Tampoco estoy segura de si nos hemos desprendido de aquella lógica de la toma del poder del Estado o si lo único que hemos hecho ha sido buscar otros medios -no violentos, legales- para lograr cambios en el Estado, pero siempre teniéndolo como referente principal de nuestras actuaciones".

"Este es un tema muy complejo y en Honduras recién empezamos a discutirlo. Lo que nos planteamos en esencia es revisar la óptica con la que estamos viendo el Estado: ¿nos dirigimos con una lógica reivindicativa hacia un Estado neoliberal que no nos va a dar nada ó con una lógica propositiva que nos encamine hacia una propuesta de transición? Nosotras le apostamos a construir propuestas que no necesariamente desconsideren que el Estado está ahí, sino que nos permitan trabajar desde y con otras instancias del sistema político, por ejemplo con el comisionado de Derechos Humanos, para que nos ayude a validar ante la sociedad civil una propuesta cultural de no violencia contra la mujer.

Al principio ocupamos casi todos nuestros esfuerzos en el trabajo hacia el Estado, ahora lo que nos proponemos es pensar más en hacia donde camina la transición del Estado, quién define su rumbo, qué peso tiene la propuesta cultural en ella. Sabemos que Honduras tiene una democracia formal, un Estado neoliberal totalmente establecido, y también un Estado de Derecho cantado a los cuatro vientos donde coexisten la democracia formal política y la falta de democracia social y económica, pero la sociedad civil no tiene una propuesta de transición, no sabemos hacia donde transita el cambio, si hacia el estado liberal o hacia el socialismo, hacia cuál socialismo... Tenemos que empezar a construir esos modelos, tal vez no sean modelos, tal vez no sea una opción sino varias, pero eso implica también enriquecer la propuesta feminista con una mirada mas holística".

GENERO E IDENTIDAD ETNICA EN GUATEMALA

Francisca Alvarez[3]

Se ha hablado mucho en Guatemala sobre la violencia sufrida desde hace muchos años por las poblaciones, particularmente las indígenas, pero poco se ha dicho sobre las implicaciones que estos hechos tienen en la subjetividad de las mujeres. Todavía no se han podido medir las consecuencias de las violaciones a las mujeres como política de guerra, el acoso sexual cotidiano por parte de patrulleros civiles en poblaciones con mayor grado de conflicto, la asunción del rol de proveedoras únicas del hogar, el desarraigo de sus comunidades; tampoco el impacto que les ha producido el haberse organizado o el acceso a nuevos roles.

Se habla de la situación de las mujeres en términos de carencias económicas y sociales pero poco de la violencia cotidiana, intradoméstica y las relaciones de subordinación en que vivimos en relación a los hombres. También entre los indígenas en general se reconoce la desigualdad de las mujeres, pero solamente en lo que hace a su relación con el Estado, no en la relación entre hombres y mujeres.

En cuanto a las reivindicaciones étnicas, se dice que tenemos derecho a reproducir nuestra cultura y que, en ese sentido, las mujeres jugamos un papel importante. Se habla de esa reproducción de nuestra cultura en términos "ideales", como cediéndonos un "honor", como si debiéramos estar "orgullosas" de ese papel reproductor. Papel que se refiere no sólo al hecho de que debemos tener más hijos mayas sino a que debemos transmitirles nuestro "legado cultural". Pero eso significa para las mujeres mayas seguir asumiendo un papel que, en todo caso, debe ser compartido con los hombres mayas pues no es sólo una responsabilidad de las mujeres.

El ser consideradas las transmisoras "privilegiadas" de nuestra cultura tiene como consecuencia que debemos adecuarnos a ciertas "normas" y "valores", cumplir con una cierta "moral", porque para asumir la responsabilidad de transmitir nuestra cultura tenemos que ser mujeres "intachables", actuar como mujeres "ideales", es decir, comportarnos según el modelo aprehendido socialmente en una sociedad desigual en términos de género.

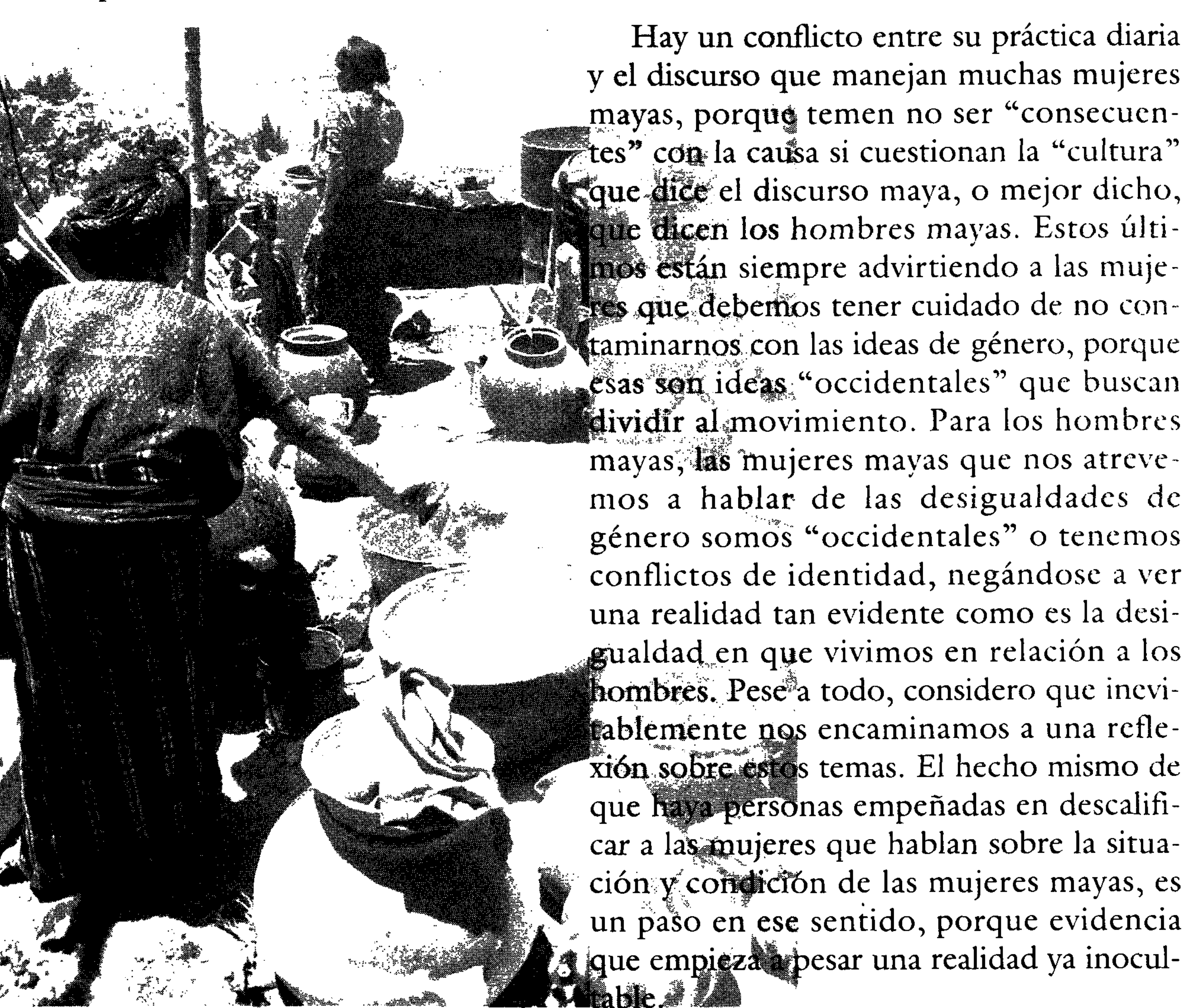
Gran parte del discurso sobre nuestra cultura está idealizado. Se dice que en la cosmovisión maya el hombre y la mujer son complementarios, que hay una igualdad entre ambos, sin embargo, suponiendo que en la cosmovisión maya eso fuera así, no es parte de los principios, valores y prácticas cotidianas de los hombres y mujeres mayas en la actualidad.

3 *Trabajora social guatemalteca, trabaja actualmente en AVANCSO.*

También se argumenta que, si existiera la desigualdad entre hombres y mujeres, ésta no sería propia de la cultura maya sino algo aprendido del "occidente". No he estudiado el tema para saber si eso es realmente así, lo que sí es real y cotidiano son las prácticas de opresión hacia las mujeres, que están profundamente arraigadas y cuyos protagonistas son los mismos hombres mayas.

La violencia doméstica física y verbal, especialmente cuando los hombres están ebrios, es una práctica cotidiana en muchas de nuestras comunidades que no se puede negar; la celebración y alegría cuando nace un varón en una familia también es un hecho cotidiano, como lo es el que casi siempre son los hijos los que son motivados para estudiar, sólo para mencionar los ejemplos más visibles.

En Guatemala, debido a políticas de muchas organizaciones no gubernamentales, se aborda el tema de género, lo que de alguna manera ha permeado el discurso de las organizaciones indígenas. Lo interesante de ésto es que la participación de las mujeres en estas organizaciones, además de su práctica política en la historia reciente de las mismas, genera en ellas cierto descontento hacia la forma en que se maneja la relación real entre géneros. No obstante, su discurso sigue afirmando que la cosmovisión maya es de complementariedad.



Hay un conflicto entre su práctica diaria y el discurso que manejan muchas mujeres mayas, porque temen no ser "consecuentes" con la causa si cuestionan la "cultura" que dice el discurso maya, o mejor dicho, que dicen los hombres mayas. Estos últimos están siempre advirtiendo a las mujeres que debemos tener cuidado de no contaminarnos con las ideas de género, porque esas son ideas "occidentales" que buscan dividir al movimiento. Para los hombres mayas, las mujeres mayas que nos atrevemos a hablar de las desigualdades de género somos "occidentales" o tenemos conflictos de identidad, negándose a ver una realidad tan evidente como es la desigualdad en que vivimos en relación a los hombres. Pese a todo, considero que inevitablemente nos encaminamos a una reflexión sobre estos temas. El hecho mismo de que haya personas empeñadas en descalificar a las mujeres que hablan sobre la situación y condición de las mujeres mayas, es un paso en ese sentido, porque evidencia que empieza a pesar una realidad ya inocultable.

FEMINISMO, PODER Y GUERRA EN NICARAGUA

Gloria Ordóñez[4] y Olga María Espinoza[5]

El movimiento de mujeres en Nicaragua tiene sus antecedentes ligados a las luchas populares contra el somocismo; una de sus primeras experiencias organizativas fue AMPRONAC, creada en 1987 por un grupo de mujeres, en su mayoría madres, que luchaban por los derechos humanos y apoyaban el derrocamiento de la dictadura somocista. Con el triunfo de la revolución sandinista, el Frente convierte AMPRONAC en AMNLAE y le asigna -en tanto ejecutora de la política partidaria hacia las mujeres- la tarea de organizar fuerzas femeninas para el apoyo a la reconstrucción nacional y al proceso revolucionario.

Muchas decíamos, en los primeros años de la revolución, que no veíamos sentido a incorporarnos a AMNLAE porque realizaba las mismas actividades que el resto de organismos de masas sandinistas. Algunas feministas planteamos siempre que AMNLAE tenía que ser diferente a lo que era, liberarse de las directrices del partido pero eso nunca ocurrió. A mediados de los años 80 se crean espacios de mujeres en las organizaciones sindicales y aparecen los primeros espacios autónomos feministas. De ahí en adelante fuimos generando diversos espacios de reflexión y sumando fuerzas con otros grupos de mujeres que iban conquistando su autonomía respecto al partido; articulábamos la perspectiva de género y la lucha clasista, debatíamos sobre el alcance y significado de la autonomía de las mujeres, peleábamos por ocupar espacios de liderazgo que nos visibilizaran como mujeres y el aporte que hacíamos a la revolución. No obstante, en repetidas ocasiones el partido nos mandaba callar... y entonces nos metíamos cada cual en nuestro "chiringuito", tratando de acumular más fuerza organizada de mujeres.

Balance de una década de revolución y guerra

A finales de la década pasada las feministas contábamos con menos apoyo por parte del oficialismo sandinista pero seguíamos sumando fuerzas, sin dar grandes debates públicos aunque llegamos a organizar concertaciones clandestinas de organismos de mujeres con alguna eficacia. El balance de esa década muestra que si bien todas las actuaciones de las organizaciones sociales estaban dirigidas desde el Frente Sandinista, también

4 *Feminista nicaraguense. Fue enfermera y combatiente del BLI Juan Pablo Umanzor. Actualmente es actriz-educadora en el grupo de teatro "Nuestras Voces" e integrante del Colectivo de Mujeres de Matagalpa.*

5 *Feminista nicaraguense. Fue dirigente de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) durante la revolución sandinista. Actualmente coordina el Cómité de Mujeres Rurales.*

hubo brotes de rebeldía feminista en varios sectores de mujeres. A pesar de que la conducción sandinista bloqueaba autoritariamente muchas de nuestras iniciativas, a pesar de que los estilos verticales permeaban incluso nuestras maneras de hacer, a pesar de las frustraciones que acumulábamos, avanzamos.

Durante la década de gobierno sandinista las nicaraguenses tuvimos importantes logros en cuanto a participación política. No se llegó a transformar la situación de las mujeres ni tampoco acumulamos suficiente poder, la mejor prueba de ello fue la desbandada en que salimos tras la derrota electoral del Frente, pero sí ocupamos algunos espacios importantes e incidimos en algunas políticas estatales, por ejemplo en torno a la planificación familiar, la alfabetización y las guarderías, algunos cambios en las relaciones entre padres, madres y adolescentes, aunque fue en el nivel de la cultura donde menos cambios hubo, las leyes quedaron intactas tras una década de gobierno revolucionario. No obstante, hubo una acumulación de experiencia política que se tradujo en mayores niveles de autoestima y autoafirmación femeninas.

La guerra que tuvo que librar el proyecto sandinista nos implicó fuertemente a las mujeres -aunque en menor medida de lo que las salvadoreñas se involucraron en su guerra civil. No hemos hecho en Nicaragua una investigación sobre estos asuntos pero lo que sí está claro es que la guerra fue usada como excusa para obligarnos a posponer nuestras demandas como mujeres, cada vez que las planteábamos nos respondían que era prioritario defender el proyecto revolucionario, ganar la guerra, etc. Algunas interiorizamos fuertemente esa excusa y llegamos a sentir que eran exageradas algunas demandas que hacíamos en aquella época y no nos atrevimos a mantenerlas hasta el final; oyendo los regaños de los dirigentes pensábamos "sí, quizás es demasiado pedir en este contexto"...

Durante la guerra el movimiento no logró expandirse gran cosa en términos organizativos; hubo focos de activistas en el movimiento sindical y en otros gremios, algunos grupos autónomos y algunas feministas actuando de forma independiente pero los espacios para la participación de las mujeres -como movimiento- eran muy reducidos y las prioridades estatales o del Frente poco tenían que ver con las nuestras.

Feminismo y movimiento de mujeres tras la derrota sandinista

A partir de la derrota electoral del Frente Sandinista el panorama del feminismo cambia sustancialmente en Nicaragua; el movimiento de mujeres se amplía, diversifica sus liderazgos, sus ejes de lucha y sus formas de organización. En marzo de 1991 una gran cantidad de grupos de mujeres organizamos el "Festival de las 52%", que constituyó la

primera actividad realmente autónoma del movimiento y ocasionó en muchas de las participantes culpas por haber traicionado la lealtad al partido, a AMNLAE, a la revolución. Esta fue la primera manifestación pública del movimiento autónomo de mujeres pero el partido no tardó en tratar de deslegitimarnos diciendo que era un encuentro de lesbianas, burguesas, desviadas.

Animadas por el éxito del mencionado festival, en enero del 92 las feministas tratamos de darle articulación al movimiento de mujeres organizando el Primer Encuentro Nacional de Mujeres; nuestro interés principal no era solamente definir las demandas prioritarias sino organizarnos para luchar eficazmente por ellas. No fue posible lograrlo -en parte por las secuelas de la cultura política que aprendimos durante el período sandinista- y nos dividimos en dos bloques en base a las diferentes concepciones sobre la estrategia de construcción del movimiento. Perdimos una gran oportunidad de articularnos establemente y lo que salió del encuentro fue algunos espacios de coordinación, las "redes" temáticas, algunas de las cuales todavía persisten y han demostrado ser espacios útiles para el intercambio y la acción conjunta alrededor de temas de interés (violencia, salud reproductiva, etc.).

Algunas feministas salimos de ese encuentro con mucha rabia y frustración, mismas que canalizamos hacia la conformación, un tiempo después, del Comité Nacional Feminista. Trabajamos en la preparación del Encuentro Centroamericano de Mujeres (1992) y del VI Encuentro Feminista Latinoamericano y de El Caribe (1993). Durante más de dos años, alrededor de treinta grupos de mujeres y feministas de todo el país elaboramos propuestas hacia el Estado y logramos consensos importantes pero el espacio empezó a decaer, fracturado de nuevo por las pugnas de liderazgos y las altas dosis de intolerancia e impaciencia.

Cinco años después de haber conquistado su autonomía respecto al partido-Estado, el movimiento de mujeres nicaraguense tiene vida propia y un conjunto de propuestas a la sociedad civil y al Estado; ha generado espacios de reflexión y de elaboración teórica sobre una multitud de temas que van desde la violencia contra las mujeres hasta el lesbianismo y la sexualidad libre de prejuicios. Actualmente tratamos de darles fuerza a los espacios unitarios que hemos ido construyendo y de superar la fragmentación que nos ha caracterizado siempre.

El movimiento hoy no tiene un sólo eje de lucha ni una única expresión organizativa, más bien es el reino de la diversidad y la pluralidad y esa es una de sus virtudes: reunir diferentes expresiones organizativas que actúan en espacios diversos con propuestas que inciden también a diferentes niveles, aunque hay también un accionar conjunto del movimiento en determinadas campañas y fechas, en pos de intereses compartidos.

DEBATE: FEMINISMO NICARAGUENSE EN LOS AÑOS 90

"Lo que más admiro del movimiento feminista nicaraguense es su capacidad de meterse en todos los problemas concretos del país. Los grupos de mujeres sí inciden, los he visto en Matagalpa metiéndose en el nombramiento de las médicas forenses, rodeando a la policía con una pancarta, peleando en el Ministerio de Salud, en el Ministerio de Educación, en mil y una cosas, no hay un problema concreto de la sociedad en el que los grupos de mujeres no se hayan metido de alguna manera.

También me atrae su capacidad de ganar mujeres más allá de las que ya están trabajando en las organizaciones. Recuerdo la primera vez que me invitaron a una reunión de la red de violencia, cuando les pregunté por qué me habían invitado, una de ellas dijo que siendo yo una mujer comandante, era una aliada del movimiento feminista, y casi todas saltaron y dijeron 'no, ella no es una aliada, es parte de nosotras' y eso me llegó. Desde ese momento me sentí parte de, y no una aliada a la que las feministas trataban de ganar, y detrás de mí se han ganado a un montón de policías, hombres y mujeres; el movimiento es respetado y temido dentro de la policía, se nos metieron por la rendija de las comisarías de mujeres y están llegando a denunciar a jefes de la policía que han intentado violar a compañeras, cosas que eran impensables hace algunos años. Esa capacidad de pelea del movimiento de mujeres, esa terquedad en la lucha, en cierta forma es reflejo de la experiencia de tantos años de organización que ha tenido la mayoría de compañeras que están en el movimiento feminista.

¿Qué le pediría yo al movimiento feminista? Uno, que estemos unidas; a través del trabajo de las comisarías he podido detectar no sólo las contradicciones sino también las rivalidades que son lamentables, lo difícil que es pasar más allá de una concertación de voluntades a concertar acciones concretas. Lo otro que pediría es que nos den a las mujeres que estamos dentro de los movimientos revolucionarios instrumentos que nos permitan integrar esa revolución feminista con la revolución 'otra' que tratamos de hacer, o que todavía no hemos renunciado a hacerla, que nos ayuden a encontrar qué hacer desde dentro de instituciones tan rígidas como en las que muchas estamos, cómo echar a andar toda esta revolución tan bella que las feministas plantean".

"No se qué efectos ha tenido en el movimiento feminista la afectación no tanto de la guerra sino del Frente Sandinista, sobre sus maneras de organizarse y sus contenidos de lucha, pero me atrevo a decir que, actualmente, tenemos que discutir más sobre el feminismo que tenemos en Nicaragua. La ponencia de Mirta me hace identificar ese tipo de problemas también entre nosotras; me parece que todavía tenemos un feminismo importado y guiado desde arriba por una dirección centralizada de lideresas, que esperan que muchas mujeres y organizaciones se les sumen, un feminismo de esclarecidas versus seguidoras, de intelectuales versus mujeres de base... No estoy en contra de importar teorías, creo que eso no es ningún pecado, pero siento que hay un vacío que tenemos que llenar en cada país; en nuestro caso, hemos de reflexionar sobre la forma en que nuestra historia nacional, nuestra cultura, la participación de las mujeres y la pobreza, generan un feminismo nica diferente del hondureño o del europeo..."

"En Nicaragua hay un núcleo bastante amplio de feministas pero no tenemos articulación entre nosotras, nos identificamos con el movimiento de mujeres pero no hemos logrado insertar nuestras propuestas en él, aún cuando estoy convencida de que representan los intereses, las espectativas y las demandas de las mujeres. Mi reflexión es que hay que ponerle atención a la cultura política que tanto nos ha marcado, a la forma en que aprendimos a hacer política en los partidos y en las organizaciones mixtas, a las maneras que tenemos de hacer política tal y como ésta ha sido concebida y practicada por los hombres.

Las feministas rechazamos parte de esas prácticas políticas pero aún no sabemos cómo hacer para incluir nuestras reivindicaciones en los proyectos políticos sin perder nuestra identidad de mujeres. Estoy convencida de que si logramos aterrizar el pensamiento feminista encontraremos vías para ser incluidas dentro de los diversos proyectos políticos, sea que participemos en ellos de forma autónoma o a través de un partido o de organizaciones mixtas".

"Quiero decir que nunca antes me había preguntado qué impacto ha tenido la guerra sobre la subjetividad, la maternidad y la sexualidad de las mujeres. Ha sido en este foro que he empezado a hacerme estas preguntas y lo que siento es que nosotras, las nicas, nunca llegamos a ensalzar la guerra pero sí ensalzamos la defensa del proyecto revolucionario, y ello nos dejó algunos logros pero también sinsabores e inconvenientes parecidos a los que las salvadoreñas expresan, por ejemplo el reforzamiento de valores tradicionales en torno a la maternidad y otros más; no obstante, creo que no salimos del proceso con tanta rabia como ellas, pero sí desencantadas y convencidas de que no basta integrarse a un partido y a la lucha revolucionaria para conquistar los derechos de las mujeres".

POSGUERRA, EX-GUERRILLERAS Y FEMINISMO EN EL SALVADOR[6]

Morena Herrera[7]

¿Para qué sirvieron doce años de guerra, setenta mil víctimas, millones de colones en infraestructura destruída? ¿Qué obtuvimos de esta guerra? ¿Mereció la pena tanta muerte y destrucción? Estas y otras preguntas flotaban en el ambiente cuando llegó al país la noticia de que el 16 de enero de 1992 se firmarían, por fin, los Acuerdos de Paz. Para buena parte de los guerrilleros y guerrilleras, la paz negociada no era la meta por la que habían combatido durante tantos años; en su fantasía, el triunfo llegaría entrando victoriosos en la Plaza Libertad de San Salvador, tomando control total sobre el poder político estatal.

La llegada de la paz generó sentimientos contradictorios también en muchas de las mujeres combatientes y colaboradoras del FMLN: sintieron alegría por la firma de los Acuerdos pero no pudieron evitar las dudas sobre el alcance de lo logrado y el temor de que la paz no fuera sostenible. Tenían claro que no querían más guerra pero, para las más conscientes, el futuro no aparecía claramente dibujado.

Ausentes, marginadas, olvidadas

Los Acuerdos establecieron diciembre de 1992 como la fecha tope en que el FMLN debía entregar sus armas y desmovilizarse totalmente. Sin embargo, no todas las mujeres que participaron en la guerrilla se desmovilizaron; a las que estuvieron en los comandos urbanos la no desmovilización les generó durante mucho tiempo -algunas hasta el día de hoy- conflictos de identidad: no pueden reconocerse y valorarse a sí mismas como ex-guerrilleras porque nunca se hizo pública su participación ni recibieron reconocimiento de ningún tipo por lo que hicieron. El FMLN ha negado sistemáticamente la existencia de los comandos urbanos y aún en julio de 1995 se negaba a dar cuentas públicamente sobre cómo fueron esas estructuras, hasta cuando existieron y qué fue de sus integrantes.

Las que sí se desmovilizaron, unas lo hicieron como ex-combatientes y otras fueron verificadas como parte de las estructuras político-partidarias; los beneficios en ambos

6 *Lo que sigue es una apretada síntesis del capítulo dedicado a las secuelas de la guerra en las mujeres que fueron combatientes y colaboradoras del FMLN, y sus actitudes actuales hacia el movimiento de mujeres (resultado de la investigación sobre el impacto de la guerra en las concepciones y prácticas de la sexualidad y la maternidad de las mujeres salvadoreñas, realizada por Las Dignas en 1995).*

7 *Feminista salvadoreña, fue guerrillera y dirigente del FMLN. Actualmente forma parte de la coordinación de Las Dignas.*

casos eran diferentes, menores en el caso de las últimas. No son pocas las ex-guerrilleras que aseguran que en la implementación de los planes de reinserción hubo favoritismos y marginaciones; además, para acceder a determinados programas de reinserción fueron tomados en cuenta los rangos militares adquiridos y, dado que las mujeres no llegaron a los puestos de mando militar o político en la misma proporción que los hombres, las condiciones en que se han reinsertado en la vida civil han sido notoriamente peores.

Las que tuvieron acceso a créditos para adquirir tierras y vivienda no tienen ingresos suficientes para pagar los intereses y viven cotidianamente con el temor de cual será la reacción de los organismos financieros ante la mora o el impago. No se han creado nuevas fuentes de trabajo para tantas mujeres que quedaron desempleadas y las capacitaciones recibidas les han abierto pocas oportunidades distintas a las de ser obreras en la maquila o subempleadas en el sector informal.

Por otro lado, siempre fue evidente que las campesinas colaboradoras del FMLN estaban siendo ignoradas por los Acuerdos de Paz: ellas fueron "la base social que se olvidó" en la mesa de las negociaciones. Se sintieron traicionadas pero no han sabido moverse en la burocracia de la reinserción; aunque pudieron desenvolverse con gran capacidad durante la guerra para conseguir cosas para otros, ahora les paraliza el pensar que lo que consigan será en su propio beneficio y optan por la inactividad y el resentimiento; también fantasean con la idea de que aquéllos que un día les llamaron "madres" regresen y les recompensen; sienten que degradarían su condición maternal si se atreven a reclamarles por su ingratitud y prefieren callarse.

El balance general es que los Acuerdos de Paz no han beneficiado a las mujeres que, de una u otra manera, contribuyeron a hacer y sostener la guerra, particularmente a quienes realizaron funciones maternales hacia las columnas guerrilleras. Más aún, de sus testimonios se puede deducir que aún las que llegaron a los tiempos de paz con su mejor dotación de esperanza, han tenido en los últimos años abundantes razones para aumentar día a día su descreimiento hacia la organización político-militar que las motivó a "dar sus vidas por un ideal".

Víctimas de la traumatización extrema

A la situación anteriormente descrita se agrega que muchas de estas mujeres han sido víctimas de traumatización extrema y sufren actualmente las secuelas de los duelos no elaborados por las pérdidas de sus familiares y por la desesperación de haber vivido tanto sufrimiento. Lo que para la mayoría comenzó siendo un compromiso personal por el cambio, fue transformándose en una realidad de muerte y destrucción que dolía y llenaba de horror. Muchas dicen que nunca se hubieran imaginado capaces de hacer lo que hicieron; la necesidad de sobrevivir las llevó a soportar situaciones espantosas que se manifiestan ahora en forma de dolores en el cuerpo (taquicardias, úlceras,

desvanecimientos), en angustias y depresiones constantes (ante el ruido de un helicóptero, en un aniversario, al pasar por el escenario de una batalla o recordar una "guinda") y en una seria dificultad para establecer relaciones afectivas.

El abandono casi total de la problemática de salud mental en el trabajo actual del FMLN es una muestra más de la poca consideración que le merecen los aspectos subjetivos, no sólo de las mujeres sino del conjunto de la población que le apoyó en la guerra o fue víctima de su estrategia fallida para la toma del poder. Ninguna de las recomendaciones de la Comisión de la Verdad tendentes a reparar el daño moral sufrido por las víctimas de la guerra ha sido llevada a cabo, ni las fuerzas sociales y políticas han presionado para ello.

Las mujeres no sólo tienen que cargar en soledad con sus dolores emocionales sino que además han de reinsertarse a una sociedad que trata de olvidar doce años de guerra civil, que remueve la historia exclusivamente con fines políticos y no para reparar el daño colectivo de una población traumatizada. Una revisión colectiva de los costos emocionales de la guerra permitiría a las mujeres entender sus sufrimientos personales, validarlos como resultado de un proceso histórico que rompió la normalidad de sus vidas, y dejar de verlos como patologías individuales. La imposibilidad de hacerlo trae como resultado amargura, resentimiento y la sensación de que ellas ya no tienen lugar en la reconstrucción del país.

"Mujeres-montaña": vivencias de posguerra

El desconcierto de los primeros meses de la posguerra fue acompañado del recuento personal de lo que cada quien perdió en la guerra y también de las posibles ganancias. Pasados los primeros meses de reencuentros y celebraciones, la vuelta a la normalidad ha dejado a muchas perplejas. A las ex-colaboradoras les desorienta sobre todo tanta libertad de acción después de haber vivido bajo la conducción de alguien que les ordenaba lo que tenían que hacer en cada momento; ahora sienten que su vida carece de rumbo, nadie les encomienda tareas importantes o riesgosas.

Al encontrarse encerradas en las paredes de su casa, con hombres e hijos/as que empiezan a desengañarse de tantas promesas incumplidas, también ellas han entrado en una profunda depresión. Lo que dió sentido a su vida durante muchos años ya no existe más, los "muchachos" regresaron a la ciudad y la vida ha vuelto a ser igual a la de antes de la guerra, con la ventaja de vivir sin el temor a la muerte pero con la desventaja de que ya no hay quién las valore por lo que hacen. También les deprime que los hombres hayan vuelto a beber y a golpearlas, cuando esos comportamientos habían sido bastante controlados durante la guerra. Adicionalmente, constatar que "la organización que les había hecho sentir el cuerpo grande" ya no tiene tanto poder en sus comunidades, les genera sentimientos de indefensión e impotencia.

Las mujeres fueron la “montaña nutriente” indispensable mientras la guerra fue el eje central de la lucha revolucionaria. Ahora que el escenario se ha trasladado a la esfera democrática, cuando los ex-guerrilleros tratan de dejar atrás sus formas confrontativas para desenvolverse en las lides de la concertación, ellas descubren que ya no tienen cabida en las nuevas estrategias partidarias.

La convocatoria como ciudadanas no les atrae y eso es notorio al analizar los resultados de las elecciones de 1994: el FMLN daba por sentado que ganaría en todas las zonas que controló durante la guerra, sin embargo los resultados fueron muy diferentes. Las mujeres, consciente o inconscientemente, les cobraron con su abstención o su voto en contra el reclutamiento de sus hijos, su olvido en los Acuerdos de Paz, el trastocamiento de algunos aspectos de su vida que ahora ya no saben cómo integrar.

Impacto de la guerra en la sexualidad y la maternidad

De una u otra manera, la participación en la guerra impactó en las concepciones y prácticas sexuales de todas las guerrilleras. Algunas de las que estuvieron acampamentadas reconocen que su paso por la guerrilla les hizo romper con muchos de los mitos y tabúes que llevaron consigo al monte; también parte de las comandos urbanas expresan que ahora ven el tema sin prejuicios, se sienten autoafirmadas para demandar a su pareja lo que desean y son menos tradicionales en sus concepciones. Le perdieron el miedo a la sexualidad y aceptan que las mujeres pueden tomar la iniciativa y decidir en este terreno.

Sin embargo, aquéllas que no tuvieron más opción que adaptarse a la separación física de sus parejas o tolerar resignadamente las infidelidades de los compañeros, la promiscuidad o el acoso sexual de los mandos, hoy sienten que, felizmente, la paz ha llevado de nuevo “las aguas a su cauce” y por tanto, han cerrado el paréntesis de excepcionalidad sin haber modificado sensiblemente sus ideas sobre la sexualidad. Para un tercer grupo, más minoritario y de origen urbano, que optó por la abstinencia sexual durante la guerra, los tiempos de paz le han traido resentimiento -por las oportunidades perdidas- junto con la satisfacción de no haber caido en comportamientos promiscuos.

Las ex-guerrilleras señalan que también sus concepciones y actitudes en el terreno de la maternidad fueron modificadas a causa de su participación en la guerra. Quizás por haber sido madres en condiciones de gran riesgo, valoran hoy más la responsabilidad de traer hijos al mundo y parecen ser más conscientes del derecho a decidir los hijos que quieren tener; señalan que los valores adquiridos en los campamentos tales como la solidaridad entre compañeros, la generosidad y el compromiso, el amor a la vida aprendido en medio de tanta muerte y destrucción, forman parte del acervo moral que desean transmitir a sus hijos e hijas.

Además, las vivencias maternales durante la guerra han llevado a muchas a transformar las pautas de relación con sus hijos: tratan de escucharlos, hablan con ellos, les dedican más tiempo para compensar el abandono del pasado. Sin embargo, es evidente que la guerra no les ha llevado a reflexionar sobre la construcción del deseo de ser madre: aunque pospusieron la maternidad porque resultaba incompatible con las tareas guerrilleras, las mujeres continuaron pensando que una vez terminada la guerra podrían concretar el nunca cuestionado deseo de ser madres.

Actualmente, las vivencias más desgarradoras son las de aquellas mujeres que dejaron sus criaturas con otras personas para irse al frente. Los lazos afectivos entre unas y otras se hicieron muy fuertes y las madres biológicas temen haber perdido definitivamente a sus hijos/as; las dudas y las culpas vuelven esta situación muy angustiosa para las mujeres, muchas están intentando rehacer sus relaciones pero no aceptan la posibilidad de recuperar el afecto de sus hijos e hijas si no está basado en el reconocimiento social de que son sus madres; a otras les inmoviliza el dolor de haberlos abandonado, se sienten malas madres y creen que nunca harán lo suficiente para compensar lo que hicieron. Lo que hasta hace tres años fue vivenciado como un acto de generosidad revolucionaria ahora lo viven como equivocación; entre las que fueron guerrilleras es generalizada la opinión de que, de todo lo que hicieron durante la guerra, abandonar a sus hijos e hijas es la decisión de la que más se arrepienten.

Llegada la paz, la búsqueda compulsiva de las criaturas que se quedaron con otras personas y el elevado número de embarazos nos llevan a concluir que la maternidad sigue siendo una meta importante para las mujeres que participaron en la guerra. Por otra parte, el silencio del FMLN en torno a la compleja recomposición de los vínculos madre-hijo/a y los conflictos que se generaron en los niños y niñas, sus madres biológicas y las mujeres que se encargaron de cuidarlos, es una de las más lamentables manifestaciones de su desconsideración hacia los sentimientos de las personas y de su incapacidad para potenciar nuevas formas de relación humana cuando las tradicionales entran en crisis.

La experiencia de las campesinas colaboradoras del FMLN es bastante distinta a la de las guerrilleras. La guerra dejó intactas sus concepciones y prácticas sexuales y no modificó sustancialmente sus relaciones de pareja ni sus concepciones sobre la maternidad, más bien al contrario, en ciertos aspectos, estas mujeres salieron de la guerra más

tradicionalmente femeninas y maternales de lo que entraron en ella: ratificaron que los hombres sólo abusan de ellas, las preñan y las abandonan, fueron las madres de los muchachos y ahora son las abuelas de las criaturas que las guerrilleras les encargaron o les dejan a cuidar para poder ganarse la vida.

El discurso de las organizaciones de mujeres en torno a los derechos femeninos no les llega mucho porque los roles ejercidos durante la guerra fortalecieron sobre todo su identidad maternal; su actitud actual no es de rebeldía ni de reivindicación de elementales derechos como ciudadanas sino más bien de resignación ante una división genérica que consideran inmodificable: si los hombres son así (irresponsables, machistas, bebedores y un tanto infantiles) y así serán, a las mujeres sólo les queda aprender a defenderse de ellos. El cuestionamiento de las identidades masculinas y femeninas, la injusticia contenida en las desigualdades entre los géneros, los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, son temas que les resultan muy abstractos para dedicarles sus agotadas energías.

Ausencia de referentes y de propuestas

La posibilidad de que los cambios ocurridos durante la guerra transciendan al período del conflicto se ha visto drásticamente limitada por la carencia, pasada y actual, de referentes ideológicos progresistas en relación a la sexualidad y la maternidad. Las mujeres perciben que las modificaciones de sus prácticas sexuales y maternales fueron coyunturales, producto del momento e inevitables debido a las circunstancias de la guerra, pero no consiguen ubicarlas como una oportunidad de cuestionar los esquemas tradicionales de la feminidad. Su incapacidad para reinterpretar dichos cambios en un sentido liberador muestra la debilidad de un proyecto -el del FMLN- que puso más énfasis en la destrucción (material y simbólica) de lo que consideraba un orden opresivo, que en el diseño de nuevos valores y modelos de vida, tanto para sus militantes como para el pueblo del que decía ser representante histórico. El FMLN careció de referentes teóricos progresistas sobre la sexualidad y la maternidad, lo que le impidió interpretar en un sentido crítico constructivo los cambios realmente ocurridos en este terreno.

El saldo actual es que muchas ex-combatientes niegan, distorsionan o viven con culpa sus experiencias durante la guerra, mecanismos que se intensifican en un ambiente de posguerra en el que han ganado fuerza las posiciones más conservadoras sobre los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Las más, rechazan actualmente la propuesta feminista porque los debates sobre sexualidad y maternidad les harían revisar su experiencia pasada. Sólo aquéllas que han podido reelaborar sus vivencias a la luz de nuevos conceptos, feministas en general, tienen hoy una cierta conciencia sobre los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y disponen de una interpretación en clave de género sobre la discriminación de que fueron objeto en el FMLN.

No obstante, estas últimas son muy pocas. La mayoría de las ex-combatientes y ex-colaboradoras se mantiene recelosa y distante del movimiento de mujeres, expresa serias dudas sobre la utilidad de los organismos de mujeres y en general, no le gusta trabajar con mujeres. Sus argumentos van desde el rechazo a los planteamientos de algunos grupos "por demasiado feministas", "sólo sirven para meter pleito en los hogares" o "no han interpretado bien eso del género", hasta el desagrado que les producen "los pleitos entre mujeres" o "las peleas de poder entre las mujeres y los hombres del partido". Alguna que otra añora la armonía de antes en los equipos mixtos, y no entienden los reclamos actuales de sus antiguas compañeras de lucha.

Un buen contingente de la población femenina activa durante la guerra tiene deseos de canalizar sus energías vitales hacia proyectos distintos a la domesticidad, deseo que no ha encontrado vías de realización en un FMLN volcado hoy al desempeño de una política institucional en la que están ausentes las mujeres y sus demandas. Buena parte del desencanto actual de las mujeres se debe a que el FMLN no reivindica su aporte en el pasado; se sienten olvidadas y desvalorizadas, y expresan su resentimiento no atendiendo su llamado a la participación electoral o votando en su contra.

El deseo de seguir participando guarda relación con el balance que las mujeres hacen sobre su participación en la guerra, pero también está mediatizado por las dificultades que han tenido para elaborar los duelos por las innumerables pérdidas sufridas durante el conflicto, lo que se traduce en el presente en diversas somatizaciones, salud mental deteriorada y desesperanza ante la nueva situación económica y política.

En resumen, el activo involucramiento de las mujeres en la guerra no se ha traducido, en tiempos de paz, en activa reivindicación de sus derechos como mujeres y menos aún en conciencia de sus derechos sexuales y reproductivos. La sexualidad y la maternidad son los grandes temas ausentes del feminismo salvadoreño. No fueron mencionados en ninguna plataforma de los partidos contendientes en las elecciones de 1994 ni movilizan a las organizaciones de mujeres existentes -la mayoría de las cuales invierten sus energías en el proceso de reconstrucción nacional y consideran ocioso y contraproducente enfocar sus recursos hacia la lucha por los derechos sexuales y reproductivos.

De cara a potenciar esta lucha se hace urgente disponer de referentes éticos, ideológicos y políticos que permitan a las mujeres reinterpretar positivamente sus experiencias vividas en estos ámbitos, liberadas de concepciones represivas y dobles moralidades sexistas. Esta reinterpretación, además de desculpabilizarlas por lo que hicieron o dejaron de hacer, les permitiría un balance más positivo de su participación en la guerra y seguramente, entender el momento actual como una situación de crisis que les abre las puertas a un replanteamiento de sus valores y del sentido de sus vidas.

DEBATE: POSGUERRA Y MOVIMIENTO DE MUJERES

“El movimiento de mujeres en El Salvador todavía está muy permeado por una hiper-colectivización que anula la individualidad y nos hace caer en contínuas crisis de representatividad, porque se piensa que una individua nunca puede ser reconocida como síntesis de un sentir colectivo, se la ve siempre como ansiosa de protagonismo. Hay muy pocos espacios de autonomía, aunque algunas digan que son autónomas y están desconectadas del partido, en su pensamiento y su actuación hacen que el partido sea la figura omnipresente que determina las relaciones entre nosotras y la forma de conducción en el movimiento”.

“Hemos de reconocer que en El Salvador las organizaciones de mujeres surgimos de los partidos de izquierda; no sólo venimos de la izquierda sino que además venimos de cinco organizaciones de izquierda diferentes, como mínimo, y eso tuvo su incidencia negativa en el movimiento, cuando nos juntábamos las de un solo ‘padre’ estábamos bien pero cuando nos juntábamos las de dos ‘padres’ nos sentíamos incómodas, cuando estábamos las de los cinco ya era total desorden. Había mucho sectarismo, recelos hacia las doble-militantes, desconfianzas hacia las independientes porque ‘a saber quién está detrás de ellas’, cada cual nos creíamos en posesión de la verdad absoluta. Buscábamos métodos propios de mujeres y caímos de nuevo en los métodos militares: que las jefas tiren línea y las subalternas la ejecutamos. Teníamos mucha rabia contra el partido pero en lugar de canalizarla hacia las estructuras debidas la enfocamos hacia las mujeres de esos partidos que estaban en el movimiento”.

"Hemos tenido también algunos logros, no todo han sido desgracias. Hemos hecho fuertes debates que nos han permitido aclarar posiciones, debates de los que hemos salido llorando pero a la vez claras de lo que está pensando cada una, de por qué las doble-militantes desconfían de las feministas autónomas, de si en el partido desconfían de mí porque soy feminista y las feministas porque soy del partido... Ese tipo de cosas las hemos podido hablar con todo y el miedo que nos daba, pero sacamos cosas en claro para poder hacer alianzas entre nosotras. Ese famoso eslogan de 'la unidad en la diversidad' cuesta un montonazo llevarlo a la práctica pero lo estamos intentando, no pensamos que sea imposible".

"A partir de estas reflexiones empiezo a entender el por qué de la desesperanza que hemos sentido a veces por la poca convocatoria que tenemos como movimiento y la poca articulación de nuestro quehacer. En la guerra se trastocaron los roles tradicionales de las mujeres pero no de manera consciente sino por las exigencias que ésta imponía a las mujeres; creo que si no abordamos ese trastoque de roles y no lo elaboramos, va a seguir habiendo un freno ahí, y no sólo para las que estuvieron en la montaña; siento muy urgente la reconstrucción de lo vivido y la toma de conciencia de una nueva forma de vida".

"Algunas de las novedades que vivimos en esta transición es este tema del resurgimiento de la sociedad civil, entendida como el conjunto de todos los sujetos sociales que hacen un ejercicio político en lo privado y en lo público, y ahí ubico al movimiento de mujeres. Está también el reto de construir la democracia en El Salvador porque no estamos viviendo la democracia, nunca la hemos vivido y por tanto, no se trata de retomar la cultura democrática que hubo sino de construir valores y cultura democrática por primera vez, y ahí las mujeres que queremos construir democracia en el país y en la casa nos enfrentamos a que muchos hombres y mujeres están entendiendo la democracia como estricta negociación con el Estado y forma de gobierno".

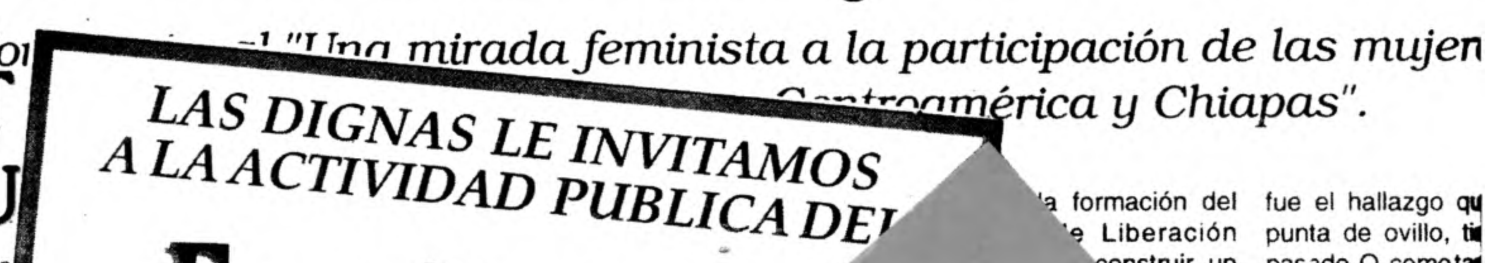
"Desde hace un año más o menos, el movimiento de mujeres hemos hecho algunos avances importantes, ya no es la desconfianza por si estás en un partido o si te representas solamente a tí misma; el problema ahora es que han venido emergiendo diferentes liderazgos de mujeres y no sabemos cómo manejarlos, cuando vemos a otra compañera con mayor liderazgo que el nuestro nos sentimos mal, es bien difícil cuando todas queremos ser líderes. Sí creo que los espacios de coordinación son desgastantes, son terriblemente difíciles por eso de los liderazgos, sin embargo soy de las que considero que bien vale la pena seguir echándole duro a intentar construir sobre las diferencias y la diversidad".

"Creo que el movimiento de mujeres salvadoreñas todavía va a actuar durante muchos años en el campo de influencia del FMLN y que falta bastante para que se de la reconciliación nacional. Hoy, algunas feministas con cabeza fría, y con mucho trabajo, son capaces de hacer alianzas tácticas con mujeres de la derecha que saben que financiaron 'escuadrones de la muerte' por ejemplo, pero las mujeres de los pueblos, de las comunidades, son incapaces de tolerar a una mujer que delató a otra para que la mataran o la desaparecieran durante la guerra.

Debemos poner los pies en la realidad a la hora de construir movimiento de mujeres y eso implica saber que, mientras el proceso de reconciliación nacional no sea real -y aún le falta bastante para serlo-, el movimiento va a estar reducido a los límites de influencia de la izquierda o como mucho, podrá ampliarse a sectores que nada tuvieron que ver con la guerra; creo que ésta es una de las limitaciones existentes para pensar siquiera en un movimiento que realmente agrupe a todas las mujeres, porque la polarización social, económica y política todavía existe y es muy fuerte".

LO QUE NOS DEJO EL FORO REGIONAL...

Latinomujer — MIERCOLES 13



Revolucionarias y feministas

"Una mirada feminista a la participación de las mujeres ... Centroamérica y Chiapas".

LAS DIGNAS LE INVITAMOS
A LA ACTIVIDAD PUBLICA DEL

Foro Regional

"Una mirada fem...
participaci...
mujeres en los conflic...
Centroamérica y Ch..."

PARTICIPARAN COMPAÑER...
NICARAGUA
GUATEMALA

Día...
Hor...
Lug...

...la formación del ...e Liberación ...construir un ...hombres ...rilleros ...ieres ...ria

fue el hallazgo qu... punta de ovillo, ti... pasado. O, como ta... el Che, "es natural q... ocupen de cocina... Guevara, Fidel... comandantes sa... efemelenistas, lo... escritores guerr... ...cribieron e hicier... ...e cualquier *ho*... ...er y desh... ...ente con l... ...ios hic... ...e co... ...a

Foro Regional

"Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica..."

San Salvador

hicimos. ... fui combati... en el frente ... en el exilio ... proyecto rev...

Mirada doble

"En Guatemala poco o nada se habla de la identidad femenina de las mujeres relacionadas con el movimiento guerrillero y...

nosotros pueblo... topé: entendí qu... mero discurso. ...

ACERCANDONOS A LAS CONCLUSIONES

Clara Murguialday[1]

Durante estos tres días hemos dado vueltas y vueltas en torno básicamente a tres temas, que se podrían resumir en: la manera en que los proyectos revolucionarios incluyeron -si lo hicieron- las relaciones de género y las formas en que los movimientos de mujeres y feministas actuales en la región expresan el legado de dichos proyectos y las secuelas de la guerra; las concepciones y vivencias de la sexualidad y la violencia en tiempos de guerra y luchas armadas; y las concepciones y prácticas maternales en estos contextos.

Huellas de los proyectos revolucionarios en los discursos y actuaciones de las feministas

Al analizar los proyectos revolucionarios en que hemos estado -o estamos- inmersas, hemos visto la necesidad de diferenciar la utopía, la voluntad de transformar la realidad, la "primavera que nadie podrá detener" -porque apostamos a traerla-, del modelo de revolución que se ha implementado en Centroamérica y México, llámese marxista-leninista, guevarista o como se le quiera llamar; y ambas cuestiones diferentes también de la vía para propiciar los cambios, es decir, de la lucha armada y la guerra entendidas como el mejor -si no el único- camino para lograr las transformaciones radicales a que aspiramos.

La cultura que acompaña a la guerra, la cultura de la inmolación, la autonegación por los otros y el sacrificio -con tanto peso del planteamiento cristiano de la muerte para la resurrección- ha sido analizada -y cuestionada- con fruición. No obstante, queda flotando y merece más reflexión el interrogante de si la guerra es el único camino para dar concreción al impulso de transformación que nos anima. Y no solamente por un problema de costos -en términos de destrucción y muerte- sino también porque hemos comprendido que la guerra y la violencia revolucionarias se terminan convirtiendo en canales legítimos para expresar agresividad y pulsiones destructivas, que difícilmente contribuyen a construir nuevas relaciones humanas.

Descubrimos que algunos elementos que han estado -y siguen estando- vigentes en los proyectos revolucionarios tienen resonancias en los feminismos que estamos construyendo en la región. Uno de ellos es la ética autoritaria expresada en "el fin justifica los medios". ¿Hasta qué punto, en los feminismos realmente existentes en nuestros países, no sigue operando una cierta ética autoritaria que se expresa, por ejemplo, en

[1] *Feminista vasca, economista e investigadora, reside en El Salvador y colabora con Las Dignas desde 1992.*

que el fin feminista justifica los "acosos y derribos" de las disidentes, en que las contínuas rupturas de espacios de concertación sean el precio que estamos dispuestas a pagar por salvaguardar la pureza feminista?.

Otro es la compleja cuestión del sujeto revolucionario: ¿quiénes son los protagonistas de los cambios radicales? Los proyectos revolucionarios conocidos en la región han dicho que los pobres, el proletariado, el campesinado o los indígenas; hay implícita una delimitación de quién tiene -o puede llegar a tener- calidad de sujeto revolucionario, hay sectores sociales que la poseen y otros que la poseemos menos: las clases medias, el sector informal, las mujeres, las amas de casa mucho menos...

Al calor de esta reflexión nos hemos preguntado si a las feministas todavía nos puede la idea de que somos nosotras -y no todas, quizás unas corrientes feministas más que otras- las que encarnamos el "sujeto revolucionario" en la lucha de las mujeres. Porque de ser así, ¿qué espacio les queda a las otras corrientes feministas distintas a la nuestra?, ¿dónde queda la diversidad de identidades de las mujeres?.

Quizás hablamos de la diversidad hoy más que hace cinco o diez años -estamos en 1995 y lo de la "unidad en la diversidad" ya forma parte del discurso habitual feminista- pero seguimos jerarquizando la identidad de género por encima del resto de nuestras posiciones-sujeto. ¿Por qué si una entra al feminismo por la puerta de la lucha por intereses estratégicos de género se gana más rápido el título de feminista que si entra por la de la lucha sindical o los derechos humanos o los derechos indígenas? Lo mucho que les cuesta ganarse el reconocimiento de feministas -porque le están entrando al feminismo desde identidades no tan valoradas todavía- mostraría lo complicado que es desembarazarnos del viejo esquema sobre "el" sujeto revolucionario.

Un tercer elemento tiene que ver con la concepción vanguardista. Ileana hacía en su ponencia una distinción muy reveladora entre el "hombre nuevo" y el "hombrecito" que aparecían en la mítica guerrillera, que nos ha dado luz para reflexionar sobre nuestra práctica feminista. ¿Hemos traducido el "hombre nuevo" como proyecto feminista, movimiento feminista o intereses estratégicos de género y al "hombrecito" como movimiento de mujeres, es decir, las mujeres que se encaraman al escenario no con temas como la violencia o la legalización del aborto sino con otros más pedrestres como la sobrevivencia, el agua para la comunidad, las maquilas, los derechos indígenas? ¿Qué tanto seguimos las feministas presas de la idea de que en el movimiento de mujeres hay una vanguardia, los grupos feministas, en tanto que otras, la mayoría, están destinadas a ser concienciadas y dirigidas?.

Un cuarto tema tiene relación con la concepción excesivamente racionalista del ser humano que nos ha legado ese proyecto revolucionario -heredero a su vez de los planteamientos de la modernidad y de la ilustración, muy cuestionado desde el posmodernismo y algunas corrientes feministas-, que se expresa en un gran desprecio hacia la subjetividad y los sentimientos, y en una magnificación de lo racional, lo económico y lo político.

Ese "hombre nuevo" en el que hemos creído o todavía creemos, tiene excesivamente sesgada su identidad hacia lo racional y está muy deficitario de otros elementos que hacen a la humanidad. Esa "mujer nueva", mezcla de Alejandra Kollontai, Rosa Luxemburgo y Tania la guerrillera, estaba considerada como tal no por poner en juego los sentimientos, la subjetividad o la intuición en el quehacer revolucionario sino por encaramarse a la racionalidad masculina y moderna. ¿Ese sigue siendo para nosotras el modelo de "mujer nueva"?.

Hemos ido desvelando las concepciones excesivamente estatalistas de nuestro accionar, herencia también del modelo de revolución en el que nos hemos educado políticamente: el Estado como interlocutor único al cual denunciar y exigir, las instituciones estatales como única plataforma para elaborar políticas y propuestas alternativas. Reconocer que esta concepción estatalista está influyendo en nuestras maneras de hacer política feminista es el primer paso para repensar estrategias múltiples, para lograr un mejor balance entre los esfuerzos que dedicamos a exigir al Estado y la construcción de alternativas desde la sociedad civil, desde la cultura.

Sexualidad y violencia en tiempos de guerra y revolución

La primera constatación que hago es que hemos hablado sobre sexualidad únicamente durante la mañana destinada a reflexionar específicamente sobre ello; el resto del tiempo -salvo excepcionales alusiones- la sexualidad ha estado de nuevo ausente en este foro, lo que puede estar expresando de manera fehaciente su ausencia en el discurso del proyecto revolucionario y en las elaboraciones y prácticas políticas de los movimientos de mujeres en la región. Por otra parte, en dichas reflexiones apenas trascendimos las exposiciones testimoniales de las vivencias de la sexualidad en la guerra, quizás porque en este tema aún estamos en el "taller para contar" y no llegamos al nivel del debate, del análisis teórico sobre sexualidad. El tratamiento dado al tema expresa, a mi modo de ver, nuestras propias dificultades para deconstruir la sexualidad femenina y para denunciar, desmontar las instituciones que sostienen y reproducen los modelos dominantes de sexualidad femenina.

Algo hemos hablado sobre el papel de la Iglesia, de la familia y de los vacíos de referentes progresistas en estas cuestiones, hemos reconocido la diversidad sexual y la necesidad de considerar la variable urbano-rural para entender las concepciones y prácticas sexuales de las mujeres, pero queda mucha discusión por hacer sobre el por qué de nuestras vivencias sexuales, las relaciones entre sexo y afecto, las jerarquías sexuales, la sexualidad y el poder.

Comprobar que durante las guerras revolucionarias la sexualidad fue y es ideologizada, sublimizada en aras de una causa o del amor al guerrillero, y que el deseo sexual puede resultar muy maltratado en estas situaciones, puede ayudarnos a entender cómo las culpas en el ámbito del placer (por lo que hicimos y lo que no hicimos) no aparecen tan claramente explicitadas como en el caso de la maternidad.

También nos hemos enfrentado a la complejidad de visualizar la sexualidad como placer y como peligro para las mujeres, aspecto éste último que nos ha llevado al análisis de la violencia sexual sufrida durante la guerra, las formas en que nos hemos defendido de ella, el dilema de ser "buenas mujeres" para no provocar violencia o arriesgarnos a ser "malas mujeres" sabiendo que ello nos puede acarrear agresiones. El debate sobre el Estado nos ha hecho pensar qué vamos a reclamar al Estado en este terreno y cuantas energías dedicaremos a aprender a defendernos de la violencia; cómo dejar de sentirnos únicamente víctimas y construirnos como protagonistas de la lucha contra la violencia.

Quizás la conclusión más evidente de la ausencia de debate sobre sexualidad en este foro es que puede estar reflejando el predominio de la cultura del deber y del sacrificio, aquí y ahora, en los feminismos y movimientos de mujeres en la región. Tenemos el reto de redescubrir los aspectos placenteros de la vida, ojalá el feminismo nos sirva para auto-rescatarnos de la cultura de muerte y destrucción en que hemos estado inmersas, para revivir lo lúdico y lo placentero en las vidas y relaciones de las mujeres.

Vivencias maternales

En este tema hemos construido un gran consenso: maternidad y guerra son la fórmula perfecta para generar dolor, sufrimiento y angustias de las que duran, de las que difícilmente se curan en las mujeres. Nos hemos dado el tiempo necesario para expresar nuestras culpas en este terreno pero quizás no es suficiente con ello, tal vez nos tenemos que dar el chance de absolvernos a nosotras mismas, de vernos sin culpas... para poder darnos a la tarea de repensar qué hacer con la maternidad, desde los proyectos feministas.

Nos hemos adentrado en la reflexión sobre la ambiguedad de los discursos y las prácticas oficiales, de derecha e izquierda, sobre la maternidad; la irresponsabilidad paterna que la guerra ha reforzado, legitimado y santificado; la fortaleza e incuestionabilidad del deseo de ser madre; la necesidad de reelaborar el significado de los hijos e hijas en nuestras vidas: ¿vamos a seguir teniéndolos para que sean nuestros relevos en la defensa de banderas ideológicas que a nosotras ya nos pesan demasiado?, ¿los seguiremos instrumentalizando para sentirnos mujeres socialmente realizadas, para retener a los hombres...?

Concluimos finalmente que, por nuestra propia salud mental, hemos de explorar nuevas formas de vivir la maternidad, no buscando "el" modelo feminista de ser madre -no lo hay- sino inventando diferentes opciones de vivir la maternidad -y la no maternidad. Y nos queda el gran interrogante de qué va a pasar en las posguerras guatemalteca y chiapaneca con los re-encuentros entre las madres y los hijos e hijas abandonadas, entre las madres biológicas y las que ejercieron maternazgos con las criaturas de otras mujeres.

SUMANDO PROPUESTAS

"Generemos grupos de autoayuda"

Este foro es un primer acercamiento al impacto de la guerra en estas áreas específicas de la sexualidad y la maternidad y, precisamente por ser un tema no abordado hasta la fecha, hemos hecho algo más parecido a un taller que a un debate. Es importante generar espacios de reflexión para trastocar esa subjetividad que tantas culpas y limitaciones para asumir placeres nos deja, pero también tener otros espacios donde, una vez vayamos subsanando la carga de las marcas que llevamos por las historias vividas en los conflictos armados, podamos ir construyendo acciones concretas con más claridad de lo que estamos queriendo construir. Mi propuesta es que veamos cómo en nuestros respectivos países generamos grupos de autoayuda para sanar tantas heridas que tenemos.

"Para desaprender la violencia"

Coincido con quienes proponen continuar estas reflexiones en talleres vivenciales, entre otras cosas para poder desaprender la violencia a través del cuerpo; las huellas de tanta violencia y dolor están en el cuerpo y necesitamos trabajarlas no sólo a nivel intelectual sino en el terreno de los comportamientos corporales.

"Atrevernos a decir barbaridades"

Me llamaba mucho la atención que varias en este foro empezaban su intervención diciendo "voy a decir barbaridades, a lo mejor digo herejías terribles", a mí me parece excelente eso. Creo que para poder construir un discurso alternativo sobre estos temas hay que atreverse a decir todas las herejías que se nos ocurran, decirlas no significa necesariamente que las tengamos que llevar a la práctica, ser conscientes de ésto es importante para romper nuestros bloqueos mentales. Estos espacios contenedores pueden tener la virtud de permitirnos decirlo todo sin sentirnos censuradas.

"Construir una nueva cultura"

Uno de nuestros retos es ir deconstruyendo la cultura en que estamos inmersas y tratar de construir una nueva. Digo ésto porque siempre tratamos de culpabilizar a alguien o a algo de lo que nos ocurre, si no es el patriarcado y la cultura judeo-cristiana, es la guerra y el modelo militar, por eso me gustaría que buscáramos formas de desmontar la cultura patriarcal, judeo-cristiana, guerrerista o como la queramos llamar, y empezáramos a ser conscientes de que sí podemos construir una nueva cultura donde disminuyamos todos estos miedos de los que venimos hablando.

"Entrarle a discutir sobre sexualidad"

Estos son temas poco trabajados en Nicaragua pero, después de haber leido la investigación de Las Dignas y de estos días de reflexionar con ustedes, admito que también tengo miedo a entrarle a estos temas. La guerra nos hizo reprimir bastante nuestros deseos sexuales; recuerdo que rompí con mi pareja en 1985 y me metí en una dinámica de autonegación, me dije "los hombres no sirven para nada, no hay condiciones para que podás establecer una pareja, entonces confórmate y ve de qué manera sacás adelante esta maternidad que ya la tenés". Nunca me planteé otras opciones aparte de la renuncia a la sexualidad.

Después de la derrota sandinista se ha dado un reforzamiento de los valores tradicionales y las feministas tampoco nos hemos planteado el reto de enfrentarlo, nuestro discurso consiste en propugnar un modelo de sexualidad libre de prejuicios y punto, se supone que eso lo estamos entendiendo todas pero, ¿de qué estamos hablando cuando decimos un modelo de sexualidad libre de prejuicios y sin violencia? No hemos querido entrarle al tema. Me parece que tenemos que entrarle a la discusión, aunque sea por la vía de los talleres si no tenemos otro camino, pero hay que entrarle.

"Perderle miedo al propio deseo"

Necesitamos darle más vueltas a cómo sublimamos la sexualidad en época de guerra y la pospusimos para tiempos de mayor tranquilidad. Posponer el deseo sexual puede servir en el momento pero es bastante castrante a medio plazo y además entronca con lo que nos han dicho siempre que es la sexualidad femenina: reprimible, postergable, apagada, sobredimensionada por el amor y el afecto. En cierta manera la guerra ha reforzado el modelo sexual femenino, de ahí que seguimos sintiendo "cuidado con lo que hacemos, no vaya a ser que salgamos dañadas", y nos pesa más la experiencia negativa que el atrevernos a explorar el placer.

La sexualidad vivida como miedo y peligro más que como instrumento de exploración y placer, ha predominado en los debates de estos días; también un cierto sobre-dimensionamiento de la violencia masculina -por ejemplo, cuando oímos a nuestra hija decir "¡no, papi! ¡no, papi!" se nos presenta automáticamente el miedo al incesto. Quizás estamos colocando el peligro en la sexualidad masculina y nos estamos olvidando de nuestros propios miedos a nuestro propio deseo sexual.

"Sexualizar la vida"

Los grupos de autoayuda pueden ser un camino, las reuniones para decir barbaridades puede ser otro, sexualizar los testimonios puede ser también necesario... Me inquieta que todos los testimonios de guerrilleros traen una anécdota sexual, todos incluyen aunque sea en una página o un párrafo una referencia sexual pero por más que les des vueltas a los testimonios de Nidia Díaz o de Ana Guadalupe Martínez, no aparecen vivencias, comentarios, alusiones sexuales. Hay que empezar a sexualizar la vida y comprobar que no pasa nada o a lo mejor sí pasa y entonces veremos qué dicen otras mujeres, seguro que esa sexualización tiene resonancia y nos encontramos con que las vivencias fueron mucho más complejas que lo que aquí estamos imaginando.

"Buscar espacios de seguridad"

Tenemos el deseo tan constreñido -doblemente constreñido por la guerra y la violencia en las relaciones sexuales- que tenemos bastante miedo a explorar y a explorarnos. En este sentido, quizás más que buscar modelos de sexualidad desde el feminismo debiéramos crear espacios de seguridad dentro del movimiento feminista, donde podamos expresar realmente lo que sentimos sin miedo a que las otras mujeres piensen mal de nosotras porque sentimos eso, espacios no normativos que nos permitan sacar lo que cada cual lleva adentro en ese terreno oscuro y lodoso de la sexualidad, y poder ver lo que realmente pensamos y vivimos las mujeres en este campo.

"En la dirección del amor a la vida"

Algunas feministas sí tenemos un afán libertario en relación a la sexualidad pero ocurre que el ambiente es muy controlador, incluso los espacios de mujeres son controladores porque a pesar de la informalidad en que nos movemos hay coerción hacia determinadas prácticas y opciones sexuales, no sólo en el caso del lesbianismo sino también hacia mujeres que tienen amantes casados por ejemplo, ese es un tabú, o las que tienen compañeros más jóvenes que ellas, otro tabú, y si es lesbiana y menor de edad, peor todavía. Se vuelve urgente crear esos espacios seguros dentro del movimiento donde podamos compartir las experiencias, validarlas, profundizar en el debate sobre la sexualidad, en una dirección de búsqueda del placer, de amor a la vida.

"Revisar nuestros propios imaginarios"

Algo interesante que ha ocurrido en este foro es que, por el camino trazado por la ponencia de Ileana de ir acercándonos a nuestros imaginarios, hemos pasado de ver a los guerrilleros como ángeles asexuados a presentarlos como potenciales violadores. Los mismos ángeles asexuados con los que antes compartimos la lucha, son los que ahora tememos que violen a nuestras hijas, son los mismitos hombres, no han cambiado, es el imaginario nuestro el que los puso en un momento como querubines sin deseos y ahora como monstruos violadores.

Me pregunto si no estaremos proyectando en nuestras hijas -potenciales agredidas por sus padres ex-guerrilleros- el deseo que nosotras tuvimos por el guerrillero, si no será aquel deseo de ser seducidas por él lo que proyectamos ahora en el temor de que las hijas sean agredidas por su padre. Esto tiene muchas consecuencias, entre ellas la de convertirnos en madres dolorosas, en madres de una hija agredida, una imagen que es bien atractiva para las mujeres porque es la figura de la Virgen María, la madre que todo lo sufre incluso la agresión más fuerte: la violación de nuestras hijas.

"Rescatar la integralidad de las vivencias"

Me estaba preguntando por qué tan fácilmente hablamos de la maternidad y por qué nos reprimimos tanto, aún en este espacio, para hablar de la sexualidad. Creo que hablar de la maternidad nos convierte en mártires, en mujeres sufridas, y eso nos da cierta legitimación para agarrar el micrófono y decir "tengo derecho porque he sido madre, porque dí tantos hijos a la revolución, porque he sufrido tal cosa o tal otra".

Haber sido madres sufridas y abnegadas nos da derecho a la palabra pero en la sexualidad ocurre lo contrario, si decimos que el momento fue placentero entonces somos putas, si decimos que hemos sido agredidas se pone en duda si nosotras lo provocamos. Pareciera que la maternidad nos ensalza y la sexualidad nos devalúa pero yo creo que la maternidad también tiene aspectos negativos al igual que los tiene positivos la sexualidad.

"Validar todas las vivencias"

Es importante ser conscientes de que nos estamos convocando -y estamos convocando a otras mujeres- a un proceso que por un lado, es de enriquecimiento, de desarrollo personal más pleno pero al mismo tiempo es un proceso doloroso, que nos hace vulnerables. Estar conscientes de la complejidad de esta propuesta nos permite entender que haya mujeres que no respondan a la convocatoria, que no le quieran entrar, y tenemos que respetar que no le entren. Por otro lado, nos estamos proponiendo completar los relatos históricos con el relato de nuestras vivencias pero eso implica considerar que todas nuestras vivencias son legítimas, no hay unas más legítimas que otras, la que no quiso o no pudo sentir tiene una experiencia tan válida como la que sí sintió y la que se dió el permiso de sentir. Eso nos permitiría un marco de respeto, de confianza en que la vulnerabilidad no va a ser traicionada por nosotras mismas y nos situaría en un marco de valores distinto, donde cada una tiene su experiencia que no es más ni menos importante que la de la otra, aún cuando hayan sido totalmente distintas.

"No permitir el olvido"

Las feministas tenemos que atrevernos a poner sobre la mesa la reflexión sobre la guerra y la subjetividad de las mujeres, sobre todo en momentos en que prosperan las propuestas de "perdón y olvido" en la región; las mujeres, en tanto sobrevivientes y principales víctimas de los conflictos armados, tenemos la obligación de no permitir el olvido, de buscar la verdad completa de lo que pasó, y en esa verdad completa está también nuestra verdad: ¿qué nos pasó a las mujeres en la guerra?.

Veo difícil realizar la transición democrática y construir paz duradera mientras no pasemos por una etapa de recordar y analizar lo que pasó, aunque ésto nos resulte durísimo. En Las Dignas llevamos dos años llorando, desde los primeros grupos de autoayuda en el año 93 no hay un mes en el que no haya una jornada de discusión donde no aparezca el dolor de la guerra, las secuelas de la guerra, tanto en el accionar colectivo como organismo feminista como en la vida personal de sus integrantes; y todavía nos falta mucho por analizar y por recordar, hasta que limpiemos y sanemos las heridas y podamos mirar el futuro con optimismo.

Estoy convencida de que ésta es una propuesta muy complicada porque no es fácil decir a las mujeres "no podemos darnos el lujo de olvidar, les proponemos que recordemos y analicemos y limpiemos juntas las heridas que nos produjo la guerra". Me parece una tarea durísima pero creo que es lo mejor que podemos hacer las feministas centroamericanas en esta década: crear las condiciones para que las mujeres de la región empiecen a sanar sus heridas y confiar en que, quizás, nuestras hijas puedan construirse nuevas subjetividades con las cuales caminar más rápido en un sentido liberador.

CLAUSURA DEL FORO

"Me han pedido que cierre este foro que ha sido de todas. Quiero convocarlas a que hagamos esfuerzos por ponernos en el centro de nuestras luchas y aprender a valorar todas nuestras experiencias, sin negar lo dolorosas que han sido pero también reconociendo todo lo buenas que han sido. Aunque no hayamos podido armar ahora una propuesta concreta de continuidad de este esfuerzo, quiero invitarlas a que continuemos buscando espacios para seguir pensando en lo que las guerras y los conflictos armados han hecho a nuestra subjetividad y a nuestras relaciones".

"Las invito a que reivindiquemos en nuestras vidas los vicios, el egoismo, la venganza, el odio, la inmadurez, la irresponsabilidad, el ocio y la pereza, el placer de nuestra sexualidad, los privilegios y las ambiciones, el ejercicio del poder. Nos separaron tanto el poder de lo invisible, las putas de las santas, los vicios de las virtudes, que apenas si hemos podido vivir a plenitud la vida. Les invito a que vayamos a vivir todas estas cosas que no pudimos vivir antes pero las podemos vivir ahora".



Esta edición consta de 1,000 ejemplares y se terminó de
imprimir en Septiembre de 1996 en Algier's Impresores
San Salvador, El Salvador C. A.

Filmación: Imágenes Digitales

Hace veinte años, abordar los temas que tratamos en estas páginas hubiera sido considerado por nuestros compañeros de lucha una traición, una desviación pequeñoburguesa, una peligrosa incursión en las filas del enemigo o una pérdida de tiempo, en el mejor de los casos.

Hace veinte años, muchas de las protagonistas del evento que recoge esta memoria hubiéramos pensado lo mismo de habernos escuchado; de haber ostentado algún cargo de dirección en nuestras organizaciones, probablemente hubiéramos ordenado silencio o incluso, pondríamos una sanción a quienes se atrevieran a interrumpir reuniones decisivas con preocupaciones triviales que hoy son objeto de foros regionales.

Hace veinte años estábamos dispuestas a sacrificarlo todo, la juventud, los estudios, las fiestas -por supuesto-, la alegría, las criaturas por nacer o las ya nacidas e incluso la vida misma, con tal de que el carro de la historia no pasara por encima de nosotras. Estuvimos dispuestos a apostar todo por la ilusión de cambiarlo todo... ¿lo logramos?.

Toda interrogante genera muchas y diversas respuestas, también ésta. En estas páginas se recogen las reflexiones de cuarenta mujeres que decidieron darse un tiempo para volver la vista atrás y verse a la luz de un nuevo momento, pasado el auge de los movimientos revolucionarios armados en Centroamérica, viviendo las emociones y retos que plantea el movimiento zapatista en Chiapas y, sobre todo, asumiéndose feministas, revalorando lo cotidiano y planteando nuevas formas de construir los cambios que, eso sí, todavía anhelamos.

Un foro, mujeres de cinco países, cuatro días, calor, muchas ideas, sentimientos encontrados, para algunas primera oportunidad para atreverse a decir en voz alta lo que a continuación van a leer...